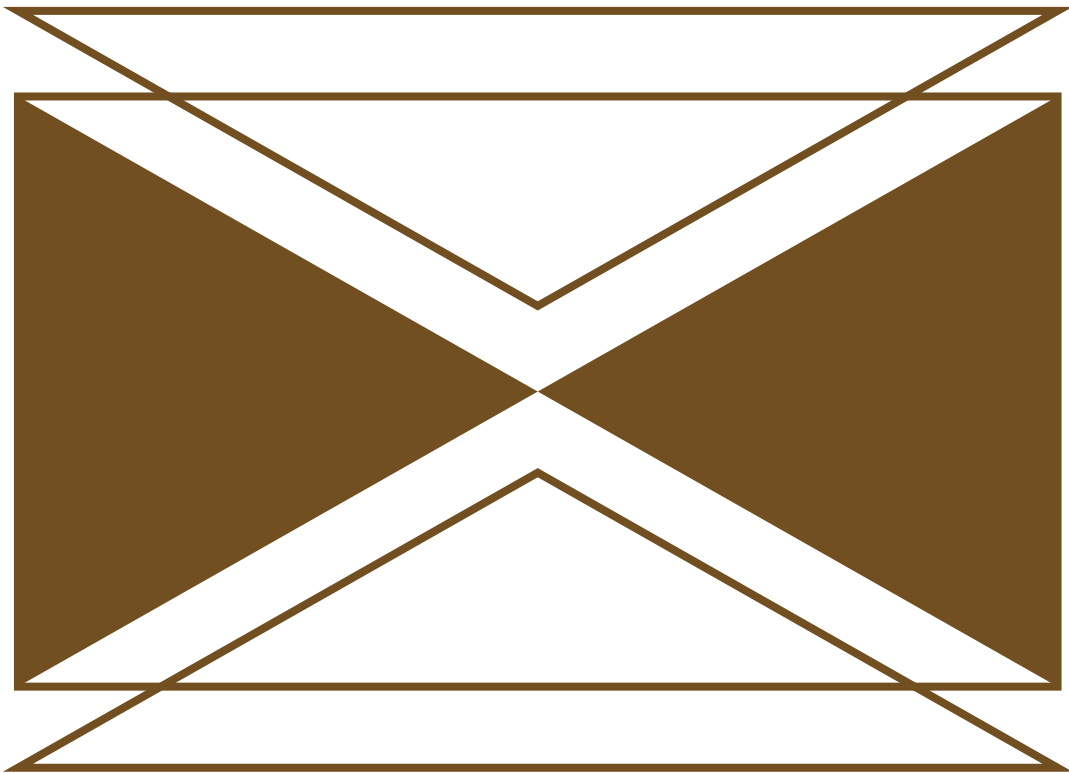


PRESENTE

Nº 1 2022

LECTURA A LA ALTURA DE NUESTRO TIEMPO



CAMBIO DE ÉPOCA

NÚMERO ESPECIAL POR EL PRIMER ANIVERSARIO DE LA REVISTA PRESENTE

Expediente: *Panorama del cambio de época*, por Gibrán Ramírez Reyes · *El (des)orden del cambio*, por Hugo Garciamarín Hernández · *Melancolía y esperanza*, por Estela Roselló Soberón · *Pospandemia y nueva fase del capitalismo*, por Matías Caciabue y Paula Giménez · *Un fantasma verde recorre América Latina*, por Cecilia Marcela Hopp · **Intersecciones:** *¿Nuevo orden territorial?*, por Gauri Marín · *El dinero no hace la felicidad: el bienestar psicológico y la calidad de vida*, por Ana Heatley Tejada · *La maternidad como riesgo social*, por Lourdes Jiménez Brito · **Contextos:** *Sé tu propio jefe: el riesgoso mundo del trabajo en plataformas digitales y alternativas para su regulación*, por Miguel Ángel Ramírez Villela · *Desempleo pandémico: inestabilidad laboral de jóvenes y no tan jóvenes*, por Gianinna Ferreyro · *La conversación pública y la disputa por lo político en México*, por Alonso Vázquez Moyers · *Historias de la pandemia*, por Lucía Flores · **Trazos:** *Jarripeno (fragmento de novela)*, por Itzcóatl Jacinto · *Godzilla: el horror de la bomba*, por Nancy Molina Díaz de León · **Apuntes:** *El esquivo fantasma del populismo*, por Adrián Velázquez Ramírez · *A(r)mando a Maradona*, por M^a Agustina Saracino · *Entre el rayo y el sol*, por Carlos Gustavo Mejía Chávez · *Vidas arrastradas por la historia*, por Emmanuel Rosas Chávez · **Contemplaciones:** *Con(tra) la autoridad*, por Pablo Toussaint Noriega · *Una república maquiavélica para el presente*, por César Morales Oyarvide · *En la casa de la memoria*, por Claudia Alejandra Colosio · *El presente como regalo*, por Dalmau Costa Villegas

Revista Presente

Cambio de época

Nº. 1

Ideada en México · Argentina · España

Editada por Revista Presente en Coria, Cáceres (ES).

ISSN 3020-4658

Se publica este número especial de la Revista Presente el 22 de marzo de 2022, día mundial del agua, a un año exacto de la primera publicación de la Revista Presente, a 92 años del nacimiento del recientemente fallecido Stephen Sondheim, a 127 años de que los hermanos Lumière hiciesen la primera proyección de una película y a 190 de la muerte de Goethe.

Se permite la distribución y reproducción de este material con fines educativos y de difusión, con la condición de dar el debido crédito a sus autores.

PRESENTE

LECTURA A LA ALTURA DE NUESTRO TIEMPO

Dirección

Hugo Garciamarín Hernández

Comité editorial

Antonio Álvarez · Emmanuel Rosas · Héctor Gutiérrez · Itzcóatl Jacinto ·
María Agustina Saracino · Mónica Nuño · Pablo Toussaint

Coordinador_s

Hugo Garciamarín - Expediente & Contextos · María Agustina Saracino -
Apuntes · Itzcóatl Jacinto - Trazos · Pablo Toussaint - Contemplaciones ·

Colaborador_s de este número

Adrián Velázquez Ramírez · Alonso Vázquez Moyers · Ana Heatley Tejada ·
Carlos Gustavo Mejía Chávez · César Morales Oyarvide · Claudia Alejandra
Colosio García · Dalmau Costa Villegas · Emmanuel Rosas Chávez · Estela
Roselló Soberón · Gauri Marín · Gianinna Ferreyro · Gibrán Ramírez Reyes
· Hugo Garciamarín Hernández · Itzcóatl Jacinto · Lourdes Jiménez Brito
· Lucía Flores · Matías Caciabue · Ma Agustina Saracino · Miguel Ángel
Ramírez Villela · Nancy Molina Díaz de León · Paula Giménez · Pablo
Toussaint

Comunicación

Oswaldo Jiménez · Sandra Soberanes

Edición

Héctor Gutiérrez & Coordinadores

Maquetación y Diseño

Pablo Toussaint

TABLA DE CONTENIDOS

EDITORIAL

2

EXPEDIENTE

PANORAMA DEL CAMBIO DE ÉPOCA

5

EL (DES)ORDEN DEL CAMBIO

10

MELANCOLÍA Y ESPERANZA

18

POSPANDEMIA Y NUEVA FASE DEL CAPITALISMO

23

INTERSECCIONES

¿NUEVO ORDEN TERRITORIAL?

30

EL DINERO NO HACE LA FELICIDAD: EL BIENESTAR PSICOLÓGICO Y LA CALIDAD DE VIDA

34

LA MATERNIDAD COMO RIESGO SOCIAL

38

CONTEXTOS

SÉ TU PROPIO JEFE: EL RIESGOSO MUNDO DEL TRABAJO EN PLATAFORMAS DIGITALES Y LAS ALTERNATIVAS PARA SU REGULACIÓN

42

DESEMPLEO PANDÉMICO: INESTABILIDAD LABORAL DE JÓVENES Y NO TAN JÓVENES

46

LA CONVERSACIÓN PÚBLICA Y LA DISPUTA POR LO POLÍTICO EN MÉXICO

50

HISTORIAS DE LA PANDEMIA

55

TRAZOS

JARIPEO (FRAGMENTO DE NOVELA)

60

GODZILLA: EL HORROR DE LA BOMBA

66

APUNTES

EL ESQUIVO FANTASMA DEL POPULISMO

72

A(R)MANDO A MARADONA

76

ENTRE EL RAYO Y EL SOL

79

VIDAS ARRASTRADAS POR LA HISTORIA

82

CONTEMPLACIONES

CON(TRA) LA AUTORIDAD

86

UNA REPÚBLICA MAQUIAVÉLICA PARA EL PRESENTE

91

EN LA CASA DE LA MEMORIA

95

EL PRESENTE COMO REGALO

99

EDITORIAL

Hace tiempo uno de nosotros reflexionaba que nuestra época podría describirse como un crujir: las estructuras sociales hacen ruido por viejas y por el permanente contacto con nuevas fuerzas e ideas que están naciendo; dando la impresión de que el orden está por desquebrajarse. Sin embargo, esto no sucede, al menos no aceleradamente. El ruido crece, la incomodidad por el rechinido también y algunos pilares de lo viejo caen, pero sus cimientos parecen sólidos: la desigualdad va en aumento, el neoliberalismo persiste y no hay una alternativa seria para reemplazarlo; el patriarcado se dobla, pero no se rompe, y la izquierda, aun llegando al gobierno, tiene complicaciones para tomar realmente el poder y generar un programa para el siglo XXI; mientras la derecha y la ultraderecha acechan e interrumpen cualquier proceso de cambio.

Puede ser que el crujir sea característico de los cambios de época y el malestar también. La esperanza de un mundo mejor que alimenta a las transformaciones se agota rápidamente ante el ruido, la lentitud de los procesos y sus contradicciones; y observar esto desde la izquierda genera una decepción aún mayor, pues la política se juzga siempre desde el difícil equilibrio weberiano de la ética de la convicción y de la responsabilidad, y desde la utopía de alcanzar una sociedad igualitaria. Así que entre más contradictorios son los procesos y el pragmatismo y la hipocresía son difi-

les de diferenciar, es más complicado asimilar el momento con ilusión.

Además, es complicado pensar en voz alta los problemas que nos aquejan. Nuestro tiempo se caracteriza por la obsesión por la coyuntura, la velocidad de la información y la mentira. La conversación pública se basa en la inmediatez, la necesidad de generar tendencias en redes sociales para cambiar el clima de opinión y en una extraña combinación entre un tono puritano que favorece a la proscripción de opiniones y una violencia sistemática para callar otras. Los argumentos razonados y bien intencionados pasan inadvertidos mientras que los gritos y la zalamería son recompensados por políticos, medios y el algoritmo.

Ante esto surgió este espacio, la Revista Presente. Un esfuerzo por salir del ruido, mirar con detenimiento las características de nuestro tiempo e imaginar un mejor futuro. Pese a las complicaciones que siempre acompañan todo proyecto, se ha mantenido firme gracias al trabajo y dedicación de todas las personas que lo conforman, y quienes comparten la amistad y el gusto por pensar y construir en colectivo.

Reflexionar sobre el Presente implica analizar el contexto, pero no sólo eso. También significa trazar los elementos de la cultura naciente; hacer apuntes sobre la nueva literatura, contemplar nuestra existencia, hacer expedientes sobre los grandes debates y estudiar nuestro entorno desde una mirada interseccio-

nal. Analizar al Presente es una forma de aportar, aunque sea marginalmente, para que las transformaciones que vivimos se consoliden.

El número que presentamos fue el primero que realizamos, pero por cuestiones ajenas a nosotros no salió publicado en conjunto, aunque siempre ha estado en las respectivas secciones de nuestra página. Hemos decidido publicarlo nuevamente a un año de su lanzamiento como testimonio de nuestro tiempo. Algunos textos han sido rebasados por la coyuntura, otros, mantienen vigencia y ameritarían una revisión para actualizar y profundizar los análisis. Pero cada uno de ellos sigue aportan-

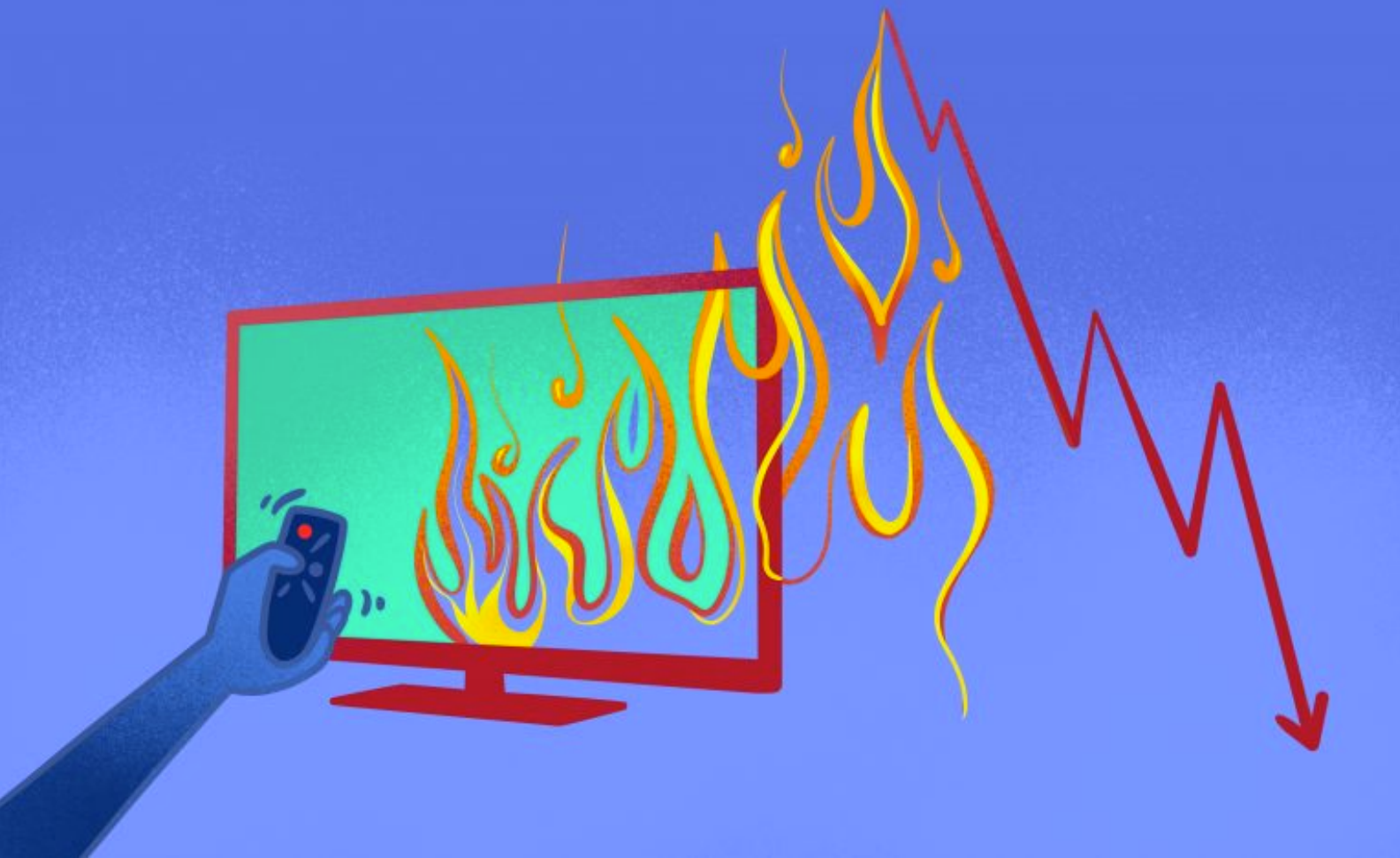
do a la conversación desde una perspectiva diferente, fuera del ruido, con transversalidad y con la convicción de que hay un público lector que comparte la ilusión de pensar y dialogar en libertad.

Es posible que el crujir siga aumentando y muy probablemente nos enfrentaremos a más malestar. Pero también creemos que este espacio está sembrando una forma de conversar y de reflexionar que rendirá frutos mañana. Como diría Antonio Gramsci, somos pesimistas por inteligencia, pero optimistas por voluntad. Sal del ruido, ve al Presente. ¶

EX

PEDI

ENTE



PANORAMA DEL CAMBIO DE ÉPOCA

Por Gibrán Ramírez Reyes

Sería un lugar común —uno de los malos— simplemente decir que el mundo está cambiando o reestructurándose, porque eso sucede todo el tiempo. El mundo cambia siempre, es cierto, pero los ritmos, los flujos de los cambios son distintos; obedecen a patrones diferentes, y esa evaluación está siempre presente en la forma de establecer períodos históricos. Dichos períodos se definen por patrones de cambio constantes; la forma de ser del mundo en una época determinada es una configuración estructurante mediante la cual las sociedades aprenden a asimilar sus propios cambios: más una forma de cambiar que una forma de ser. Quizá el ejemplo más conocido para hablar de esto es lo que Hobsbawm denominó el corto siglo xx, para resumir una serie de procesos productivos, económicos y sociales que pueden entrelazarse conceptualmente a fin de definir una época. Creo que, con independencia de las distintas formas de periodizar el fin de siglo, puede asentarse que el ciclo abierto por la crisis financiera de 2008-2009, y cuyas discusiones parecen tener un punto de culminación a la luz de la pandemia actual por el nuevo coronavirus, permite avizorar, con cierta claridad, un cambio de época, ya advertido por algunos pensadores, que ha reparado en la inviabilidad social de la forma actual del cap-

italismo (de lo que más se ha hablado como síntoma de la desregulación es el incremento de las desigualdades), pero, en especial, de algunos de los mecanismos sobre los cuales se mantuvo el sistema de dominación durante el siglo pasado.

La modalidad neoliberal del capitalismo tuvo un primer colapso en la crisis de 2008, en la que el hilo se rompió por lo más delgado —el sector financiero—, pero que puso en cuestión la viabilidad de múltiples formas sociales asociadas al neoliberalismo. Como han mostrado diversos autores, el neoliberalismo es el proyecto ideológico más exitoso del siglo xx, quizá de la historia de la humanidad, y transformó la forma de pensar y vivir las relaciones sociales, a partir de tres supuestos principales: la superioridad moral y técnica del mercado, la supremacía de lo privado sobre lo público y la idea de que el Estado sólo debe ser fuerte en cuanto a la legalidad y no en la administración de servicios. El resultado político y social de esas ideas fue que las comunidades nacionales colapsaran porque, en consonancia con la idea de que las naciones son más bien construcciones ideológicas etéreas, las formas materiales que las articulan fueron erosionándose, para venir a colapsar en las respuestas a la crisis de 2008 —alargada hasta ahora en más de un sentido. El más obvio de los síntomas en que se ha expresado dicha disolución de las comunidades nacionales es el ensanchamiento de las brechas de desigualdades, que por eso se ha convertido en un tema de investigación de moda. Se ha hablado más de eso sólo porque es la expresión más visible,

más inmediata de la crisis, pero hay muchos más.

Otros síntomas, que Donald Sasson encontró en un libro de ensayos luminosos aunque desestructurados teóricamente, son el aumento de la xenofobia, el declive del estado de bienestar, la caída de los partidos establecidos y, aunque fraseado de otra manera, el declive de la “hegemonía estadounidense” y de los “relatos europeos”. Sin duda alguna, se trata, en todos los casos, tal y como lo dice el autor, de la caída de los entramados que definieron el orden de la segunda mitad del siglo xx, un proceso que se ha agudizado. La xenofobia se exacerbó a raíz de la victoria de Donald Trump y de algunos llamados populistas de ultraderecha en Europa; el declive del estado de bienestar por la crisis económica de 2008 y las políticas de austeridad a las que orilló, al mismo tiempo en que hizo patente todo su deterioro —el régimen de la inseguridad social— en la pandemia del nuevo coronavirus. En cuanto a los partidos establecidos, desde luego entraron en crisis, no solamente en Europa, sino en Estados Unidos, y continuaron el declive que desde antes acusaron en América Latina, además de que el viejo multilateralismo y la hegemonía estadounidense alcanzaron un nuevo punto de quiebre, a partir de la política exterior de Trump, sin contar los cambios que alteraron la idea de Europa con el Brexit.

Estos rasgos que Sasson observa a la manera de síntomas mórbidos representan sobre todo las transformaciones de las dimensiones políticas del sistema capitalista, que articulaban las comunidades nacionales: 1) la más

PANORAMA DEL CAMBIO DE ÉPOCA

obvia es la del sistema de partidos, la crisis de la democracia, pero a ella deben sumarse también 2) los pactos sociales que permitían las antiguas formas de dominación de clase (la seguridad social), 3) las formas de convivencia étnicas o entre subjetividades racializadas y 4) las de género. No quiero ahondar en detalles estadísticos, pero sobran evidencias de la crisis de estos cuatro entramados, y sólo voy a evocarla brevemente. Son sólo unos apuntes sobre lo que se ha desanudado para llegar a donde estamos

En el caso de la crisis de los partidos tradicionales quizá el trabajo más prestigiado es el de Peter Mair, *Gobernando el vacío*, donde muestra cómo ha ido cayendo la confianza en los partidos y la identificación con ellos por parte de amplios sectores sociales. Como en una profecía autocumplida de los estudiosos que ven lo electoral como un mercado, los partidos se volvieron una oferta en una decisión de consumo, que volvió superflua la representación política y con ello incrementó la abstención en todas las latitudes —una inercia rota en varios sistemas políticos, por cierto, hasta la irrupción en la arena electoral de varios líderes populistas—. Más que elegir entre programas políticos contrapuestos, las elecciones se convirtieron en un método de designación de gestores públicos limitados a decidir cómo implementar decisiones que se toman en el sector financiero, en las élites burocráticas, en instancias privadas, o en las élites de los partidos sin representación.

Sobre la crisis de la seguridad social, más que ahondar en cifras de cobertura (és-

tas suelen trampearse, como las del Seguro Popular en México, al respecto de las cuales Salomón Chertorivski llegó a declarar que se había cumplido con la cobertura universal de los servicios de salud), debe anotarse que, a partir de la crisis de 2008, el ordenamiento financiero del mundo requirió recortes al gasto público, que se profundizó —según reporta la OIT— en 2016 y se estimaba que se alargaría hasta 2020, afectando a 6,000 millones de personas, casi 80 por ciento de la población mundial, reduciendo el gasto en protección social y la masa salarial, entre otras variables fundamentales de las que integran la seguridad social.¹ Es importante anotar que, en este sentido, la pandemia nos tomó con los dedos en la puerta, y las políticas de emergencia sólo pudieron ser efectivas allí donde el desgaste estructural de este entramado no se consideró una vía válida para salir de la crisis.

Quizá quien mejor ha explicado los cambios en la seguridad social que vinieron a reflejarse en el sistema penal y en el mayor castigo de las políticas neoliberales a sectores racializados no blancos es Loic Wacquant, que explora y explica en *Castigar a los pobres* cómo el adelgazamiento de la seguridad social coincidió con el incremento de la población negra en cárceles, particularmente a raíz de teorías pseudosociológicas sobre el control del crimen, como aquella de las ventanas rotas. Sobre el tema en particular no apuntaré más allá de lo señalado por Oxfam sobre el impacto de esta crisis en Estados Unidos mismo duran-

¹ Informe mundial oit, pp. 201 y 202.

te la coyuntura actual: si la tasa de mortalidad por Covid fuera igual entre la población blanca y las latina y negra, más de 22 mil personas pertenecientes a estas últimas poblaciones habrían seguido con vida en 2020.

Un cambio de distinta naturaleza, mucho más potente, es el cambio de las relaciones de género. No se trata, en este caso, de que los hechos que dañan principalmente a las mujeres hayan cambiado radicalmente, de que se hayan agudizado (la crueldad del patriarcado es secular), sino de que se trata de un dolor que se encuentra en un proceso de politización alrededor de todo el mundo. Al ser una ruptura con un sistema de dominación que afecta a más de la mitad de la población mundial, la desidentificación de millones de mujeres con sus lugares asignados en las comunidades nacionales previas (en una subordinación ya insostenible) es uno de los retos principales al replanteamiento de dichas comunidades, al mismo tiempo que contiene el potencial más revolucionario. La principal consecuencia normativa ha sido la generación de leyes contra el feminicidio en el mundo a partir de 2007, mientras el feminismo deviene en movimiento de masas.

Hemos visto panorámicamente los entramados estropeados con el ciclo crítico de estos 12 años. La pregunta principal sobre el futuro es cuáles entramados comenzarán a restituirse de acuerdo con las necesidades presentes de las sociedades y cómo lo harán. Todo indi-

caría que uno de los que se ha vuelto a potenciar es el de la representación política, a partir de los movimientos populistas que revirtieron la tendencia a la abstención y, a veces, incluso generaron tasas de participación electoral históricas. La causa, según mi modo de ver, es la siguiente. Algunos teóricos del populismo han hablado de que una de las condiciones para que emerjan movimientos de este tipo son las crisis de representación que permitan igualar a los partidos que disputan las posiciones legislativas y de gobierno. Si hay alternancias sin alternativa, se crea el terreno propicio para que alguien reclame ser la legítima representación del pueblo en contra de un sistema que se llama espuriamente democrático. El distintivo de la democracia sigue siendo que es el régimen de la soberanía del pueblo. Su aceptación universal depende de ese principio de legitimidad, y su potencial disruptivo depende de cuánto se aleje ese principio de legitimidad de su forma realmente existente. Por momentos, la disociación entre ambos ha sido absoluta.

En los años 90, particularmente, avanzó una corriente de la ciencia política que entronizó, como sujeto de la democracia, no ya al pueblo sino a los ciudadanos y a la sociedad civil organizada con sus expertos. Una democracia con un pueblo primero semi-soberano —lo dijo Schattschneider—, en el extremo con órganos autónomos del estado que a la manera de los bancos centrales administraran por fuera de los mecanismos democráticos los asuntos más importantes del estado, y después, como asentaría Peter Mair, con democracias sin pueblo, que ya no tenían de de-

PANORAMA DEL CAMBIO DE ÉPOCA

mocracias más que la legitimidad de que presuntamente gobernaban para el bien de todos. Naturalmente, esto ocasionó que, en alguna medida, los políticos se abocaran a buscar encargos que no dependían de su capacidad de conseguir votos, sino de otro tipo de política de capital social más restringido —de café, de aula, de restaurante—, mientras se transitaba a lo que se denominó una democracia de audiencias, donde los ciudadanos importaban más en su calidad de público que de pueblo.

La respuesta espontánea de los sistemas políticos a esta consecuencia del neoliberalismo, desde la democracia, fueron los llamados movimientos populistas, pero ha sido una respuesta que parece transicional. Sí, aumentaron la participación electoral, relegitimaron el espacio democrático y la identificación de

grandes sectores antes fraccionados, pero en ningún lugar un cambio populista ha podido institucionalizarse en una regeneración democrática. La aportación de todos, en sus términos, es que lograron articular al pueblo como un sujeto político legítimo y creíble. Devolvieron al pueblo a la democracia. Se trata de un avance notable, pero falta todavía restituir, a partir de la posición privilegiada de dicho sujeto en un nuevo entramado republicano (donde quepan también los ricos y los pobres), los pactos sociales que hagan creíble la paz entre las clases —la seguridad social—, y asimilen las nuevas subjetivaciones sociales de las mujeres y los sectores racializados. El tránsito, aunque no es imposible, está lleno de escollos y precisa de un programa político ideológicamente fino, prudente. ¶



EL (DES)ORDEN DEL CAMBIO

Por Hugo Garciamarín Hernández ¹

Introducción

Las formas de dominación y su cambio a lo largo del tiempo son uno de los intereses principales de la ciencia política, y tema recurrente en nuestra conversación pública. Prácticamente en todas las mesas de discusión de la televisión y en las opiniones escritas en diarios y revistas se habla del poder. ¿Quién lo ejerce? ¿Cómo lo ejerce? ¿Cuáles podrían ser las verdaderas razones por las que se toman ciertas decisiones políticas? Éstas son las preguntas ahí debatidas.

En nuestro presente, el de las y los mexicanos, es todavía más evidente el interés por la dominación y el cambio. El gobierno de Andrés Manuel López Obrador ha generado muchísimos debates: sobre su estilo de gobernar y su relación con el empresariado, las instituciones, los partidos políticos. Sin embargo, la mayoría de los análisis se quedan en el ruido de las redes

¹ El presente ensayo es producto de las reflexiones del Seminario Permanente de Política Mexicana. Agradezco especialmente las revisiones y comentarios de Gauri Marín, Itzcóatl Jacinto y Antonio Álvarez.

sociales y de cierto círculo de comentaristas, y no logran desarrollar un diagnóstico más profundo sobre las variaciones en el ejercicio del poder.

Recientemente, en la revista *Nexos*, Mariano Sánchez Talanquer presentó un análisis titulado “Orden y desorden político en México”,² en el que intenta salir de la inmediatez de la conversación pública y trazar algunas líneas de análisis sobre el proceso de cambio político que vive nuestro país. En este ensayo retomamos la buena fe del autor por pensar el presente fuera del ruido del debate diario y elaboramos una crítica a su trabajo para exponer de un modo distinto cuáles son los patrones de dominación que caracterizan el desorden del cambio de época.

La ficción sobre el ejercicio de la dominación

Sánchez Talanquer comienza con el acierto de salir de la “polvareda” que levanta el seguimiento diario al presidente, para tratar de pensar seriamente el proceso de transformación en el que nos encontramos, centrándose, sobre todo, en las modificaciones del ejercicio del poder. En su opinión, nuestro presente se caracteriza por el desmantelamiento de “la competencia equilibrada con tres partidos políticos y el esquema constitucional de separación de poderes y controles legales del ejercicio del poder” a partir de dos corrientes de cambio: el fortalecimiento de la figura presidencial y la

erosión del sistema de partidos.

En síntesis, el autor plantea que el desorden actual se basa en que el presidente se ha encargado de destruir, poco a poco, controles constitucionales e institucionales para fortalecer al Ejecutivo. Esto a partir de la retórica demagógica de que el Poder Ejecutivo representa con fidelidad la voluntad del pueblo, y a fin de disminuir política y discursivamente el papel de la oposición, los organismos autónomos y el viejo sistema de partidos. El orden que seguirá a este proceso —aunque más lento de lo que suele augurarse— se caracterizará por el autoritarismo. No obstante, su análisis parte de una premisa ficticia y esto provoca que su trabajo pierda potencia explicativa. Para él, la manera en que se distribuía formalmente el poder y el entramado institucional —que exaltan las y los ideólogos de la transición a la democracia— era la base de los arreglos políticos y económicos en los que se sostenía el viejo régimen, pero no menciona los mecanismos informales que daban forma a la política de verdad existente. Su comparación se da entre una realidad política que no existió (con contrapesos institucionales y un Estado de derecho) y un proceso de cambio ciertamente desconcertante.

En sus palabras, “el Legislativo deja de ser el poder en el que se diluyen las decisiones colectivas vinculantes (las leyes) a través del diálogo”. Porque antes, desde luego, no existían ni los moches, ni los acuerdos cupulares y externos a la representación —como el Pacto por México— ni se legislaba a puerta cerrada o cambiando de sede ante el descontento popu-

² 1 de febrero de 2021. Disponible en <https://www.nexos.com.mx/?p=52900>

lar. De igual forma, dice que el Poder Judicial es “poco a poco arrinconado, intimidado, presionado” por el Ejecutivo. Cuestión que antes supuestamente no existía y en donde nombres como Eduardo Medina Mora son anécdotas menores.

Por otra parte, está convencido de que el gobierno actual amenaza la posibilidad de ejercer “la libertad personal sin intimidación, sin miedo”, pero no menciona que en México, desde hace varios años, no se puede ejercer el periodismo libremente, por poner un ejemplo. Además, plantea que la transformación del Ejecutivo en un poder supremo, “implica también una neutralización de los centros de poder autónomo a nivel local”, insinuando que antes el federalismo era fuerte y no cedía ante el poder central ni vivía fuertemente subsidiado.

Sorprende que un trabajo que quiere salir de la inmediatez y clarificar el ejercicio del poder ignore elementos fundamentales de la dominación del viejo régimen. Como ya mencionamos, esto le resta potencia explicativa a su análisis. El autor termina cegado por su propia ficción y su trabajo queda disminuido a una defensa de una interpretación histórica: la democracia acechada por el impulso autoritario de López Obrador. Como se verá más adelante, esto provoca que se pasen a segundo término aspectos interesantes.

Tres elementos de desorden

La ficción de la que parte Sánchez Talanquer le impide observar con detenimiento la crisis

de las viejas formas de ejercicio del poder y la manera con la que el régimen naciente intenta sustituirlas. Por esta misma razón, no vislumbra que la sensación de desorden político se basa en la distinta intensidad en el cambio de los mecanismos de dominación de nuestro presente.

En un estudio de años atrás,³ Octavio Rodríguez Araujo explica que durante los momentos de crisis los mecanismos de dominación política, ideológica y económica se tambalean y son susceptibles a modificaciones. La intensidad de éstas depende de la capacidad de actores del viejo régimen para contener el ímpetu de cambio y de los actores opositores de impulsarlo radicalmente. El resultado de este proceso es un empate de fuerzas que puede derivar en un viraje de ciento ochenta grados en el orden existente o una modificación parcial en las estructuras de dominación. En nuestra opinión, actualmente vivimos tres procesos de desorden producto de la crisis del viejo régimen.

a) Primer desorden: democracia y entramado institucional

Sánchez Talanquer plantea que parte del desorden actual se basa en el desprecio a la cara institucional de la democracia y en apelar al pueblo para quitar capacidad de influencia a los adversarios y acumular poder. Sin embargo, omite dos elementos importantes: el primero es que el viejo régimen se erigió sobre una

³ Octavio Rodríguez Araujo, “Crisis políticas en México”, *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, Vol. 32, N°124, 1986, pp. 9-21.

EL (DES)ORDEN DEL CAMBIO

idea de democracia más preocupada por los contrapesos institucionales al Poder Ejecutivo que por la soberanía del pueblo. Es decir, más por su forma que por su contenido. El segundo es que, detrás del entramado institucional que derivó de esa idea de democracia, se erigieron prácticas informales de distribución del poder que le restaron importancia a la representación política.

Esto produjo una forma de gobernar en el vacío:⁴ élites que se perpetuaban a sí mismas por medio de mecanismos formales —exaltados como lo esencial de la democracia— e informales, mientras se mantenían ajenas a las mayorías y a la representación popular, bajo el discurso de la ciudadanización de la política. Durante la transición a la democracia se privilegió la construcción de un andamiaje institucional “ciudadano” junto a mecanismos de vigilancia del Poder Ejecutivo, y con cargos directivos que eran elegidos por políticos y funcionarios con criterios real o supuestamente técnicos. Además, se logró un acuerdo entre burocracias de partido de una normalidad política basada en cierto reparto equitativo de cuotas dentro de tal entramado institucional.

En 2018, esta idea de democracia fue vencida por otra que pone en el centro a la representación política y al papel de las mayorías. Como resultado, ha iniciado un proceso de transformación de la vieja forma de dominación política: la crítica a los organismos autónomos y a las élites que se conformaron en su interior y en la periferia; la construcción

de una nueva idea de servicio público basada más en la honestidad, la vocación de servicio y la austeridad que en la técnica; la erosión del viejo sistema de partidos y sus acuerdos culebreros de repartición medianamente equitativa de cuotas y su sustitución por una nueva identidad política, el lopezobradoresimo, que trasciende a los mecanismos tradicionales de representación, incluyendo a Morena.

Si Sánchez Talanquer no estuviera tan atrapado en su ficción, no sólo podría ver que el desprecio al contenido de la democracia fue el origen de la crisis política, sino que el desorden actual no tiene resultados tan evidentes como los que imagina. Por el contrario, no hay claridad. Ni Morena tiene tintes de ser un partido del régimen como el viejo PRI, ni es evidente cuáles son las características de las nuevas élites; tampoco hay propuestas definidas de qué hacer con las funciones que actualmente desempeñan los organismos autónomos, ni cómo fortalecer elementos importantes de las instituciones como el servicio profesional de carrera.

b) Segundo desorden: ideología y élites neoliberales

El segundo desorden se caracteriza por la noción de que la transformación de la ideología neoliberal y la sustitución de las élites neoliberales no es tan evidente. En realidad, pareciera que hay una continuidad pese a la retórica gubernamental, cuestión que pasa completamente desapercibida por Sánchez Talanquer.

Si bien es cierto que hay cambios evidentes en la relación con el poder económico

4 Peter Mair, "Gobernar el vacío", *New Left Review*, núm. 1, vol.142, p. 22-46.

(programas sociales para apoyar a las poblaciones más vulnerables, proyectos con ideas de desarrollo acompañadas de una noción de bienestar como el Tren Maya, derechos sociales elevados a rango constitucional y una reforma fiscal en los hechos gracias al cobro de impuestos a los grandes empresarios —la cual cambia radicalmente las relaciones informales del viejo régimen—), hay también políticas que preservan la esencia neoliberal y actores neoliberales con gran poder de decisión en el gobierno.

Un ejemplo de lo anterior son los fideicomisos y las estancias infantiles. Es verdad que ambos casos partían del supuesto, muy neoliberal, de que la sociedad civil y las organizaciones privadas administran de mejor manera los recursos públicos y son el vehículo más eficiente para enfrentar, paradójicamente, los problemas colectivos. El desmantelamiento de estos intermediarios, criticado por el autor, puede entenderse como una reivindicación del papel del Estado en la construcción de bienestar. Sin embargo, la propuesta para sustituirlos se basa únicamente en transferencias directas. El Estado no está construyendo servicios. Espera que, entregando el dinero directamente a los afectados, éstos puedan encontrar una solución en el mercado. Dichas transferencias pueden ser una buena forma de solucionar las necesidades inmediatas de la población, pero también deberían ser acompañadas de servicios estatales. En este sentido, se mantiene una lógica neoliberal en la política gubernamental.

Otro ejemplo es la negativa a reformar

profundamente el sistema de pensiones. A pesar de tener la mayoría en las Cámaras y de contar con la evidencia de que en todo el mundo se está revirtiendo su privatización, el gobierno decidió mantener el modelo privado y de contribución definida e ignorar las puertas giratorias que hay entre las Afores y la Secretaría de Hacienda.

Además, hay que sumar la importante capacidad de incidencia de empresarios neoliberales como Alfonso Romo y Ricardo Salinas Pliego en la política de la Cuarta Transformación. En resumen, la crisis de la ideología y la estructura económica ha derivado en una convivencia de ciertos mecanismos de transformación con el mantenimiento de actores e ideas neoliberales.

c) Tercer desorden: debilidad estatal

El último desorden es la transparente debilidad del Estado. Esto es bien identificado por Sánchez Talanquer. En su opinión, el Estado es “completamente incapaz de mantener la paz, resolver conflictos entre particulares, dar servicios de salud y educación”. Esto se debe, siempre según el autor, a que durante los últimos años México avanzó en la construcción de una democracia, pero no de un Estado. Sin embargo, su interesante reflexión sobre la necesidad de transitar a un Estado fuerte que incluso toma como base las ideas del desarrollo político de Francis Fukuyama, se pierde nuevamente en la ficción y se difumina en una reflexión sobre cómo los líderes populistas aprovechan esta debilidad para hacerse del

poder.

La debilidad estatal no sólo se origina por la debilidad institucional, sino también por la supremacía que adquirieron actores privados sobre los públicos en espacios de alta relevancia política. Durante años se vivió una privatización de la política que dejó al Estado sin la capacidad de responder a diferentes problemas públicos. Cuando hablamos de privatización de la política, no nos referimos únicamente a la transferencia formal de empresas públicas a empresarios. También se trata de la presencia de actores privados en instancias públicas, de mecanismos informales en los que el beneficio personal está sobre el colectivo, de la poca o nula presencia del Estado en el territorio y de su incapacidad para regular actores económicos, nacionales e internacionales.

Como bien menciona Béatrice Hibou,⁵ la privatización de la política o, si se prefiere, del Estado, modifica profundamente la capacidad de este último para ejercer su dominio frente a otros actores. Algunos ejemplos de esto es que agentes privados, empresariales o criminales controlen los puertos y las aduanas, que personajes vinculados con el crimen organizado ocupen instituciones públicas o tengan cooptada la procuración de justicia, o que ante la poca presencia estatal en el territorio haya grupos privados de diferente tipo que asumen la resolución de problemas públicos.

En efecto, como dice Sánchez Talanquer, este proceso lleva mucho tiempo alimentándose en nuestro país. Pero su origen no está en

que se fortaleciera la democracia sin fortalecer también al Estado, sino que la lógica de gobernar en el vacío dejó cada vez más espacios sin presencia estatal y que las élites del viejo régimen establecieron una dinámica en la que las instituciones funcionaban para satisfacer intereses privados a partir de la corrupción.

Este tercer desorden de nuestro tiempo proviene de la convergencia entre la debilidad estatal y el intento de este gobierno por recuperar ciertas facultades institucionales. Dicho de otra forma, la imagen del Estado todo poderoso es desmentida en los hechos concretos, en la práctica diaria. Como bien apunta Gauri Marín en un ensayo que forma parte de este número, hay un esfuerzo gubernamental por la reorganización territorial, aunque no siempre con los resultados esperados. No obstante, lo que sí queda claro es la pretensión del gobierno federal de reforzar la presencia estatal en el territorio a partir de las políticas de bienestar y proyectos como el Transístmico y el Tren Maya. También puede decirse que la presencia de la Marina en los puertos va en la misma dirección, conseguir que el Estado ocupe espacios de relevancia pública todavía dominados por agentes privados.

Sin embargo, no terminan por verse los resultados de estos esfuerzos en buena parte por la persistente debilidad estatal. En materia de seguridad, aún no hay cambios significativos. En gran parte del país sigue mandando el crimen organizado, tanto en el territorio como en diferentes niveles de gobierno. De igual forma, hay agentes privados que siguen en instituciones públicas, como el citado caso de las

⁵ Béatrice Hibou, *De la privatización de las economías a la privatización de los Estados: análisis de la forma continua del Estado*, México: FCE, 2013.

puertas giratorias en Hacienda.

Asimismo, la pandemia ha hecho todavía más evidente esta debilidad. De entrada, fue clara la falta de infraestructura hospitalaria y la carencia de personal de salud para enfrentar las repercusiones del Covid-19. Por otra parte, se encuentra la falta de capacidad para responder a la crisis económica con más transferencias o por la decisión de no endeudarse, esto último como resultado no sólo de la convicción gubernamental de no adquirir más deuda, sino por la genuina incapacidad estatal para garantizar que los recursos efectivamente lleguen a los pequeños empresarios y que no sean absorbidos por las grandes empresas.

Es claro que la debilidad estatal también se vive en todo el mundo, al menos en occidente. Países como Alemania, que cualquier estudioso de la ciencia política categorizaría como Estado fuerte (de hecho, es uno de los principales ejemplos del buen desarrollo político de Fukuyama que sigue Sánchez Talanquer), se ha visto en serios problemas de gestión de la pandemia, incluso, para adquirir vacunas e iniciar la aplicación en su país. En México, como en el mundo, se ha evidenciado que hasta los Estados más fuertes tienen espacios de debilidad tanto para cumplir con sus obligaciones como para regular agentes privados que afectan la operación estatal.

El horizonte

Para recapitular, en nuestra opinión hay tres tipos de desorden: 1) el desmantelamiento de los postulados políticos de la transición a la de-

mocracia sin un horizonte claro del entramado institucional que lo sustituirá; 2) la permanencia de ciertos elementos ideológicos y actores del neoliberalismo en la Cuarta Transformación, y 3) la transparente debilidad del Estado.

De acuerdo con nuestras consideraciones, y en clara discrepancia con Sánchez Talanquer, no es claro qué tipo de orden surgirá. El futuro depende de la contingencia, la libertad de los actores y la capacidad que tengamos para pensar el presente y proponer alternativas. Por esta razón, preferimos pensar cómo debería ser. En primer lugar, debería caracterizarse por conciliar las dos caras de la democracia. Se debe construir un nuevo entramado institucional en el que se respeten los principios de mayoría y se reconozca el impulso popular del mandato en las urnas de 2018, al tiempo que se mantengan algunos controles institucionales del sentido procedimental. La discusión sobre los organismos autónomos debería enfocarse en discutir seriamente qué debe ser autónomo y que no, y en dotar de manera eficiente facultades a las instituciones que los sustituyan, como las secretarías de Estado, a la par de generar mecanismos de vigilancia institucional y mejorar el sistema profesional de carrera.

En segundo lugar, el contexto global y nacional debe llevarnos hacia una política económica posneoliberal. Reflexionar sobre cómo debería ser esa política excede las posibilidades de este ensayo, pero sin duda debería basarse en la idea de que, para concretar la felicidad del pueblo —como apunta el presidente—, es necesario trabajar en los riesgos

EL (DES)ORDEN DEL CAMBIO

sociales, vivir en un orden justo con igualdad de oportunidades y asegurar el reconocimiento por igual de la dignidad para todas las personas. Para emprender este camino es necesaria la construcción de servicios y transferencias, pero, aún más importante, es indispensable que haya la pericia política para que los actores neoliberales dentro de la coalición del gobierno no sean los grandes ganadores del empate político del nuevo régimen.

Por último, aunque sea una obviedad, debe declararse que el orden naciente tendría que fortalecer al Estado. Para ello no basta el esfuerzo institucional ni la buena voluntad. Hace falta política. Es necesario lograr un acuerdo nacional entre el gobierno, actores privados, trabajadores y trabajadoras. Dicho acuerdo debería ser en torno al reforzamiento de servicios estatales, límites morales de par-

ticipación política y económica, sin dejar de ponderar la construcción paulatina de mayor presencia territorial. Hacemos énfasis en que debe ser un acuerdo, porque es insuficiente la sola voluntad política de una de las partes. La mayoría de los órdenes políticos que surgieron producto de un cambio de época se basaron en líneas comunes de acción.

Por esta razón no sólo debemos salir de la polvareda de la discusión diaria, sino también evitar la ficción intelectual. Como mencionamos en la introducción, tomamos la buena fe de Sánchez Talanquer para iniciar un diálogo en el que se puedan trazar ideas para construir un horizonte en beneficio de todas y todos. El orden que viene debería surgir por empate de fuerzas, en el que la decencia, la democracia y el bienestar forjen los acuerdos comunes. ¶

Imagen de portada: «Aborto Legal, Seguro y Gratuito» de Danielle Lupin cuenta con una licencia CC BY-SA 2.0



MELANCOLÍA Y ESPERANZA

Por Estela Roselló Soberón

Corrían las primeras semanas del mes de marzo de este año, 2020, cuando súbitamente dejamos atrás las marchas en la calle exigiendo justicia para las mujeres y nos recluimos en nuestras casas para resguardar nuestra salud y salvar la integridad física. En medio de mucha inquietud y confusión sobre el estado de la pandemia, en la Ciudad de México el sol esplendoroso y el cielo azul de la primavera anunciaban la fuerza de la vida que, a pesar de todo, no se detendría. En unos días, allá afuera, las jacarandas volverían a estallar con toda su potencia por las calles de la ciudad; la diferencia era que, esta vez, muy pocos las verían.

Mis hijos dejaron de ir presencialmente a la escuela, yo dejé de asistir a la universidad; nos despedimos de nuestros recorridos diarios y cotidianos por las calles y nos preparamos para eso que probablemente nunca antes habíamos siquiera pronunciado en la casa y que ahora se conocería como “el confinamiento”. A partir de ese instante, la vida se puso de cabeza y todo cambió. Como para muchos, el inicio de mi historia personal de la pandemia habría de tocarse en clave de melancolía, pero no sólo por el duelo y la despedida de todo lo que se dejaba detrás a partir de aquel momento, sino también porque, una vez que cerré la puerta de mi casa, me

MELANCOLÍA Y ESPERANZA

di a la tarea de empezar con la encomienda de escribir una breve historia de la depresión, que pronto encontró su punto de partida en la historia occidental de la melancolía.

La idea no era hacer una investigación propiamente académica o en fuentes primarias, sino aprovechar la existencia de muchos otros trabajos previos (tanto históricos como literarios, filosóficos, médicos, antropológicos y de estudios culturales) para hacer una breve síntesis que permitiera reconstruir una visión panorámica de la historia de una enfermedad física, mental y emocional que durante siglos se identificó como melancolía y que con el tiempo, si bien no de manera lineal ni directa, habría de evolucionar para dar paso a la experiencia moderna de la depresión. En efecto, la melancolía y la depresión no son lo mismo; tampoco es que una se haya originado de la otra. Más bien, tal como han señalado durante mucho tiempo distintos psicoanalistas, psicólogos, médicos, historiadores y filósofos, es indudable que hay una conexión histórica muy importante en la experiencia de ambas enfermedades.

La historia y la antropología de las emociones tienen mucho qué decir al respecto. Ambas disciplinas han insistido en señalar que las experiencias melancólicas y depresivas deben estudiarse como construcciones culturales e históricas que han cobrado sentidos y significados diferentes de acuerdo con la época en que se han vivido. Es decir, estas enfermedades deben comprenderse como experiencias sociales y no únicamente como fenómenos individuales. Por otro lado, también

es importante decir que cada sociedad ha mirado a sus enfermos melancólicos y depresivos desde lugares muy distintos, si bien en Occidente casi siempre se les ha colocado en sitios marginales y se les han rodeado de estigmas, prejuicios y estereotipos negativos que han promovido su alienación y su exclusión.

Así, por ejemplo, en la Grecia Antigua los argivos vieron en Orestes a un loco furioso, un ser humano que, poseído por el remordimiento y la culpa, se comportaba más como una bestia que como una persona y, sobre todo, como un asesino al que había que aniquilar. En el siglo xvii, los enfermos de amor o de melancolía amorosa se miraban como hombres y mujeres fuera de sí, afectados por malas pasiones, desequilibrados y carentes de juicio y razón. Por su parte, en el siglo xviii los románticos melancólicos fueron vistos como sujetos extraños, personas que poseían una sensibilidad ciertamente superior, pero que evidentemente no eran normales. Las mujeres histéricas del siglo xix o los locos circulares del mismo período, por mencionar solamente algunos otros ejemplos, se concibieron como personas trastornadas a las que era necesario aislar en asilos, para dejarlos fuera del orden cotidiano de la sociedad.

En realidad, más allá de las sangrías, las dietas especiales, los baños termales o los electroshocks recomendados para tratarlos a lo largo del tiempo, lo cierto es que todos estos sujetos melancólicos y deprimidos fueron vistos como seres desadaptados, a veces temidos, a veces compadecidos, pero siempre como sujetos más bien desechables o peli-

grosos para la estabilidad de su comunidad. Por ello, en la mayor parte de los casos, a lo largo de la historia, los melancólicos y los deprimidos fueron sujetos fácilmente olvidables y preferentemente invisibilizables por sus contemporáneos, a menos que su melancolía o su depresión los hiciera capaces de compartir la experiencia de lo sublime, y entonces pasaban a la historia como genios, pero incluso ellos quedaron oscurecidos bajo la sombra de la incompreensión.

Hoy se sabe que la depresión es una de las principales causas de suicidio en el mundo; también, que es una de las enfermedades mentales más comunes y más incapacitantes para personas de todas las edades y sin importar género o condición. La depresión no discrimina, si bien lo que sí es diferente para cada sector de la población es la posibilidad de acceder a terapias, programas y tratamientos médicos que ayuden a combatir la enfermedad. De acuerdo con datos de la OMS, actualmente 90% de las personas que sufren este padecimiento en el mundo carecen de tratamiento, ya sea por los estigmas sociales que lo acompañan, la falta de recursos económicos, la poca inversión por parte de los sistemas de salud pública o los malos diagnósticos. Como en otros países, en México no se puede seguir ignorando esta realidad. Mucho menos puede seguir negándose que el problema de tratar a las personas deprimidas, de contenerlas y de ofrecerles medios y mecanismos para su reintegración a la vida es una responsabilidad tanto del Estado como de la sociedad. Es decir, no podemos seguir dejando solas a las per-

sonas que sufren; el sufrimiento de los demás tendría que movernos a todos, al menos a ser empáticos.

Son muchos los motivos para enfermar de depresión en el mundo contemporáneo. El individualismo rampante, la precariedad material, la redefinición de fronteras geográficas, identitarias y culturales, la necesidad de migrar, la guerra, la violencia, son parte de la vida cotidiana en la mayor parte de nuestro planeta. Hombres y mujeres de todas las edades sufren sus efectos y, entre algunos, la mente y el cuerpo no resisten el embate de la realidad y enferman. El dolor individual de cada uno de ellos se incrementa frente a la fragmentación de los vínculos sociales, frente a la inexistencia de expresiones de solidaridad o de contención.

Sin duda alguna, el 2020 pasará a la historia como el año de la pandemia. El Covid ha removido los cimientos materiales, físicos, espirituales y mentales más profundos de los seres humanos en todo el mundo. Hoy vivimos ensombrecidos bajo el miedo latente, la amenaza constante, la tristeza y la incertidumbre generalizadas. La era del Covid en nuestro país —así la llaman mis estudiantes de la facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, quienes alguna vez en clase propusieron que hoy el calendario se dividía a partir de las siglas A.C. y D.C., es decir, antes y después del Covid— nos ha tocado a todos de diferente manera. Durante más de un año, y en distintos momentos muchos hemos sido presa de fuertes sentimientos de tristeza, miedo, soledad, dolor, confusión, enojo, agotamiento, pérdida de sentido.

MELANCOLÍA Y ESPERANZA

El insomnio o el exceso de sueño, la falta de concentración, la culpa, la sensación de alienación, han formado parte de nuestra sensibilidad cotidiana en estos tiempos difíciles.

Para algunos, quizás para quienes viven en condiciones menos apremiantes, este período de pesadumbre ha dado la oportunidad para emprender un viaje interior. Ese viaje de introspección y confrontación con el dolor, el miedo, el sufrimiento, un viaje que a muchos ha permitido preguntarse por el verdadero valor de la vida. Para otros, para quienes han tenido que emprender la lucha cotidiana más inmediata, y han tenido que salir de sus hogares para conseguir o mantener lo más indispensable, la angustia, la desesperación, la sinrazón, el enojo, la frustración y la desolación han marcado el ritmo de cada día de la existencia. En todo caso, más allá de las diferencias, el Covid ha significado para todos el inicio de un período de pérdidas y despedidas. Un antes y un después. Una época de duelo. Y más nos valdría a todos reconocerlo así, pues en todo proceso de curación, de regeneración y de reinicio, emprender el duelo es siempre indispensable.

El mundo en el que vivimos hoy nos recuerda a cada instante toda la fuerza y toda la fragilidad de la vida. Pienso, y no por casualidad, en esa pequeña polilla que revoloteaba por la ventana de Virginia Woolf aquella agradable mañana de mediados de septiembre y que la inspiró para escribir su famoso ensayo. Una mañana benigna, templada, en la que —cito a Woolf— “las posibilidades de placer parecían tan inmensas y tan variadas que des-

empeñar sólo la parte de una polilla en la vida —y, por si fuera poco, de una polilla diurna— parecía un duro destino”. La contemplación de aquel diminuto ser permitió a la escritora conectarse con la fascinación de la fuerza de la vida misma, y describirla. La luz del sol, la humedad del campo, las cornejas sobrevolando en pleno cielo azul las copas de los árboles, y a lo lejos, el sonido de algún vapor en altamar. La vida fruía y, mientras tanto, Woolf contemplaba, perpleja y conmovida, el revolotear de ese ser que en su pequeñez le recordaba la inconmensurabilidad de la vida misma y de sus posibilidades infinitas. Observándola, decía, “parecía que hubieran metido en ella una fibra muy delgada pero pura, de la enorme energía del mundo en su cuerpo frágil y diminuto. Y cada vez que la polilla cruzaba de un lado a otro del vidrio yo imaginaba que un filamento de luz vital se volvía visible. No era ni más ni menos que la vida. Algo maravilloso y a la vez patético había en ella”.

Después de un buen rato, y ante la impotente mirada de Woolf, la polilla comenzó a perder la luz vital que cruzaba a través de ella; el pequeño bicho luchaba con todo su ser por seguir viviendo, pero finalmente, y a pesar de las apuestas de la escritora por la vida, la polilla sucumbió ante su destino fatal. Pocos meses después de haber escrito “La muerte de la polilla”, en una tarde de marzo de 1941, Virginia Woolf se puso su abrigo, lo llenó de piedras y se aventuró rumbo al río Ouse. Antes, colocó por toda su casa algunas amorosas cartas de despedida para su marido y para su hermana y anunció que saldría a dar un paseo para des-

cansar. Entonces, la autora de *Las olas* caminó por el bosque hasta encontrar la corriente de agua a la que se abandonó para siempre.

Los seres humanos no somos polillas; no podemos sentirnos polillas. Ciertamente, el mundo del siglo *xxi* es un mundo difícil, caótico, doloroso e incierto; enfermar de depresión es un riesgo real y grave. En ese contexto, los programas de seguridad social del Estado y la conciencia y responsabilidad social de todos deben prevenir que los hombres y mujeres con depresión queden abandonados, solos y a la deriva.

Porque a diferencia de las polillas, que no tienen más remedio que cumplir su ciclo biológico en la trama de la vida, los seres humanos contamos con voluntad, con razón y con libertad. Atributos que los humanistas del siglo *xvi* definieron como los elementos que nos dife-

renciaban de los demás seres vivos. Atributos que no eran otra cosa que los componentes fundamentales de la dignidad humana. Hoy más que nunca debemos volver a recordar el valor de esta dignidad y su importancia en la consolidación de nuevos vínculos y nuevas formas de relación con nosotros mismos y con los demás.

Cuidar de la salud física y de la salud mental, la nuestra y la de los otros, sin duda es una acción indispensable para poder imaginar nuevas sociedades en donde los hombres y las mujeres tengan la posibilidad de sentirse más seguros, más libres, más iguales no obstante las diferencias, más satisfechos y más en paz. Todo ello como punto de partida para caminar hacia la construcción de un mundo en el que todos nos ocupemos de procurar el bienestar propio y el de los demás. ¶



POSPANDEMIA Y NUEVA FASE DEL CAPITALISMO

Por Matías Caciabue y Paula Giménez

Allá por junio de 2017, un interesante artículo de Pedro García Luaces, en el portal español de La Vanguardia, describía cómo la Peste Negra de mediados del siglo xiv europeo fue un factor determinante del tránsito de la Baja Edad Media al Renacimiento.

Por supuesto, los procesos de transformación social siempre son multicausales y la peste negra se manifestó “por encima” de “la crisis social, económica y agrícola, el hambre y la guerra” (García Luaces, 2017) de un período que determinó la aparición de una clase de empresarios, en los burgos, con capacidad de acumular capitales al apostar por la contratación de trabajo por jornal, y por la vida secular, la ciencia y la técnica. Es decir, la humanidad salta, en un lapso muy breve, desde el feudalismo al capitalismo.

Pero saltemos del siglo xiv al xxi y de la peste negra al Covid-19 para pensar el mundo convulsionado en el que vivimos. La riqueza se hiper-concentra cada vez en menos manos a una escala global, los recursos naturales se agotan y los seres humanos nos aislamos para so-

brevivir. Estallada con claridad desde 2008, la crisis sólo se ha profundizado con el crack de la pandemia. No debería resultar sorpresiva la afirmación de que el capitalismo, ese sistema social surgido entre los siglos xv y xvii, vive su peor momento en, por lo menos, 70 años.

Pospandemia y crisis sistémica

La miseria, la sobreexplotación y la exclusión son la realidad de las inmensas mayorías sociales, mientras una aristocracia financiera y tecnológica concentra y centraliza las riquezas a una escala planetaria. Según un informe del FMI de octubre de 2020, el PIB mundial cayó un 4.4%, golpeando con mayor virulencia en los países del tercer mundo. América Latina no es la excepción, y su economía se contrae un 8.1% (Fondo Monetario Internacional, 2020).

Por otro lado, y para entender la dimensión social de la crisis, según datos del Banco Mundial (2020), la pobreza extrema —definida como la situación de quienes viven con menos de 1.90 dólares al día— aumentará por primera vez en más de 20 años, a 150 millones de personas en este 2021. El informe es aún más inquietante cuando los cálculos se hacen sobre números más sensatos: “Si bien menos de la décima parte de la población mundial se ubica por debajo de la línea de usd 1.90 al día, cerca de la cuarta parte vive con menos de usd 3.20, y más del 40% de los habitantes del mundo (casi 3.300 millones de personas) se sitúa por debajo de la línea de usd 5.50”. Es decir, 40% de la población mundial vive con menos de 165 dólares mensuales.

Desde el fango de la crisis, la disputa entre proyectos estratégicos del gran capital no ha hecho más que acrecentarse. La lucha por imponer y controlar los tiempos sociales de producción de la llamada Cuarta Revolución Industrial —factor subyacente de la denominada “guerra comercial China-Estados Unidos”— pareciera estar siendo el eje ordenador del conjunto de las luchas inter-imperialistas.

El coronavirus ha sido un gigantesco catalizador de ese proceso en la estructura económica mundial, que conduce al mundo real-material-mecanizado-informatizado, basado en la energía fósil, a un mundo virtual-inmaterial-digital-biológico, basado en la energía renovable, la nanotecnología, la *bigdata*, la *blockchain* y la robótica.

En otras palabras, la irrupción de este proceso pareciera estar reordenando, por lo menos, una nueva fase del capitalismo, a semejanza del modo en que la peste negra sacudió a Europa Occidental en el siglo xiv a un costo de 47 millones de vidas humanas (García Luaces, 2017).

La gobernanza del capitalismo en manos de una aristocracia financiera y tecnológica

Las “gigantes tecnológicas”, devenidas en corporaciones transnacionales articuladas accionariamente a las grandes firmas financieras globales, han puesto en marcha nuevas relaciones económicas y, por ende, sociales; han puesto en tensión el orden social imperante e, inevitablemente, tratan de imponer un marco

POSPANDEMIA Y NUEVA FASE DEL CAPITALISMO

general afín a su desarrollo y sus intereses.

Esta creciente expansión de la Cuarta Revolución Industrial, basada en el monopolio de la digitalización-virtualización, pareciera prescindir de las naciones, entendidas como plataformas comunes históricas, culturales, geográficas, lingüísticas. Prescinde de ellas porque su escala, su interés común, se basa en el globo terráqueo, y sus nuevos valores se enfrentan a los valores de la vieja industria de la nación imperial, para transformarla en la nueva industria digital-global.

Los Estados, incluso de los otrora países centrales, están siendo colonizados por este nuevo momento del capitalismo. Éstos son herramienta-base para la edificación del nuevo Estado global, alterando las condiciones sociales anteriores y construyendo desde allí la nueva gobernanza global de un capitalismo plenamente transnacionalizado y bajo los órdenes de una aristocracia financiera y tecnológica.

Así, y a pesar de numerosos proyectos estratégicos de alcance planetario, en términos generales, el mundo se enmarca cada vez más en un "G2", ordenado en las tensiones visibles de los Estados Unidos y la República Popular de China que encierran una profunda, compleja y a veces contradictoria disputa de grandes intereses económicos. En la pospandemia pareciera emerger, entonces, una nueva dinámica imperialista-tecnológica entre Estados Unidos-Amazon (y el modelo GAFAM¹) y China-Huawei (en alianza con sectores an-

gloamericanos que aportaron y se beneficiaron de la expansión económica y financiera del gigante asiático²). La misma pareciera operar como contradicción principal de las pujas inter-capitalistas.³

La revolución tecnológica está cambiando las formas en las que los seres humanos nos relacionamos. La pandemia instala un modo de vida mediada por la virtualidad: la educación, la recreación, el trabajo y hasta la sexualidad se manifiestan de manera diferente.

En relación con la pospandemia, hay un sinnúmero de hipótesis de lo que sucederá, como si el futuro viniera enlatado y listo para ser usado. Pero pasa todo lo contrario: el mundo está en pleno desarrollo, los actores políticos, sociales y económicos están en plena lucha y, para ser protagonistas de este momento de cambios radicales, es importante comprender que el mundo del trabajo, tal como lo conocemos, ya no será el mismo, pero aun así habrá cosas que no se modificarán.

2 Véase Caciabue, "Geopolítica del capitalismo contemporáneo y la puja entre proyectos estratégicos", en Katu Arkonada y Matías Caciabue (coords.), *Más allá de los monstruos: Entre lo viejo que no termina de nacer y lo nuevo que no termina de morir*, UniRio, Rio Cuarto, pp. 22-66. Disponible en <http://www.unirioeditora.com.ar/wp-content/uploads/2019/06/M%C3%A1s-all%C3%A1-de-los-monstruos-UniR%C3%ADo-editora.pdf>

3 "De este modo, si en un proceso hay varias contradicciones, necesariamente una de ellas es la principal, la que desempeña el papel dirigente y decisivo, mientras las demás ocupan una posición secundaria y subordinada. Por lo tanto, al estudiar cualquier proceso complejo en el que existan dos o más contradicciones, debemos esforzarnos al máximo por descubrir la contradicción principal. Una vez aprehendida la contradicción principal, todos los problemas pueden resolverse con facilidad". Mao Tse-Tung, *Sobre las contradicciones*. Disponible en <https://www.marxists.org/espanol/mao/escritos/OC37s.html#s3>

1 GAFAM es el acrónimo de Google, Amazon, Facebook, Apple y Microsoft, las gigantes tecnológicas de origen angloamericano.

Tal como lo señala Paula Giménez,⁴ “la industria podrá tecnificarse al punto de prescindir de una gran parte de la población, pero los seres humanos seguiremos siendo los únicos capaces de producir riqueza. El problema ciertamente sigue siendo el mismo y aquí es donde radica el verdadero desafío: lograr que las mayorías puedan apropiarse de la riqueza que producen y repartirla de una forma mucho más justa y solidaria”.

Así como desde el origen del capitalismo el trabajador fue conducido hacia la producción de mercancías y fue disciplinado en una lógica de trabajo común a través del miedo a la muerte por hambre, hoy los cambios estructurales empujan a las clases subalternas hacia las “nuevas fábricas” del territorio virtual, con sus plataformas y redes sociales; construyendo nuevos valores organizativos en el campo económico, político y social.

Según el informe de enero de este año de DataReportal (2021), 59.5% de la población del planeta (4660 millones de personas) está en línea, con un aumento interanual de 7.3%, es decir, 316 millones más. El usuario medio de internet pasará 4 horas y 10 minutos por día en línea en 2021, más de 62 días en total. Si fuera un país, Facebook, con sus 2,740 millones de “usuarios”, sería el Estado más grande del planeta, sobrepasando a las poblaciones de China e India juntas. Así, la llamada pospandemia podría tomar los contornos de algo

que podríamos denominar tecnocracia global de mercado.

Pospandemia y nueva fase del capitalismo

Esta crisis puede ser un indicador de la puesta en marcha de, al menos, una nueva fase del capitalismo. Hay quienes especulan con un radical cambio de sistema. Sin embargo, de lo que muy pocos dudan es que esta fase de digitalización global está imponiendo nuevos procesos de producción y rediseñando el uso de la mercancía fuerza de trabajo para sostener su objetivo central: la maximización de la ganancia, a costa del plusvalor de las y los trabajadores.

El capital está disminuyendo drásticamente el tiempo necesario de producción para las mercancías que requiere el trabajador y la trabajadora para subsistir y reproducirse, es decir, lo que constituye el precio base de su salario. La “productividad” es, en estos tiempos, sorprendente. Un informe de Adecco (una compañía de recursos humanos con base en Zúrich, Suiza) determina que, gracias a la revolución tecnológica, lo que en 1970 se producía en ocho horas, hoy tan solo requiere de una hora y media.⁵

Para hacerlo más explícito, hoy el sistema funciona con 3,300 millones de trabajadores, de los cuales sólo 1,300 millones son esta-

4 Paula Giménez, “Un 1º de mayo (muy) diferente, un mundo en guerra mediado por la virtualidad”, *Nodal, Noticias de América Latina y el Caribe*, 2020. Disponible en <https://www.nodal.am/2020/05/un-1o-de-mayo-muy-diferente-un-mundo-en-guerra-mediado-por-la-virtualidad-por-paula-gimenez/>

5 Redacción Byzness, “La tecnología reduce la jornada laboral de 1970 a una hora y media”, *El Periódico*, 19 de febrero de 2020. Disponible en <https://www.elperiodico.com/es/activos/20200219/tecnologia-reduce-jornada-laboral-1970-hora-media-7853420>

bles. Números pequeños ante una población mundial de 8,000 millones de personas.⁶ Visto desde los ojos del poder y dicho mal y pronto: para este sistema lo que sobra es gente.

En esta nueva fase, ya no harán falta los gerentes o jefes que controlan a la mano de obra. Esto se hará por inteligencia artificial e indicadores de producción, y será a través de las plataformas y blockchain que, dicho de manera sencilla, es una base de datos que sirve como un registro de operaciones para cualquier tipo de transacción.

La digitalización del trabajo no requiere de la circulación de la mercancía “fuerza de trabajo”, lo que generaría también una baja en los costos de mano de obra, dejando obsoleto todo el andamiaje anterior del sistema de producción y circulación de mercancías (autopistas, combustible, ómnibus, calles, edificios, trenes, escuelas). El epicentro de la actividad será la casa de cada trabajador o trabajadora en el llamado “teletrabajo” y que ya cuenta con sus primeras legislaciones a nivel mundial, como es el caso de Argentina.

Un escaparate necesario: el capitalismo y el rol de las mujeres

Si el salario es equivalente a lo que el obrero necesita para vivir y reproducirse, pareciera que el capital ha encontrado la forma de disminuir el costo del trabajo remunerado eliminando una de sus funciones: la reproducción humana.

Entonces, si el capital necesita que la

mercancía fuerza de trabajo deje de reproducirse, debe en consecuencia cambiar el patrón social y cultural. En este proceso apunta al “capital constante” de la fuerza de trabajo: el cuerpo de la mujer.

Así, el capital trabaja subjetivamente sobre la mujer como reproductora de la mano de obra, intentando restringir la reproducción de la fuerza de trabajo para detener la sobreproducción de la misma. Con este elemento se lograrían dos objetivos: disminuir el costo de las mercancías que se necesita para sobrevivir (ahora sería garantizar la supervivencia de una persona, no un grupo familiar) y romper con la célula de reproducción social del viejo capitalismo, que es la familia. No por nada el andamiaje de Hollywood, Silicon Valley y Wall Street —incluido el circo a domicilio de Netflix— están impulsando constantemente mensajes políticamente correctos con los temas de géneros.

La batalla está, así, permanentemente abierta hacia el interior del movimiento feminista, por lejos el más dinámico a nivel mundial en el siglo XXI. Esto no es extraño si recordamos que, dentro de este sistema, y desde sus orígenes en el siglo XV, la primera iniciativa siempre está en manos de la burguesía. En este caso, el feminismo de base popular ha logrado disputar y tensar ese escenario. Dicho esto, el feminismo podría estar configurándose como el sujeto social que no sólo romperá con lo viejo, sino que también podrá ser el articulador de las más bastas fuerzas sociales dispuestas a construir un sistema social e internacional más justo.

⁶ Paula Giménez, op. cit.

La pospandemia no es un capítulo de Netflix

La cuarentena hizo irrumpir de un plumazo este estado de cosas que parecía lejano y sólo de película distópica de Netflix. El Covid-19 nos ha dado indicadores, como ningún otro conflicto, de que estamos atravesando una profunda transformación de nuestro sistema social. La emergente fase global-digital del capitalismo nos invita a una nueva enajenación sin decirnos que estamos produciendo en nuestras horas de trabajo y, también, en nuestras horas de ocio. Producimos datos comercializables por las mismas plataformas que habitamos en calidad de “usuarios”. Nos invitan a autoexplotarnos bajo la forma silenciosa de una apa-

rente libertad.

La pospandemia sólo podrá ser entendida y construida si abordamos el brutal proceso de transformación del capitalismo que está pariendo la crisis, sin olvidarnos que la misma es también una oportunidad para nuestros países, nuestra región y nuestro mundo.

Sólo la conciencia sobre lo que está sucediendo y el desarrollo de herramientas de organización y lucha que respondan a este momento de cambios radicales permitirán alcanzar la verdadera y definitiva liberación de nuestros pueblos. Al fin y al cabo, es de nuestras manos y nuestros cuerpos, en una extensa red colectiva, desde dónde brotará el poder para transformar esta situación por demás injusta. ¶

Imagen de portada: «President Cyril Ramaphosa sees off Coronavirus COVID-19 quarantined citizens from The Ranch Resort» de GovernmentZA cuenta con una licencia CC BY-ND 2.0

**INTER
SECCIONES**



¿NUEVO ORDEN TERRITORIAL?

Por Gauri Marín

El reacomodo institucional que conlleva cada nuevo gobierno puede tomar distintas formas. En ocasiones y en ciertas áreas, el cambio es mínimo y se basa en estructuras burocráticas previas; en otras, se profundizan inercias a través de nuevos actores, y en otras más y con menor frecuencia, ocurren disrupciones.

No es secreto para nadie que el gobierno de Andrés Manuel López Obrador comenzó un proceso de concentración del poder. No es tan común, en cambio, entender que, como bien menciona Fernando Escalante¹, éste obedece en parte a la inercia de una centralización que se ha gestado desde hace 15 años. Los cambios profundos e inercias en este sentido se pueden ver en distintas áreas, entre las que destaca la política social.

Al respecto de los programas sociales, por ejemplo, previo a 2018 cada dependencia de la administración pública federal contaba con delegaciones en los estados, mismas que, a su vez, tenían a su cargo los famosos intermediarios políticos para su distribución en el territorio. La apuesta de López Obrador en esta materia ha sido centralizar la operación en una instancia externa a las secretarías responsables de los programas: la Coordinación General de Programas para el Desarrollo —adscrita a la Presidencia de la República—, dirigida por Gabriel García.

De acuerdo con la Ley Orgánica de la Administración Pública Federal, esta instancia tendría que operar en colaboración con la Secretaría de Bienestar; sin embargo, en los hechos

¹ Fernando Escalante, "El nuevo centralismo", *Milenio*: <https://www.milenio.com/opinion/fernando-escalante-gonzalbo/entre-parentesis/el-nuevo-centralismo>

¿NUEVO ORDEN TERRITORIAL?

la Coordinación es la cabeza de la nueva estructura territorial del gobierno. Tiene bajo su responsabilidad a los 32 delegados de programas para el desarrollo —mejor conocidos como “superdelegados”—, los cuales tienen a su cargo a los 266 coordinadores regionales y a los más de 18,000 servidores de la nación. El espacio de operación territorial de esta nueva estructura son los más de 10,000 Centros Integradores del Desarrollo, pensados para acercar el gobierno a la gente.

El objetivo no es sólo la implementación de los programas sociales, sino también la de otros planes y acciones de bienestar. Por ejemplo, se encargan de la atención ciudadana, principalmente en zonas de alta marginación, y de la integración del censo del bienestar.

En suma, el gobierno de López Obrador eliminó todo un entramado político-institucional que, durante los últimos años, había incidido directamente en los distintos órdenes locales y echó a andar una estructura operativa que concentra las responsabilidades en unos cuantos y amplía su presencia en el territorio. Si el gran mérito de la campaña de López Obrador fue haber caminado de punta a punta el país a través de mítines en las plazas públicas, su gobierno necesariamente tendría un correlato similar.

La centralización del gobierno también se observa en otros ámbitos. En salud, se impulsó la creación del Instituto de Salud para el Bienestar (Insabi) en sustitución del Seguro Popular, y si bien los objetivos de esta nueva institución son varios, resalta el mandato político de erradicar el manejo opaco y corrupto

de ciertos gobernadores. En materia de seguridad, se continuó con la inercia del despliegue de las fuerzas armadas en el territorio, con la diferencia de que se añadieron nuevos encargos y una nueva corporación, la Guardia Nacional, en detrimento del fortalecimiento de las policías locales.

En su conjunto, la reestructuración institucional provocó gran resistencia entre gobernadores opositores y escándalo entre analistas que aseguraban estar frente al regreso de la presidencia todopoderosa —mito que además ellos mismos se habían encargado de difundir décadas atrás—. Pero lejos de cualquier exageración, valdría la pena detenernos a observar el proceso. Y si bien son varios los espacios desde donde se pueden analizar los resultados de la reestructuración, la actuación durante la pandemia me parece fundamental para empezar.

El territorio ha sido el tema fundamental, invisibilizado en ocasiones, de esta crisis sanitaria. En el mundo, lo más notorio fue el cierre de fronteras nacionales, pero en México surgieron barreras internas no impuestas por el gobierno central, sino por otros actores estatales —gobernadores, algunos presidentes municipales— y no estatales, como las distintas organizaciones sociales y grupos del narcotráfico.

De hecho, el propio gobierno federal les dio aún más libertad a estos actores cuando declaró que las 32 entidades federativas, al ser autoridades sanitarias, podrían dictar sus

propias medidas, siempre y cuando no contravinieran las disposiciones federales. Esto dejó un vacío en el territorio a pesar de la concentración de poder inicial que se observó, sobre todo, en la creación del Insabi. De tal forma que, con poca o nula efectividad en la mitigación de la epidemia, gobernadores y otras autoridades locales —legales o ilegales, más o menos legítimas— configuraron el espacio de su autoridad a través de toques de queda, cierre de fronteras entre localidades y otras medidas punitivas.

La aspiración de generar un nuevo orden territorial se puso a prueba por la fuerza de la pandemia. Y resultó no ser la concentración de poder esperada, de hecho, ocurrió lo opuesto: las responsabilidades se diluyeron, el opaco manejo de ciertos gobernadores que quiso erradicarse con el paso del Seguro Popular al Insabi se impuso y, en suma, el gobierno federal decidió no dar la batalla por el territorio.

Sin embargo, ahora, con el inicio de la campaña de vacunación, la respuesta del gobierno ha ido en el sentido contrario, con una fuerte presencia en el territorio. Si bien esto parte del hecho de que el gobierno federal en este momento concentra la compra de vacunas, la particularidad que me interesa destacar es que, por instrucción presidencial, se decidió hacer uso de la estructura territorial anteriormente descrita, misma que se ve reflejada en la integración de las Brigadas Correccaminos: personal médico, elementos de las fuerzas armadas, Guardia Nacional, siervos de la nación (vigilados por los respectivos coordinadores regionales y delegados) y voluntarios, con los

Centros Integradores como base de operaciones.

La justificación de las brigadas es que el aparato del programa de vacunación universal es insuficiente para la vacunación contra la Covid-19, sobre todo en las zonas más lejanas, con mayor dispersión de la población. Sin embargo, el asunto no deja de ser sumamente complejo, comenzando porque la planeación parte de que esta maquinaria está funcionando, y no es así en todas partes. De los 10,000 centros integradores, algunos no han cumplido la meta, otros operan parcialmente y otros más se han cerrado por falta de acuerdos con presidentes municipales, gobernadores y otras grillas políticas.

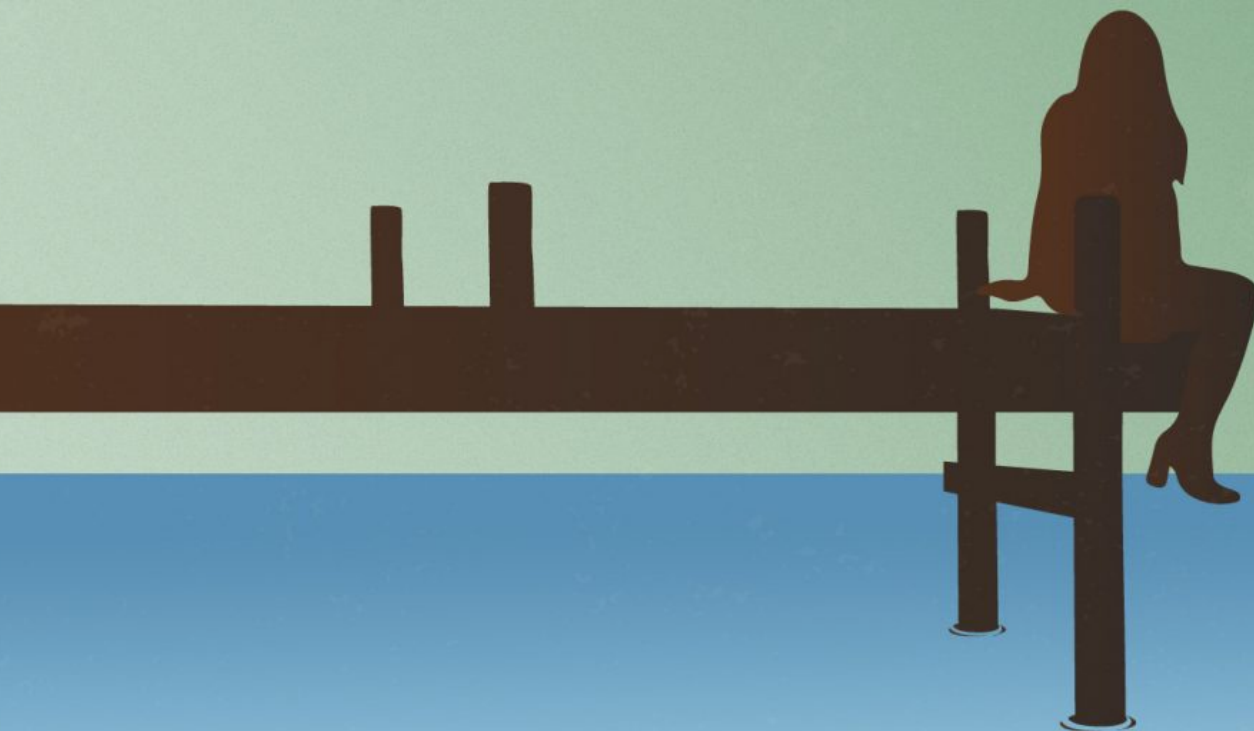
En suma, puede decirse que las Brigadas Correccaminos no sólo sintetizan la estructura territorial del nuevo gobierno, sino que hacen visible la aspiración de hacer de esta estructura el mecanismo de integración de los distintos órdenes locales.

Se puede concluir que, con la reestructuración inicial del gobierno emprendida por el presidente, efectivamente se ha centralizado la política social, fortaleciendo la rectoría de la nueva estructura comandada por Gabriel García, pero también limitando la base de poder de las secretarías y de otros actores gubernamentales —que, como es fácil comprender, se han opuesto a esta pretensión.

Y si bien la política social es uno de los ejes más importantes del gobierno de López

¿NUEVO ORDEN TERRITORIAL?

Obrador, la centralización que se ha pretendido en otras áreas como seguridad y salud no ha tenido los resultados esperados, ya sea por falta de diagnósticos locales y/o regionales claros o por falta de voluntad política cuando más hacía falta. Una agenda de investigación sobre la estatalidad mexicana revisaría qué tantas capacidades estatales se han desarrollado para lograr la integración de los distintos órdenes locales. ¶



EL DINERO NO HACE LA FELICIDAD: EL BIENESTAR PSICOLÓGICO Y LA CALIDAD DE VIDA

Por Ana Heatley Tejada

Usualmente, el bienestar en un país se ha medido y comparado con indicadores como la cantidad o la proporción de personas en pobreza y el PIB per cápita. Sin embargo, desde hace algunos años el concepto de bienestar subjetivo entró en la discusión, lo que ha hecho necesario revisar qué entendemos por bienestar y considerar otro tipo de indicadores como la felicidad o la satisfacción de las personas con sus vidas.

¿Por qué usar la producción de un país como medida de su bienestar?

El PIB per cápita es un indicador muy indirecto e impreciso del bienestar de las personas; entre otras cosas, porque no habla del dinero que efectivamente tiene cada quién en sus bolsillos. Habla de la riqueza del país como conjunto y de cuánto le tocaría a cada persona si ésta se

EL DINERO NO HACE LA FELICIDAD: EL BIENESTAR PSICOLÓGICO Y LA CALIDAD DE VIDA

repartiera equitativamente, aunque sabemos que no ocurre así.

La lógica que subyace es que se necesita un pastel más grande para que cada persona tenga una rebanada más gruesa. Esta idea proviene de lo que se llamó la teoría del trickle down (o teoría del derrame), que se asumía que una economía más grande y productiva beneficiaría a todos: aunque inicialmente beneficiaría sólo a algunos empresarios, con el tiempo ellos comenzarían a “derramar” la riqueza al crear empleos, productos nacionales de menor costo, etc. El problema es que no hay evidencia contundente de que esto suceda. Por ejemplo, en México, pese a que el PIB creció en la última década,¹ la pobreza por ingresos aumentó entre 2008 y 2016, y para 2018 apenas bajó al mismo nivel que tenía 10 años atrás.² Esto significa que, aunque se generaron más recursos, había más personas que no podían acceder a ellos. Así, para que haya bienestar no basta con que existan más recursos, lo imprescindible es que se repartan.

El bienestar como no-pobreza

A diferencia del PIB per cápita, las medidas de pobreza intentan establecer con cuántos recursos cuentan los individuos, o al menos los hogares. Hay muchas maneras de medir (y conceptualizar) la pobreza; dos de las más comunes son a) cuánto dinero tiene un ho-

gar, o b) con qué bienes y servicios cuenta. La idea es establecer un mínimo necesario o aceptable y determinar quién está por debajo de ese mínimo (es pobre) y quién por encima (no es pobre).

Las mediciones de pobreza deben buscar acercarse lo más posible a las condiciones de vida que intentan reflejar. Si se mide con ingresos, es importante asegurar que el monto de la línea de pobreza realmente alcance para adquirir los bienes que se necesitan y, además, que éstos estén disponibles. Si se mide con bienes y servicios, se debe considerar que las necesidades cambian de un contexto a otro: donde no hay transporte público, se necesita un vehículo; donde hace mucho frío, se necesita calefacción.

Pero incluso si existiera una manera perfecta de medir la pobreza, el problema de equiparar el bienestar con no ser pobre es que pareciera asumirse que basta con los bienes materiales indispensables para tener una buena vida, y claramente no es así. En términos conceptuales, si ser pobre es tener menos de lo necesario, entonces dejar de ser pobre es abandonar un estado de malestar, que no es lo mismo a haber alcanzado completo bienestar. Para ponerlo en perspectiva, se puede imaginar el siguiente escenario: si la canasta básica cuesta 100 pesos, ¿puedo decir que estoy en condiciones de bienestar si tengo 101 pesos? Si el dinero pudiera comprar la felicidad, ¿cuánto costaría? Esto nos remite a que, en realidad, para que haya bienestar se necesitan más que bienes materiales y servicios.

1 Cifras del Banco Mundial, disponibles en <https://datos.bancomundial.org/indicador/NY.GDP.PCAP.KD?end=2018&locations=MX&start=2008>

2 Cifras del Coneval, disponibles en <https://www.coneval.org.mx/Medicion/MP/Paginas/Pobreza-2018.aspx>

¿Qué se necesita entonces para que haya bienestar?

Durante las últimas décadas, los países han dedicado mucha atención al crecimiento económico y a incrementar los ingresos de sus habitantes. Algunos han logrado avances espectaculares: en 1990 China tenía a 66 % de su población en pobreza, y para 2016 ésta bajó a 0.5 %.³ Sin embargo, poco a poco ha quedado claro que el dinero o los bienes y servicios no bastan para medir la calidad de vida.

Se ha llamado bienestar subjetivo a la parte de la vida que tiene que ver con las emociones positivas,⁴ la satisfacción con la vida o la salud mental de las personas. Me parece un mal nombre porque se refiere a fenómenos psicológicos, así que lo llamaremos bienestar psicológico.⁵ Lo que pone de manifiesto este concepto es que las personas necesitan más que cosas materiales. Por ejemplo, si mis ingresos aumentan, pero me veo constantemente expuesta a la violencia del narcotráfico, no tendré una mejor calidad de vida, e incluso puede que muera antes. Es decir que la tranquilidad, las emociones positivas y la satisfacción con lo que se tiene y se logra son, al

menos, tan importantes como el dinero o los bienes y servicios.

Aunque el dinero no es prescindible, trascender la noción de que el bienestar es pura o primordialmente económico permite aceptar que se compone de diferentes facetas: una es material, otra es psicológica y podríamos hablar de una tercera faceta física (la salud, la ausencia de dolor, etc.) y una cuarta social (la interacción con los demás, el apoyo social, etc.). Sin embargo, al tiempo que ampliamos la conceptualización del bienestar, se ha de tener en cuenta dos características fundamentales. Primero, el bienestar no es segmentable, cada faceta permea a la otra y ninguna es prescindible: si no tengo dinero, no estaré de buen humor y pasaré hambre; si estoy deprimida o ansiosa, enfermaré más seguido y no tomaré las mejores decisiones económicas o sociales. Segundo, las facetas del bienestar no son sustituibles y tener provisiones en una no alcanza a cubrir la falta de otra, porque ni se vive de amor ni el dinero compra la felicidad. Por lo tanto, no se trata de reemplazar unos indicadores con otros, sino de mejorar la forma en que medimos para tener información útil y completa, de manera que las políticas públicas puedan dirigirse con mayor certidumbre a lograr que todos los habitantes tengan la mejor vida posible.

Considerar el bienestar psicológico genera reticencia entre algunos. En primer lugar, implica darle importancia a cosas que antes pasaban más desapercibidas, como el abuso y el maltrato en las escuelas o en el trabajo, las injusticias y la discriminación, o la (in)movi-

3 Línea de pobreza de 1.9 dólares por persona por día. Datos del Banco Mundial disponibles en <https://datos.bancomundial.org/indicador/SI.POV.DDAY?locations=CN>

4 Para ser más específicos, con un balance entre emociones positivas y negativas donde haya más de las primeras.

5 Lo *subjetivo* es la forma en que comúnmente se mide, pero es importante tener en cuenta que puede haber medidas objetivas de bienestar psicológico y medidas subjetivas de bienestar económico. Ambas pueden ser confiables y lo importante es tener las medidas más certeras posibles.

EL DINERO NO HACE LA FELICIDAD: EL BIENESTAR PSICOLÓGICO Y LA CALIDAD DE VIDA

lidad social. Y esto complica las cosas porque es más fácil darle dinero a la gente que darle justicia o movilidad social. En segundo lugar, muchos dudan que se pueda medir el bienestar psicológico de forma confiable, cuando en realidad los psicólogos han desarrollado varios instrumentos para ello. Sólo hace falta involucrar a las ciencias sociales en el diseño de las nuevas estrategias para medir el bienestar de la población. El bienestar integral, ese que se llama calidad de vida. ¶



LA MATERNIDAD COMO RIESGO SOCIAL

Por Lourdes Jiménez Brito

Amenudo, cuando pensamos en la maternidad, vienen a la mente imágenes de madres felices cargando a sus bebés con gran alegría y plenitud. En esas representaciones casi parece no haber lugar para la ambivalencia o las experiencias negativas. Se nos presenta como una etapa de máximo disfrute y hasta de una supuesta realización de la mujer. Sin embargo, esta narrativa de maternidad romantizada, glorificada y casi perfecta no sólo esconde la realidad de buena parte de las madres, sino que también oculta una dimensión olvidada y ausente en el debate público: los numerosos riesgos, costos y agravios a los que las mujeres se pueden enfrentar con la llegada de la maternidad. En este breve ensayo, quisiera ahondar en esta dimensión con el objeto de visibilizar esos costos, ponerlos en el debate político y plantear la necesidad de resignificar a la maternidad.

La primera condición para ejercer una maternidad con dignidad es que sea elegida. Sin embargo, aún en ese caso las mujeres se enfrentan a una serie de riesgos y costos, e incluso —en el peor de los escenarios— pueden ser víctimas de agravios por su condición de madres.

LA MATERNIDAD COMO RIESGO SOCIAL

Esta dimensión implica que las madres están en posición de desventaja respecto de los padres, pero también en relación con otras mujeres que no tienen hijos. Y es que debido a la vigencia de la división sexual del trabajo —por la construcción social de roles de género, que responsabiliza a las mujeres del trabajo reproductivo y las relega al espacio doméstico— la maternidad supone asumir costos diferenciales.¹ Además, a pesar de ser una tarea fundamental y vital de la reproducción social, no tiene el suficiente reconocimiento ni valoración política, social o económica. Esto tiene consecuencias directas en el bienestar de las mujeres que ejercen la maternidad ya que lo hacen en condiciones de inferioridad y desventajas casi en forma permanente.

Por estos motivos, la maternidad puede entenderse como un riesgo social. Ruezga Barba define los riesgos sociales como contingencias que afectan la salud, la vida, la capacidad laboral y los ingresos económicos necesarios para llevar una existencia digna.² Si entendemos que el advenimiento de la maternidad afecta directamente todas estas áreas, entonces es razonable demandar que sus costos diferenciados y riesgos especiales sean cubiertos por esquemas de seguridad social.³ Conceptualizar a la maternidad bajo estas condiciones, implica reconocer que la misma tiene efectos diferenciados sobre las

mujeres y en aras de alcanzar igualdad es necesario compensar estos costos, aliviando la carga desproporcionada que actualmente asumen. Para coadyuvar a que las mujeres ejerzan la maternidad con dignidad, libertad y en igualdad de condiciones que los hombres, se requiere que dichos esquemas de seguridad social promuevan una deconstrucción de los roles de género en el cuidado y la crianza de la niñez.⁴

Unos cuantos ejemplos pueden ilustrar cómo la maternidad supone costos diferenciados para las mujeres. El embarazo y el parto, si bien no son considerados una enfermedad, a menudo conllevan la probabilidad de complicaciones de salud —incluida la muerte materna—sobre todo si la embarazada no recibe la atención médica adecuada. Las embarazadas también se exponen al riesgo de sufrir violencia obstétrica, depresión posparto, entre otros padecimientos relacionados con el puerperio. La presencia de bebés y/o niños y niñas menores de cinco años en un hogar suponen un aumento exponencial de horas dedicadas a las tareas de cuidado, lo que a su vez implica que quienes se dedican a dichas tareas —mayoritariamente las mujeres—no puedan utilizar ese tiempo en otras actividades productivas y por lo tanto remuneradas.

No se puede dejar de mencionar que estos costos se han visto agravados a causa la pandemia derivada del Covid-19. Ésta ha visibilizado y agudizado las brechas de género existentes, al situar a las mujeres en general, pero a las madres en particular, en una cla-

1 Pilar Carrasquer *et al.*, "El trabajo reproductivo", *Papers. Revista de Sociología*, núm. 55, 1998, p. 97.

2 Antonio Ruezga Barba, *Seguridad social: una visión latinoamericana*, CIESS, Ciudad de México, 2009, p.

3.

3 Lourdes Jimenez Brito, *Maternidad y seguridad social*, CISS, Ciudad de México, 2020.

4 *Ibid.*, capítulo III.

ra posición de desventaja. El cierre de las escuelas y guarderías, así como la necesidad de proteger a los adultos mayores, ha puesto en crisis los esquemas tradicionales de cuidados y la gestión de las tareas domésticas, afectando el normal funcionamiento de los hogares. En este contexto, las mujeres se han visto desproporcionadamente más afectadas que los hombres, aumentando en forma dramática la carga de tareas reproductivas —no remuneradas— y predisponiéndolas a mayores riesgos sociales. Esto supone un costo de oportunidad muy grande para ellas y una disminución del tiempo que podrían dedicar a actividades productivas remuneradas. Justamente uno de los desafíos más críticos para las madres durante esta pandemia ha sido permanecer en el mercado laboral.

Los costos más agudos son económicos y laborales, no sólo debido al género, sino también a la parentalidad. La presencia de niños y sus edades son condiciones relevantes en las decisiones del mercado laboral femenino. Al ser las madres las principales cuidadoras de la primera infancia, esto compromete su capacidad de participar activamente en el mercado laboral. Además, los ingresos de las mujeres reciben un golpe sustancial y duradero cuando se convierten en madres, y sufren costos adicionales por cada nuevo hijo, debido a la menor probabilidad de estudiar, el mayor tiempo fuera de la fuerza laboral y el mayor costo de búsqueda de empleo.⁵ En México, por ejemplo, la llegada de los hijos e hijas tiene un

impacto diferenciado en las trayectorias laborales de las madres y los padres. Sandra Aguilar Gómez et.al encuentran que, al momento del nacimiento del bebé, la participación laboral de la madre cae hasta en 28 puntos porcentuales, mientras que la del padre no sufre ningún cambio. Adicionalmente, a un año del nacimiento del bebé, las mujeres pierden en promedio 33% de su ingreso, mientras que el ingreso de los hombres se incrementa 11%.⁶

Para finalizar quisiera manifestar que el primer paso para acabar con esta injusta situación es visibilizarla, denunciarla y promover un nuevo pacto social que suponga mejores condiciones para ejercer la maternidad. Ya es hora de que al pensar en las maternidades también venga a nuestra mente —y al debate público— esta dimensión de costos, riesgos y agravios a los que las mujeres, a menudo, se enfrentan con la llegada de los hijos e hijas. La maternidad, además de una elección, es también un derecho; es decir, el derecho de toda mujer a ser madre sin renunciar a ningún ámbito de su realización personal; sin verse discriminada por ese motivo y en igualdad de condiciones con los hombres.⁷ Contribuyamos a resignificarla, valorarla y politizarla hasta lograr el reconocimiento de su rol vital en la reproducción social. ¶

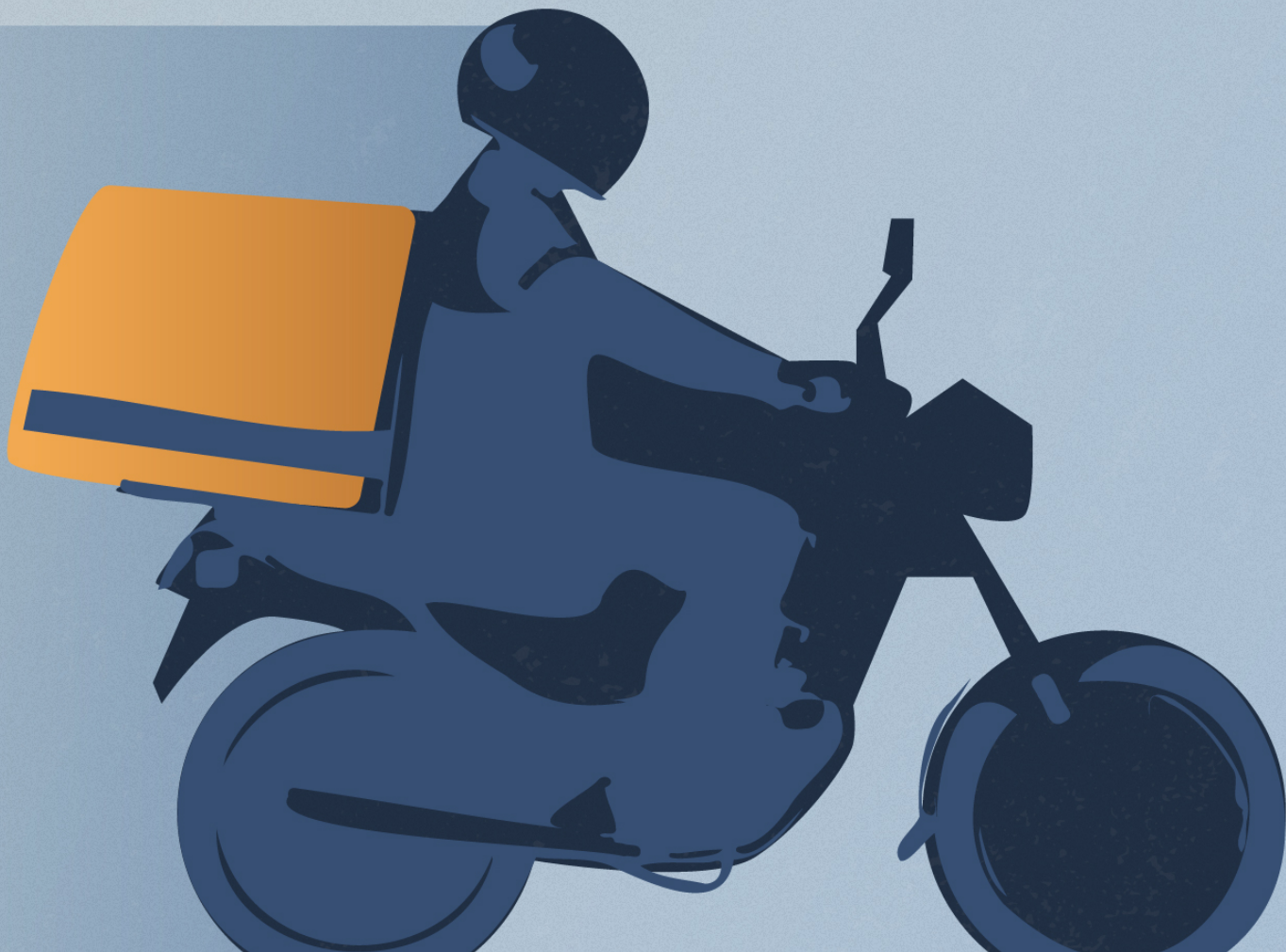
Imagen de portada: «pregnancy» de TipsTimesAdmini cuenta con una licencia CC BY 2.0.

5 Michelle J. Budig y Paula England, "The Wage Penalty for Motherhood", *American Sociological Review*, núm. 66, vol. 2, 2001, pp. 204-225.

6 Sandra Aguilar-Gomez, Eva Arceo-Gomez y Elia de la Cruz Toledo, *Inside the Black Box of Child Penalties* (December 2, 2019). Disponible en https://papers.ssrn.com/sol3/papers.cfm?abstract_id=3497089

7 Ana Marrades Puig, *Luces y sombras del derecho a la maternidad: análisis jurídico de su reconocimiento*, Universitat de València, Valencia, 2002.

**CO
NTEX
TOS**



SÉ TU PROPIO JEFE: EL RIESGOSO MUNDO DEL TRABAJO EN PLATAFORMAS DIGITALES Y LAS ALTERNATIVAS PARA SU REGULACIÓN

Por Miguel Ángel Ramírez Villela¹

Distraigo un momento la atención de la película. Ha pasado casi una hora desde que pedí de cenar y todavía no llega, lo peor es que la aplicación decía que tardaba unos 40 minutos, no más. Para tranquilizarme, pienso que la alta demanda de los viernes causa el retraso. Después de unos minutos, reviso una vez más la pantalla del celular: “Lo sentimos, tu repartidor tuvo un inconveniente y no podrá entregar el pedido, pronto te asignaremos otro”... Pasa un rato y, por fin, llega. Sigo viendo la película y olvido el incidente del repartidor.

¹ En este texto se presentan algunas de las ideas principales de Miguel Ángel Ramírez Villela, Ingrid Picasso Cerdá y Stephanie Yatzin González Flores, *Hacia la protección de las personas trabajadoras de plataforma*, CISS, Ciudad de México, 2021. Disponible en <https://ciss-bienestar.org/cuadernos/pdf/hacia-la-proteccion-de-las-personas-trabajadoras-de-plataformas-digitales.pdf>

Es casi de no creerse, hace unos años se pedía la comida por teléfono y del otro lado de la línea te indicaban un tiempo aproximado de llegada, pero no la ubicación del pedido en tiempo real ni la reputación del repartidor según entregas anteriores; además, ahora puedes revisar las evaluaciones de otros usuarios a los restaurantes u ordenar de un lugar que no sabías que estaba cerca de tu casa; en algunos casos, hasta puedes mandar al repartidor a comprar casi lo que quieras en donde quieras (casi). Es impresionante el cambio en menos de una década.

No sólo han cambiado los mecanismos con los que ordenamos la comida, se ha transformado el perfil de quienes hacen el trabajo de reparto. Por lo regular eran hombres jóvenes en motocicletas. Éstos siguen siendo mayoría, pero ahora veo más seguido a mujeres en moto o en autos y con su familia entregando pedidos, también las he visto caminando o en bicicleta, con el celular y una abultada mochila como herramientas de trabajo. En redes sociales se ha sabido de personas mayores que consiguen un ingreso por este medio.

Si se le ve de una manera, este tipo de ocupaciones emergentes permiten que se empleen personas que no pueden tomar un trabajo de tiempo completo, que están desempleadas o tienen dificultades para entrar al mercado laboral. Y es que no es muy complicado empezar a trabajar así: sólo se necesita bajar una aplicación, registrarse y, en el mejor de los casos, recibir una muy breve capacitación sobre la dinámica de trabajo y comprar la mochila térmica con el distintivo de la empresa

(porque, claro, uno debería pagar si quiere trabajar). La oferta de elegir el horario y días en los que se labora hace más atractiva la ocupación, sobre todo si se tienen hijos a cargo —hasta se puede llevarlos al trabajo sin que haya un jefe que se moleste por eso—; también puede ser atractivo si uno está estudiando y se quiere ganar unos pesos, o si se está enfrentando complicaciones para conseguir un empleo.

Los riesgos que enfrentan los repartidores también son importantes, pero menos visibles. Por ejemplo, nunca supe cuál fue el percance que enfrentó el repartidor del que hablé al principio. De hecho, muchas veces nos molestamos cuando nuestro pedido llega tarde y difícilmente se nos vienen a la mente los peligros que los acechan. ¿Qué pasó con él repartidor? ¿Se averió su medio transporte? ¿Tuvo un accidente? ¿Se lesionó o lesionó a alguien más? En el peor de los casos, ¿alguien perdió la vida?

Lo que sí es casi una certeza es que las empresas dueñas de las plataformas digitales no asumen ninguna responsabilidad en tales casos. Y eso se debe a varios motivos, pero el principal es que, para las plataformas, quienes reparten no son trabajadores, son socios, *rappitenderos*, como les dice una de esas empresas. Con el eufemismo de socio encubren una relación de subordinación laboral: la plataforma dicta dónde, cómo y cuándo se debe trabajar, e impone sanciones si hay desviaciones o si se recibe una mala evaluación del consumidor final. Aunque se promete libertad de decidir sobre sus horarios de trabajo, el sistema de reputación da mayores ingresos a

quienes se conectan en las zonas y horarios de mayor demanda, al tiempo que restringe horarios y zonas para quienes trabajan esporádicamente. Lo peor es que a cada rato pueden cambiar los términos y condiciones de la aplicación y los repartidores no pueden hacer nada al respecto, vamos, no tienen ni manera de reclamar un despido injustificado o de exigir una explicación de por qué los despidieron.

Además, al encubrimiento de la relación laboral le acompaña la negación de derechos elementales. Uno de ellos es el de la seguridad social, que en la mayoría de los países latinoamericanos continúa siendo en la práctica una prestación laboral, como si no fuera un derecho humano que el Estado está obligado a garantizar. También está en duda su derecho a sindicalizarse y a negociar colectivamente con su jefe, al cabo, no son *empleados*. Como las remuneraciones cambian según las reglas del libre mercado, es decir, según la oferta y la demanda, tampoco tienen un ingreso mínimo estable. De la salud y seguridad en el trabajo ni hablar, al hacerlo en la vía pública son presas fáciles de los accidentes viales, y como su lugar de trabajo es principalmente la calle, no siempre tienen a la mano algo tan básico como un baño o siquiera agua para beber, a menos, claro, que estén dispuestos a pagar.

La ley, tan lenta para cambiar como siempre, no ha aportado soluciones a estos problemas. La innovación tecnológica y las plataformas digitales transforman las relaciones laborales a un ritmo más acelerado que el de las adaptaciones legales e institucionales. Cierto, en algunos países han comenzado algunos intentos de proteger a quienes se ocu-

pan en estos trabajos emergentes, pero a la fecha, en el continente americano no hay legislaciones de alcance nacional que regulen estos elementos.

Más allá del problema de conseguir un cambio legal, meta bastante compleja de por sí, hay que pensar cómo se regulará el sector. Por ejemplo, recientemente un conjunto de empresas (entre ellas Uber, Lyft y DoorDash) gastó 200 millones de dólares para impulsar una consulta popular que les permitiera quedar exentas de la aplicación de la Ley. Núm. 5 de la Asamblea de California, en Estados Unidos. Dicha legislación las obligaba a reconocer como *empleados* a quienes trabajan como repartidores o conductores, o a quienes prestan sus servicios mediante estas herramientas tecnológicas, a menos que las empresas puedan demostrar que dichas actividades cumplen con las características del trabajo independiente.² El reconocimiento de una relación de trabajo subordinado implicaba que los trabajadores accedieran a derechos de los que habían estado excluidos, como el seguro médico o de desempleo.

Las plataformas e intereses aliados buscaban que la ley reconociera a los trabajadores de plataforma como contratistas independientes y, en compensación, les ofrecían un

2 De hecho, la legislación es más amplia, ya que no refiere únicamente al trabajo en plataformas digitales, sino que reconoce como relación de trabajo subordinado a toda aquella en la que una persona ofrece sus servicios a un tercero a cambio de una compensación monetaria, a menos que éste pueda demostrar que la relación cumple con los supuestos del trabajo independiente. La Ley Núm. 5 establece una lista de ocupaciones que están exentas de su aplicación, y el cambio que consiguieron las plataformas y sus aliados fue, precisamente, quedar incluidos en esa lista.

salario mínimo, aseguramiento ante accidentes de trabajo (en ambos casos, siempre y cuando estuvieran desempeñando una tarea asignada por la plataforma; es decir, sin contar los tiempos de espera entre una tarea y otra) y la posibilidad de apelar en caso de despido o de contribuir parcialmente a un plan de salud subsidiado por el Estado. No es de sorprender que los millones de dólares gastados (que hicieron de esta consulta la más cara en la historia de ese estado) y los mensajes personalizados a usuarios y trabajadores hayan tenido éxito, y la propuesta se aprobara con una amplia mayoría en la elección de noviembre de 2020, apenas a un año de su aprobación y a casi once meses de su entrada en vigor.³ A pesar de ser tan efímera, esa ley sentó un precedente valioso en la regulación del trabajo en plataformas digitales.

Dicho legado contrasta con al menos dos modelos alternativos de regulación: 1) el que clasifica este tipo de trabajo como independiente, pero le otorga algún nivel de protección legal y acceso a servicios sociales (similar al sustituto impulsado por el lobby de las plataformas), y 2) el que no se pronuncia sobre la naturaleza de la relación de trabajo y busca simplemente garantizar niveles mínimos de protección. Si bien la adopción de alguna de estas alternativas representaría un avance respecto de la situación actual, sería una mejora limitada, pues no se reconoce a los repartidores los mismos derechos que tendrían si se les

clasificara como trabajadores subordinados, ni las empresas estarían obligadas a cumplir con las mismas obligaciones, a pesar de que éstas desempeñan funciones típicas de un empleador.

Además de reconocer las relaciones de trabajo subordinado cuando las haya, las legislaciones en la materia deben garantizar el acceso a la seguridad social, la regulación de los procedimientos para dar por terminada la relación laboral, el aseguramiento ante accidentes, preferentemente a cargo del empleador, y el reconocimiento de la propiedad de la reputación digital, para que las personas trabajadoras puedan llevarla consigo cuando decidan cambiar de plataforma. También se podría seguir la recomendación de la Comisión Mundial sobre el Futuro del Trabajo de establecer una garantía laboral universal que otorgue un salario digno, libertad sindical y el reconocimiento del derecho de negociación colectiva, así como seguridad y salud en el trabajo, al tiempo que regule la duración de la jornada laboral y establezca protecciones para evitar el trabajo forzoso, el trabajo infantil y la discriminación.

Uno no piensa regularmente en todos los riesgos que corren las personas para llevarnos nuestra comida favorita a la comodidad del hogar, sobre todo en tiempos de pandemia, y uno no tiene que estar con el “Jesús en la boca” cada que pide unas alitas, pero lo que sí necesitamos, y de manera urgente, es una decidida acción pública que las proteja de los abusos de las plataformas y de los peligros propios de su actividad. ¶

³ Para una revisión más detallada de la estrategia seguida por las compañías, véase Sam Harnett, “Prop. 22 Explained: Why Gig Companies are Spending Huge Money on an Unprecedented Measure”, KQED, 26 de octubre de 2020.



DESEMPLEO PANDÉMICO: INESTABILIDAD LABORAL DE JÓVENES Y NO TAN JÓVENES

Por Gianinna Ferreyro

Corren tiempos difíciles. Todos lo sabemos. Hace un tiempo, en 2019, año que se siente más lejano de lo que en realidad está, escribí un artículo sobre la inestabilidad laboral. Entrevisté a aproximadamente diez personas en un rango de edad de 24 a 35 años, todos con educación universitaria, de diferentes carreras, que oscilaban entre la clase media-baja y la ilusoria “clase media”. Las comillas son porque apenas algunos de ellos rascan el salario y las condiciones de salud, educación y seguridad social que, según el afamado artículo del *New York Times* “No, no eres de clase media”, de julio del año pasado¹, hacen que una persona en México forme parte de la clase media, con todas sus letras.

Si ahora les preguntara de nuevo a esas personas su situación laboral, la mitad se encon-

¹ Verónica Ríos, “No, no eres clase media”. Disponible en <https://www.nytimes.com/es/2020/07/06/espanol/opinion/clase-media-mexico.html>

DESEMPLEO PANDÉMICO: INESTABILIDAD LABORAL DE JÓVENES Y NO TAN JÓVENES

trarían otra vez desempleadas y la otra mitad con apenas un año de “antigüedad”² en sus nuevos trabajos. A quienes mejor les va tienen horarios de casi doce horas al día, o han saltado de trabajo en trabajo desde que iniciaron su carrera hasta ahora; es decir, unos cinco años. Ni hablar de las muy relativas prestaciones de ley, las supuestas ocho horas de jornada laboral o los salarios acordes a la experiencia. En cuanto a los ahorros para el retiro, mejor nos ponemos a llorar. Las, los y les *millennials* somos la primera generación desde la Segunda Guerra Mundial que definitivamente no va a lograr tener un mejor nivel de vida que sus padres.

¿Qué hemos hecho tan mal como generación? Por un lado, tal vez no seguimos al pie de la letra las indicaciones de nuestros padres: nos rebelamos al eliminar las ideas de que los tatuajes son para reos; al estudiar artes sin bajar (tanto) la cabeza; al marchar por la legalización del aborto; al visibilizar la salud mental en ámbitos que otras generaciones no se atrevían a tocar. ¿Son éstas las consecuencias?

Es cierto que somos la generación con mayor porcentaje de estudios superiores en la historia de México, y tendemos políticamente a identificarnos con la izquierda; prueba es el gobierno que tenemos hoy. Sin embargo, no hay que olvidar que la mayor parte de nuestra generación apenas logra concluir la preparatoria, y muchas de estas personas pasan a formar parte del creciente empleo informal, ya que la pandemia ha limitado enormemente el

acceso a otras opciones. Por esta misma situación, la población joven menos favorecida tampoco logrará, según la prospectiva, movilidad social en los próximos años.

Con un destino bastante similar, pero en el otro lado del espectro —el de los que hemos podido recibir una educación universitaria: un grupo no tan grande, pero de igual manera relevante para la economía nacional y para el grueso poblacional—, nos encontramos con una generación que persigue la educación superior hasta el cansancio, desde la preparatoria obligatoria, hasta los posdoctorados que repiten los patrones de cualquier trabajo en los sectores público o privado. Pero no nos limitamos a eso, también nos saturamos de cursos, talleres, diplomados, seminarios, conferencias, y cualquier forma académica que añada un valor, aunque sea mínimo, a nuestro *cv*.

La primera vez que escribí sobre la inestabilidad laboral apenas había pasado un año desde que terminó mi trabajo más estable hasta entonces (y además, mi favorito). Apenas un año, ¡qué tiempos! En ese momento pensaba que era la transición de gobierno, que siempre desestabiliza todo. Llevábamos apenas seis meses gobernados por nuestro actual presidente y había tantas opiniones encontradas como posibilidades abiertas sobre el futuro. Un año más tarde, es decir, a mediados de 2020, la pandemia se había unido al ya tambaleante barco de las tristes estadísticas sobre la Población Económicamente Activa (PEA).

El Instituto Nacional de Estadística, Geografía, e Informática (INEGI) indica que de 2019 al primer trimestre de 2020 la tasa de desocu-

² Comillas de nuevo, porque todos sabemos que para los *millennials* no existe la antigüedad.

pación³ subió un punto porcentual; la tasa de subocupación⁴ dos y, en apariencia, la informalidad laboral disminuyó un punto. A este año no tenemos información nueva para nuestro país, debido al Covid.

En el panorama internacional todo lo que podemos hacer son estimaciones, de las cuales ya se han visto varias en los titulares en línea: “generación perdida en Japón”, “diez años de retroceso para el mercado laboral de mujeres en América Latina”, “la probable automatización del trabajo en Europa”. El panorama no pinta bien para nadie, pero como siempre, las desigualdades se acentúan: migrantes, trabajadores informales, mujeres y, algo históricamente inusual, la desocupación en el rango de edad de 20 a 29 años: gente que tiene pocos años de vida laboral, que está en miras de adquirir nuevas responsabilidades económicas... O no.

En relación con esta situación, tres preguntas rondan mi mente a menudo (y seguro las de muchos otros): ¿Hasta dónde estás dispuesta a llegar? ¿Qué estás dispuesta a hacer para mantenerte donde estás? ¿Qué no estás dispuesta a hacer, aunque lo necesites? Muy probablemente, si estás leyendo esto, tienes el privilegio de poder detenerte a darle vueltas a esas preguntas todavía, pero, con toda seguridad, una sola palabra, que no es precisamente una respuesta, se ha repetido desde que inició la pandemia: *sobrevivir*.

3 Población Económicamente Activa que no cuenta con ningún tipo de empleo.

4 Población Económicamente Activa que tiene un empleo, formal o informal, pero que no cubre sus necesidades y está en búsqueda de ampliar o modificar su fuente de ingresos.

Para nuestra generación, y muy probablemente para la que viene, no existen respuestas correctas; hay respuestas prácticas para el “apocalipsis” que vivimos, y ninguna es incorrecta.

Poco se habla en este vórtice situacional de nuestra salud mental, de lo que arrastramos dentro de nosotros mismos: desempleo, pandemia e incertidumbre. Es muchísimo, tal vez demasiado. En un año he visto a mis amigas y amigos entrar en episodios de depresión, tener más de un ataque de ansiedad. También he sido testigo del regreso de episodios antes controlados de TOC, vigorexia, e innumerables conflictos internos reflejados en el cuerpo y la mente.

Hay que aceptar la realidad: no estamos bien, y el sistema no favorece a nadie; ni al trabajo, ni a la salud física o mental, ni al medio ambiente. En resumen, este sistema no favorece la vida como la conocemos. Estamos en el mismo barco, eso es cierto, aun si no en la misma parte del Titanic. No todos estamos en primera clase, ni tenemos botes, o siquiera chalecos salvavidas. A muchos —a la mayoría de la población— más bien le llueve sobre mojado.

Los tiempos difíciles corren para todos, por lo que lo mínimo que podemos hacer, el cambio más pequeño por el que podemos empezar, es tener empatía. No sabemos cuánto tiempo lleva cada uno de nosotros con sus luchas internas, cuánto tiempo ha pasado en desempleo, o subempleo, cuántas personas en su entorno cercano han padecido Covid, cuál ha sido el costo mental y emocional de la

DESEMPLEO PANDÉMICO: INESTABILIDAD LABORAL DE JÓVENES Y NO TAN JÓVENES

pandemia en la otra persona.

A diferencia de hace dos años, cuando escribí mi primer artículo sobre el desempleo, no estoy ansiosa (ni para bien ni para mal) sobre mi futuro laboral. Una de las pocas ventajas de la cuarentena es que he aprendido a vivir en el presente. Sin embargo, hay que ser claros y saber que se aproximan crisis y depresiones, tanto afuera como adentro. Mi

experiencia quiere creer que estamos preparados, que seremos la generación perdida para la productividad, pero que seremos la generación del aprendizaje; la generación que tendrá que construir un nuevo tipo de trabajo, de salud y de vida. Por un lado, porque esta forma es insostenible, pero, por otro, porque somos una generación que sabe que merece algo mejor. ¶

Imagen de portada: «'funny money' returns :-)-» de Materials Aart cuenta con una licencia CC BY-SA 2.0



LA CONVERSACIÓN PÚBLICA Y LA DISPUTA POR LO POLÍTICO EN MÉXICO

Por Alonso Vázquez Moyers

No es particularmente novedoso afirmar que nuestra conversación pública vive momentos extraños, que, en buena medida, responden al proceso de cambio político. No obstante, tendríamos que detenernos un poco para ver exactamente qué elementos del cambio político han provocado esa suerte de malestar, y cómo ha modificado los términos del debate.

Parto de dos tesis centrales. La primera de ellas es que la emergencia de nuevos actores políticos modificó las estructuras en que se basaban, hasta hace unos años, los términos de la conversación pública. La segunda, de la mano con lo anterior, es que el cambio político reciente ha supuesto la redefinición de lo político y de sus alcances. Ambos elementos explican, al menos en parte, las tensiones en la conversación pública y orientan la mayor parte de las posiciones que participan en ella.

Nuevos actores y definición del espacio político

Sería absurdo atribuirle exclusivamente a los resultados electorales de 2018 la modificación en las estructuras de la conversación pública —que, de manera muy simple, reduciré a los actores más visibles (e influyentes) y el lugar que lo político había ocupado hasta hace poco—. Si acaso, la victoria electoral de la izquierda¹ cristalizó un momento político en el que dichas estructuras ya estaban desgastadas y, en buena medida, superadas.

A pesar de ello, las principales voces, publicaciones y espacios de la conversación pública habían podido incorporar o, de plano, mostrarse refractarios a las demandas de pluralidad, tanto de actores como de ideas. Si bien existió cierta apertura de espacios para voces relativamente contrarias al sentido común compartido, los términos generales del debate público, las y los actores principales, así como las ideas centrales, permanecieron prácticamente invariados.

Todo proyecto político tiene una serie de premisas básicas a partir de las cuales se definen programas, prioridades y recursos. El

proyecto de la transición democrática se gestó hace varias décadas y tuvo, hasta hace poco, ideas concretas de los problemas y algunas fórmulas para hacerles frente. Fue un proyecto bastante exitoso, que no sólo definió el camino para buena parte de las instituciones, sino que sirvió de guía para toda una construcción de sentido común.

Entre otras cosas, definió el espacio político y trató de establecerlo como una esfera separada, cuando no independiente, de la ciudadanía. Más allá de los problemas semánticos (dado que me parece que la ciudadanía es un concepto eminente y necesariamente político), esa separación supuso una suerte de moralidad: lo ciudadano era un espacio conquistado, arrebatado a lo político en estricto sentido. Concretamente, a todo lo que representara o recordara al régimen previo a la transición democrática.

El primer problema de la actual conversación pública tiene sus raíces ahí. La explicación estándar que se dio entonces al movimiento encabezado por el hoy presidente de la República tendió a ubicarlo como una vuelta al pasado. Una lectura bastante simplista tendría que darles la razón.

El segundo problema es que los partidarios de estas ideas de la transición consiguieron espacios tanto en los medios de comunicación y en el sector público (que desdibujó sus principales fronteras con el privado, además) como en la academia. De tal suerte, ubicar a lo político y su lugar en la construcción de la agenda de los gobiernos fue bastante sencillo y se volvió una especie de consenso,

¹ Aunque aún se disputa si el gobierno es o no de izquierda y hasta donde, al menos en ciertas representaciones, imaginarios, expectativas y programas de gobierno, se advierten posiciones de una izquierda tendiente al igualitarismo, con tintes de gobierno popular. Los hechos resultan desde luego mucho más complicados y bastante menos claros, por la presencia de actores contrarios a esas expectativas, con quienes el gobierno ha construido alianzas inestables, ya sea que se trate de otras fuerzas políticas o de políticos o empresarios a título individual, cada uno con intereses propios y, muchas veces, contrarios al proyecto que, en general, se supone que enarbola la llamada Cuarta Transformación.

a partir del cual se trazaron soluciones para los problemas sociales.

Los resultados de las elecciones de 2018 trazaron un parteaguas en esa narrativa. Principalmente, porque colocaron lo político en otro lugar, y diluyeron la representación que se había creado de la *ciudadanía*. Es decir, de cierto tipo de ciudadanía. Por si hiciera falta, reitero: no es mérito del gobierno actual, sino en todo caso, y parcialmente, del movimiento que llevó a conformarlo.

La reacción de la conversación pública, como adelanté, fue bastante previsible. Por un lado, se insistió, a partir de categorías pasadas, que se estaba conformando un nuevo “partido hegemónico” y que la democracia se encontraba en riesgo. En consonancia, se pensó que la reubicación de lo político como centro de la toma de decisiones (en oposición a lo técnico y a la influencia de las organizaciones ciudadanas) es un riesgo, por ejemplo, para la división de poderes. Vale la pena detenerse en esto.

Una de las posibles definiciones de la democracia pasa por el sistema de pesos y contrapesos, imaginada, entre otros, por Montesquieu. Es una idea muy básica, que acaso pueda servir de molde. Pero, llevada a su extremo, y de la mano con la idea del lugar que debe ocupar lo político (según el consenso anterior), cualquier decisión que se redefina a partir de la preminencia de lo político será, cuando no ilegítima, sí al menos indeseable y hasta regresiva.

Lo anterior fue muy evidente con la decisión de la Suprema Corte de Justicia de la Nación de modificar —pero aprobar— la consulta

ciudadana en torno al enjuiciamiento a los ex presidentes de la República. Como se parte de que lo político contamina todo lo que toca, una decisión jurídica en favor de una decisión política no puede significar sino una abdicación al poder: no a la demanda ciudadana de modificar las estructuras de poder, sino simple y llanamente una sumisión al gobernante.

Sin embargo, ninguna de las variantes de este ideario ha encontrado suficiente tierra fértil, como habría sucedido hace pocos años. Acaso nunca como ahora se les ha disputado el espacio en la conversación pública, lo que no se limita, además, a los medios tradicionales de comunicación.

No se trata sólo de las voces, sino de la credibilidad en las hipótesis, de la demanda de distintas y mejores explicaciones, y, en general, del lugar que ocupan esos actores en la conversación pública. En suma, han sido desplazados por otras voces y otro discurso (empezando por el propio presidente de la república), que busca dar de nuevo su lugar a lo político, en muchas ocasiones incluso contra lo que desearía el propio gobierno.²

Por qué la explicación estándar no sirve, fuera de sus falencias teóricas y empíricas, es una cuestión temporal: en todo el mundo se vive un momento de redefinición de las sociedades políticas: sus élites y estructuras narrativas son consideradas parte del problema.

Los regímenes de la transición democrática

² Hay varias disputas que podrían servir de ejemplo, pero destaca la lucha feminista, que ha adquirido fuerza, que demanda del gobierno un discurso distinto y que busca convertirse en un sujeto (a) político (b) más allá del lugar que el gobierno y el presidente quisieran adjudicarle.

LA CONVERSACIÓN PÚBLICA Y LA DISPUTA POR LO POLÍTICO EN MÉXICO

tica supusieron la construcción de bloques de poder que no se limitaron únicamente al poder político formal, sino a todas las estructuras de producción de significado: medios de comunicación, élites intelectuales, élites académicas, etcétera.

La pluralidad de actores que conformaron los bloques de poder explica la emergencia de un sentido común que desplazó el espacio de lo político por lo técnico, de manera que muchas decisiones quedaron fuera del alcance ciudadano.

Sin embargo, el crecimiento de la desigualdad, la depauperación de los trabajadores, y los regímenes jurídicos que les dieron legitimidad, crearon condiciones para un malestar de la democracia representativa a partir de la cual emergieron sistemas técnico-políticos alejados de la voluntad popular. Las pugnas recientes, con distintos matices ideológicos y discursivos, responden, en buena medida, a ese malestar.

La pandemia y la politización

Los temas que pasan por el tamiz de lo político son muchos, pero me concentro en el que más tensiones ha generado, por razones (casi) obvias: la crisis de salud provocada por la pandemia.

Nuevamente, la discusión principal tiene que ver con el lugar de lo político. Las decisiones del gobierno se han orientado a partir de las carencias atribuidas al régimen anterior:³

³ Éste es otro tema que ha estado en disputa, pero se puede estar de acuerdo en llamarle "régimen anterior" si se acepta la premisa de este trabajo: si se

tanto de infraestructura como sociales (la política de alimentación es buen ejemplo).

Desde un inicio, el gobierno ha tratado de establecer que buena parte de la crisis hubiera podido evitarse de no existir ciertas condiciones heredadas: falta de infraestructura o carestía social, que hace imposible para millones de hombres y mujeres seguir las medidas de distanciamiento social o acceder a una alimentación adecuada.

Las tensiones más relevantes han sido eminentemente políticas. Desde los primeros días, incluso antes de que se presentara oficialmente el primer contagio por Covid-19 en el país, ya se anunciaba que todo lo hecho hasta entonces era insuficiente.

Posteriormente, una declaración sacada totalmente de contexto del subsecretario de Salud, Hugo López-Gatell, detonó la directriz que hasta entonces ha enfrentado a quienes apoyan y a quienes critican la estrategia.

En una entrevista⁴ durante una conferencia *mañanera*, se le preguntó al doctor López-Gatell si el titular del Ejecutivo debía hacerse una prueba (o varias) para determinar si era portador del virus, puesto que la forma de ejercer el poder del presidente de la República implica el contacto directo con la ciudadanía. El subsecretario respondió: "la fuerza del presidente es moral, no de contagio".

Cualquier líder carismático basa su poder, su fuerza social, en la imagen y expectativas

ha redefinido el lugar de lo político, su alcance y su relación con la ciudadanía, estamos frente a un régimen distinto.

⁴ Puede verse en este enlace: <https://www.youtube.com/watch?v=yXS7dyeltQY>

que su figura genera en las personas. Técnicamente, López-Gatell no dijo ninguna mentira. No obstante, la declaración fue leída como una muestra de adhesión irrestricta, irreflexiva y peligrosa al presidente de parte del principal vocero y cabeza de la estrategia contra la pandemia.

La lectura no necesariamente fue maliciosa. Aunque la disputa política es muy evidente porque marca dos formas de entender la salud y la construcción de bienes públicos (o su contraparte) y hay actores políticos (otro- ra funcionarios, también empresarios) con un interés especial en que la estrategia falle (como ha fallado). Se trata, nuevamente, de una forma de entender el lugar de lo político en la toma de decisiones.

De tal suerte, que un funcionario con ca-

pacidad de decisión mostrara simpatía política hacia el presidente de la República suponía que toda la estrategia iba a estar supeditada a la voluntad presidencial. Aunque los temas han variado y han encontrado otros puntos de tensión (sobre todo el uso del cubrebocas y la propuesta de hacerlo obligatorio), la discusión pública se ha orientado por las representaciones, ideas e imaginarios sobre el lugar de lo político en la estrategia.

Uno de los muchos errores de los críticos y de las voces que hacen eco de las explicaciones estándar, es que reducen lo político al presidente de la República; acaso por tal motivo resulta tan sencillo despojarlos de su relevancia; a pesar del sinnúmero de fallas del gobierno actual, más allá de la pandemia. ¶



HISTORIAS DE LA PANDEMIA

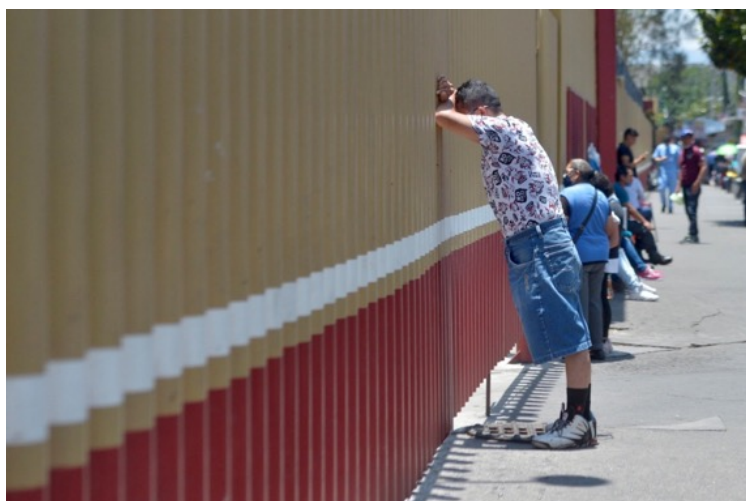
Por Lucía Flores

Las caras desencajadas recorren la fila que se acrecienta en la Colonia Roma, Frontera 33. Ahí tiene Oxígeno24 horas su local. Pese a su nombre, ahora solo tiene servicio de 8 a. m. a 10 p.m., porque, independientemente de la urgencia de muchas personas, tienen que parar un momento, aunque sea para sanitizar.

La fila está compuesta por familiares angustiados por ayudar a un ser querido. A pesar del intento de trabajadores y trabajadoras, la cantidad de gente en busca de una carga de oxígeno a veces hace inevitable que existan conglomeraciones. Una joven, que no aparenta más de 30 años, sale del local, trata de poner orden y pide que recuerden la contingencia. “Este lugar es un foco de infección, por favor mantengan su distancia”, grita, con el objetivo de que la fila de casi 2 cuadras pueda tener orden.

Nuestro sistema de salud no estaba listo para la pandemia. Por eso, los nosocomios tuvieron que iniciar un proceso de reconversión para tener suficientes camas para atender a la población contagiada. En sus afueras es común ver familias que esperan informes sobre la salud de sus seres queridos. Si antes era difícil sortear la burocracia hospitalaria, ahora es todavía más complicado.

Pero en medio de todo este ajetreo, hay personas admirables. Tal es el caso de Laura Martínez, una enfermera del hospital GEA González, quien además de trabajar atendiendo a pacientes con coronavirus, se volvió un puente fundamental entre los familiares y los hospitalizados. Todos los días, antes de iniciar su turno, llega minutos antes y recoge cartas dirigidas a los pacientes y que les lee en voz alta. Las frases que más se repiten son: “te



estamos esperando”, “nos haces falta”. Laura, además, atesora esas frases en un diario que lleva consigo para soportar toda la carga emocional y motivarse para cumplir con su labor de enfermera y mensajera.

En un hospital de Toluca, Estado de México, bebés recién nacidos también pelean para vencer al Covid-19. ¿Cómo es que los neonatos puede contagiarse?, suelen preguntarse los que se enteran de los casos. “Pudo ser

mientras los amamantaban” responden algunas veces. Pequeños que deberían estar junto a su familia están en incubadoras con oxímetros que van atados a sus pies para monitorearlos constantemente. En esta área las enfermeras portan un traje blanco, lentes de plástico, guan-



HISTORIAS DE LA PANDEMIA

tes, cubre calzado y cubrebocas. Todas ellas lucen cansadas, el virus no les ha dado tregua. Monitorean a los bebés, los bañan y los alimentan.

También en el Estado de México, el municipio de Nezahualcóyotl ha sido uno de los más golpeados por la pandemia en torno al

número de contagios. Ahí, las jornadas para los paramédicos de ese lugar han sido agotadoras. César y Lupe hacen equipo para atender las emergencias que se presentan en su turno. Desde que la pandemia inició, mencionan, el trabajo se incrementó.

Paramédicos como ellos son quienes tienen el primer contacto con las personas que presentan síntomas, por lo cual tuvieron que implementar protocolos. Por ejemplo, si se encuentran un caso covid, deben ponerse unos trajes blancos, guantes y lentes de plástico.



Cuestión que deben cumplir cabalmente independientemente de la urgencia del caso.

Para este equipo de paramédicos el trabajo es complejo, pueden visitar a una misma persona hasta tres veces en un mismo día. La renuencia de las personas a acudir a un hospital es grande. Generalmente en la primera visita de los paramédicos se hace la valoración y se sugiere el traslado, pero ante el miedo de ya no ver nunca más a su familia los portadores del virus prefieren quedarse en casa. La pandemia no sólo trastocó nuestra vida sino

también la forma en la que enfrentamos la muerte. Algunas veces la gente decide quedarse en casa con la esperanza de, al menos, despedirse de su familia.

Pese a todo, la fe no se ha quebrado nunca. Con la vacunación iniciada, parece que hay una luz al final del camino. Los cargamentos, provenientes de Asia y Europa, llegan cada semana y ya inició la vacunación. En la Ciudad de

México, pese a un inicio complicado, la logística ha mejorado. Pero sin importar las complicaciones, es claro que estas filas son distintas a las de Frontera 33. Aquí no hay angustia, sino esperanza. Esperanza porque todo acabe y volvamos a abrazarnos otra vez sin miedo. ¶



Imágenes de la autora.

**TRA
ZOS**



JARIPEO (FRAGMENTO DE NOVELA)

Por Itzcóatl Jacinto

Ni siquiera en el diario local se mencionó la muerte. Las explosiones en la frontera con Estados Unidos eran lo único de lo que se hablaba. Sin embargo, *el Mulo* no podía abandonar su tristeza. Mucho menos ahora que estaba tendido en la orilla del arroyo próximo al corral de toros, borracho y solo, a mitad de la madrugada. Quería llorar, atravesar a gritos el rumor del agua, deshacerse en espasmos, pero su única reacción era sepultarse en un mutismo abismal. Sus ojos, bien abiertos y fijos en el cielo despejado, parecían los respiraderos de una entraña muy honda.

—Cuando vieron que soy cabrón, empezaron a llamarme como yo quería. Antes a huevo me decían Vaquero y me encabronaba, porque desde niño siempre me gustó el nombre de Cowboy. Ahora todos me llaman así. Por eso te apoyo, *Mulito*. Si tú dices que no eres negro, no lo eres y ya —así animaba *Trini* al *Mulo* cuando los demás jinetes se burlaban de su color.

Luego, en el penúltimo turno de la noche, vino la monta que impidió acabar el jaripeo como se había planeado. Era el turno de *Trini*. El presentador lo anunció y la gente se levantó para ver mejor.

—¡Este tiene danza, tiene ritmo! —la música de banda sonaba mientras *Trini* salía hacia el centro del ruedo. Sus pasos formaban parte del baile previo a montar los toros. Arqueaba la pierna derecha, la movía atrás y adelante, conforme brincaba al frente, contrayendo el cuerpo, siempre al parejo de la canción. A mitad del corral, se desplomaba sobre sus piernas, extendía los brazos, sus manos rascaban la tierra, empuñaba, hacía un alto y de pronto saltaba con re-

JARIPEO (FRAGMENTO DE NOVELA)

sorte. El aterrizaje era firme. *Trini* quedaba en pie, envuelto por una estela del polvo que lanzaba en el rebote.

El público aplaudió bullicioso y el *Cowboy* subió al cajón.

Inclinado sobre el toro y con las botas puestas en los barrotes laterales, el *Cowboy* revisaba que el pretal estuviera bien amarrado, a pesar de que el animal entorpecía la maniobra: golpeaba las láminas a sus costados, cabeceaba y batía los cuernos a pocos centímetros del rostro de *Trini*, quien hacía todo sin inmutarse.

—La cruz que tengo en la cara me la hicieron dos toros. Esta raya de aquí fue por pendejo, aunque también estaba morro. Unos amigos me invitaron a montar un toro que llevaban a pastear, era mansito, pero yo me le pegué a la cabeza y me aventó un chingadazo. El que me la completó es el único que hasta ahorita me ha tirado. Bravo el pinche toro, ni me le pude acomodar. Nomás sintió que le caí en el lomo, ya me tenía entre las patas. Agachó la jeta y si no me rodaba, me chingaba el ojo. Pero luego le monté otra vez y no pudo conmigo, le aguanté hasta que se cansó el cocho. Te cuento esto, *Mulito*, porque cada que monto, la cruz arde, y hoy no la siento.

El toro imprimió tal fuerza en la caída que el *pómulo* izquierdo del *Cowboy* semejó estar hecho de latón. Las cicatrices cruzadas desaparecieron bajo la pezuña. El grupo de jinetes corrió al interior del ruedo y los ganaderos lanzaron las reatas para sacar al animal, que esquivó varios intentos antes de desincrustar su casco del rostro de *Trini*. Salió bufando a

trote ligero en tanto recogían el cuerpo. Fuera del corral, quienes rodeaban al montador, preferían desviar la mirada. Nadie trató de reanimarlo ante la imagen de aquel socavón facial.

Al rato llegó la ambulancia y levantaron el cadáver, que se fue cubierto por una sábana azul claro y el florecimiento de una húmeda mancha púrpura.

Desde el graderío, el público había seguido toda la secuencia de la muerte: la última danza, la revisión de los encordados, el pleito por los nudos malhechos, las presiones de los ganaderos para sacar la monta, el rompimiento del pretal, la caída, la pezuña hundida en el cráneo, gritos y escándalo, la marcha hacia el hospital y el fin de la corrida con el cruce de golpes entre jinetes y ganaderos.

—¡Ustedes tienen la culpa, hijos de la chingada! —la cuadrilla de montadores tiró los primeros puñetazos y enseguida hubo respuesta. Las reatas sirvieron de látigos, además de que algún jinete terminó amarrado. A otros dos los redujeron con una chicharra eléctrica para bestias. Se hizo sangre cuando la cuadrilla usó las espuelas, que abrieron bocas en carne antes muda. Y la escena pudo ser más roja si los sicarios hubiesen tardado. Apelmazaron la revuelta bajo un martilleo de balas al aire.

—¡A ver, cochones, déjense de pendejadas! Aquí nadie es culpable. Es parte del jale.

—Sí, cabrón, pero estos crestas pusieron mal el pretal. Tienen que pagarla.

—Aquí nosotros decimos quién paga y estos compas no hicieron nada para chingarse al difunto. A lo mejor pisó mal, se resbaló o quién sabe, porque conocemos bien a don Felipe y

sus guaches y no son gente mala.

—Todos vieron que se rompió la cuerda.

—Nadie vio nada, pero para que no digan que somos mierdas, la ganadería les va a dar un dinero para que se alivianen con lo que necesiten. ¡Tú, ven! ¿Ya les pagaron lo de la noche?

—Sí, don Felipe recibió el efectivo hace rato.

—Está bien. Dile que venga.

—Anda en la cantina.

—Entonces ve y dile que nos mande el billete para dárselo a estos compas. ¡Ándale! Así se arreglan las cosas, chavos. Nadie queda molesto. De nuestra parte, tengan esta feria.

Callaron y guardaron el fajo.

Alrededor del escenario, las gradas se habían vaciado apenas empezó el pleito. La banda y el animador se escurrieron del entarimado sin ruido ni movimiento que los hicieran notar. Sólo permanecieron los reflectores que zumbaban su luz blanca sobre los tres grupos de hombres, quienes evitaban mirarse durante la espera.

Horas después, ante una mesa forrada de billetes, la cuadrilla bebía en un espacio apartado del hotel donde se hospedaban. Cada cual con su silencio. Algunos cartones de cerveza lucían casi vacíos junto a ellos.

—¿Y el cuerpo?

—¿Qué cuerpo?

—El de *Trini*, pendejo.

—Se lo llevó la ambulancia, ¿no?

—¿Y luego? Hay que ir por él.

—¿A dónde?

El Mulo se levantó y dejó el grupo. Fue

hasta el cuarto que servía de recepción y tocó la puerta. Salió una mujer en bata.

—Disculpe, ¿sabe a dónde llevan a los muertos?

—¿Qué!

—¿No supo que se murió uno de nosotros? Un toro lo mató hace rato. Lo levantó la ambulancia y queremos saber dónde está. Tenemos que enterrarlo.

—Me asustaste, muchacho. Sí supe. Mi pésame para ustedes.

—Gracias, señora.

—Vayan a la clínica. Ahí debe estar.

—Gracias. Discúlpeme por despertarla.

Decidieron no esperar a que amaneciera. Con dos botellas de fuerte y una vela, tomaron rumbo. Caminaban las calles muy juntos y encorvados, como comprimidos por la noche, hasta que llegaron a la plaza principal, cuya luminosidad abrió el espacio entre ellos. Las luces anaranjadas mitigaban la opresión del ambiente. Pararon y revisaron que todos estuviesen ahí y, cuando iban a continuar el trayecto, aparecieron los policías municipales. Ojos inquietos, manos en rifles alertas.

—Son los jinetes, jefe.

—¿Y qué hacen aquí?

—Vamos a la clínica, comandante.

—¿A estas horas? ¿De qué se enfermaron?

—No, vamos a ver al que se nos murió — *el Mulo* mostró la vela. Le llevamos esto.

—Jálense, pues, pero no por esa calle, denle vuelta.

Los policías fueron a apostarse de nuevo a la entrada de la comandancia que estaba en

JARIPEO (FRAGMENTO DE NOVELA)

uno de los costados de la plaza. Desde ahí siguieron el peregrinaje hasta su re inserción en la oscuridad.

Para la cuadrilla, el camino volvió a apretarse. Aparentaban ir por un túnel bajo y estrecho, con pasos cortos que raspaban el suelo, las rodillas flexionadas, las dorsales al límite de su arco. No obstante, la noche era franca. Alta y amplia. Y ellos mantenían el recorrido, que se había desviado por orden de los policías, pero que luego debió dar frente con la ruta original. Hicieron pausa antes de cruzar, poniéndose en bloque contra la pared de una casa. Estuvieron quietos un par de minutos sin percibir más sonido que el de sus respiraciones. Después el aire se cortó. El rechinado de varias llantas rompió el vacío y escucharon azotes de puertas, correteos e impactos de algo semejante a la carne. Desde su sitio, no podían ver nada. Las cosas pasaban a sus espaldas.

—Córtale los dedos —alcanzaron a escuchar.

—Ya está muerto, cabrón, ¿para qué hacemos eso?

—Es para dejar mensaje a esos pendejos. Agarra las pinzas, ten.

—Todos están muertos, este güey era el último. Déjate de pendejadas. Al Chabe no le gustaban estas chingaderas.

—Hijo de tu puta madre, ¡haz lo que te digo! Yo soy el jefe ahora.

No hubo protesta. *El Mulo* se separó del montón, llegó a la esquina en un deslizamiento silencioso, sin despegar los omóplatos ni las manos del muro, ni los pies del piso. Asomó la cara lentamente y encontró siluetas que se

movían ante las luces de dos camionetas, mas resultaba difícil ver la escena con exactitud. Las figuras actuaban en conjunto, salvo una que, estática, persistió al margen de las acciones.

Suspendieron el ajeteo y abordaron las camionetas casi en tropel. Otra vez, una sombra estuvo aparte. Los vehículos enfilaron en la misma dirección y el espectro anduvo algunos metros hasta que paró en un punto donde soltó tres destellos atronadores. El oscuro bulto sobre el que cayeron yacía inerte. Hecho esto, la mancha se difuminó a ritmo parsimonioso.

El Mulo frotó sus ojos, volteó hacia sus compañeros e indicó la partida.

Atravesaron el jardín de la clínica por un camino de baldosas gastadas. Empujaron las puertas de vidrio, pero tenían el seguro puesto. Entonces alguien palmeó sobre el cristal, atentos todos al cuadro interior. Las lámparas encendidas vibraban en la sala de espera y no ofrecían rastro de presencia viva. Adentro nadie respondió, aunque tampoco estaban solos. Junto a ellos, apoyado en el tronco de un árbol, un hombre fumaba.

—¿Vienen por su amigo? —los jinetes miraron al hombre y recularon. Él permaneció impávido. Apagó el cigarro con la suela de su zapato blanco, se les puso en frente y saludó a cada uno— Entren.

El médico les dijo que se acomodaran en la sala mientras iba por *Trini*. Ingresó en la penumbra de un pasillo y regresó a la zaga de una camilla. Las ruedas chillaban agudas e inestables por el peso muerto que soportaban. Los montadores formaron un círculo en torno

al compañero. El médico lo descubrió hasta el pecho. Observaron la cara limpia, su matiz cetrino, el gran parche en el lado izquierdo para resolver su abismo.

—No pude hacer más. De cualquier manera, ¿qué caso tenía reconstruirlo?... ¿Quiéren llevárselo? Pueden tomar la camilla, la devuelven en la mañana.

—No, médico. Nomás venimos a pasar la noche con él. A velarlo.

—Por mí no hay problema. Quédense. De todos modos yo no duermo.

—¿Tiene vasos? —mostraron las botellas y el médico se incorporó.

—Déjenme ver.

Gotas de cera fría sirvieron de cimientos para sostener la vela. El único rezo pronunciado fue la oración del jinete. Nadie supo cómo funcionaba un velorio. Estuvieron silentes y cabizbajos, se limitaban a tomar y rellenar sus vasos. Cuando las botellas se acabaron, el médico trajo dos litros de mezcal. Poco a poco quedaron dormidos, a excepción del médico y *el Mulo*, quienes habían salido al jardín entre las últimas pulsaciones de la noche.

—Ninguno de ustedes es de aquí, ¿verdad?

—No, doctor.

—¿Cómo se lo van a llevar?

—No hay donde llevarlo. Nunca nos dijo de dónde era.

—Entonces se queda aquí. El panteón está cerca, la iglesia también. Un paso es suficiente para estar en cualquier lado.

—¿Cree que nos den permiso de enterrarlo?

—Tienen que pagar, pero fuera de eso, no habrá problema.

—¿En el ayuntamiento?

—Y con el jefe. Ahí mismo lo encuentran.

—Ellos nos dieron dinero —el médico asintió y se encogió de hombros.

—Busquen a doña Teresa. Ella puede ayudarlos con los rezos y esas cosas.

—Sí, doctor. Gracias —el médico prendió un cigarro. Veía los primeros ardores del sol. *El Mulo* fijaba su atención en las marcadas ojeras del otro—. ¿Puedo preguntarle algo?

—Dime.

—¿Por qué no duerme?

*Veinte mujeres hermosas al panteón
van a llegar,
todas vestidas de negro mi cajón van
a rodear.*

*Unas lloran de tristeza, otras de dolor
sincero
y unas si no me equivoco le están llo-
rando al dinero.*

La tambora sonaba encima de la voz del cantante. Los saxofones y la trompeta pretendían seguir el ritmo del tambor, mas la música se articulaba sólo en la memoria de quien conocía la canción. *El Mulo* la pidió en recuerdo de *Trini*, pues solía mencionarla al término de los jaripeos. Ya pedo alegaba una expectativa similar a lo dicho en ella. Sin embargo, la única mujer en el desfile fúnebre vestía de blanco y era la rezandera. Iba a la cabeza de la pequeña comitiva, a veces acompañada por miradas suspicaces, y en cuya retaguardia venían los

JARIPEO (FRAGMENTO DE NOVELA)

músicos. Arriba de ellos el cielo crujía y pronto se liberó un viento polvoso, raspaba las manos y los rostros de los montadores, que tomaban turnos para cargar el ataúd.

Nadie lloró en aquella zona recluida del panteón, donde el entierro fue corto, también escaso de palabras que revivieran al difunto, al menos por ese instante. Los jinetes tenían los ojos secos de cruda y la rezandera no estaba dispuesta a soltar una lágrima sin propina mediante, pero habían gastado todo el dinero en la parafernalia mortuoria y aún no recibían los pagos de las montas. La mujer se marchó indignada junto con los músicos. Abandonados así, los montadores soportaban la resequedad del ambiente como una deuda corrosiva. Entonces pasó una ráfaga de aire que apisonó el montículo de tierra removida con gruesas gotas de lluvia. Algunas impactaron los cuerpos de los jinetes, lo que les causó alivio.

Antes de dejar solo a *Trini*, hicieron fila frente a él y se persignaron.

En la noche el jaripeo tuvo menos público que los días anteriores, a pesar de ser la última corrida. El presentador pidió un minuto de aplausos en memoria del *Cowboy*. La gente palmoteó con desgana, igualmente nerviosa por la llegada de hombres armados al palco principal. La cuadrilla los miraba acomodar sus cuernos en dirección al ruedo. No obstante, los balazos que más tarde precedieron el alboroto del público buscaban celebrar la monta del *Mulo*.

Le tocó el último turno. Calzaba botas rojo tinto que relumbraban paso a paso. Las cha-

parreras del mismo color sobre los pantalones de mezclilla oscura y la camisa enlutada. Apartó el sombrero y las espuelas. Sus compañeros insistieron en que las usara; de lo contrario, sería fácil caer o algo peor. Él caminó hacia el cajón, subió, esperó la señal de los ganaderos y se alineó de espaldas al lomo del toro. La mano izquierda empuñaba el pretal de grapa, la otra iba suelta, los talones encajados en el cuello del animal, que comenzó siendo el aspa furiosa de un helicóptero. *El Mulo* tensaba los músculos del brazo al grado de marcarse una telaraña de venas. Lo demás era acoplarse a los movimientos de la bestia, anticipar los golpes en el culo cuando el toro cambió los giros por un corcoveo frenético y elevado. Sus patas traseras superaban los dos metros en cada reparo. Y *el Mulo* lucía inconvencible. Aunque de pronto, en una maniobra que pocos pudieron distinguir, salió proyectado hacia el centro del ruedo. Cayó de pie e inició la danza que *Trini* practicaba en sus montas. Bailaba en torno al toro, que trató de cornearlo sin tino. Dos, tres, varias cabezadas. *El Mulo* evadía con un serpenteo rítmico. La gente muda. Se aproximó a la bestia, le tocó las costillas, estrujó su piel y brincó de nuevo a su cruz.

No hizo más. Tampoco el animal.

Arrancó la balacera. El festejo.

Y *el Mulo* y los jinetes bebieron en la orilla del arroyo hasta la madrugada. Quisieron llevárselo al hotel, pero se negó. Tendido en la tierra húmeda, inmóvil, esperó la gran embestida del dolor.

Nunca lloró. ¶



GODZILLA: EL HORROR DE LA BOMBA

Por Nancy Molina Díaz de León

“El problema del hombre no está en la bomba atómica, sino en su corazón.”

Albert Einstein

La posguerra es un tema recurrente en el séptimo arte, pero mientras Occidente, con Estados Unidos a la cabeza, en gran medida busca representar y reconstruir cinematográficamente los horrores de la guerra al revisar documentos históricos de sucesos como el Holocausto, Japón plantea el dilema ético del camino seguido por la ciencia y sus consecuencias. Por ejemplo, el efecto de la radioactividad sobre la vida.

A dos años de la desocupación de las ciudades de Hiroshima y Nagasaki por Estados Unidos, *el imperio de los signos*¹ busca resurgir de entre las cenizas y el cine se convierte en uno de los primeros recursos de este esfuerzo. En 1954 los Estudios Toho producen la película más

1 Así tituló Roland Barthes su obra sobre la nación y la cultura japonesa y su intrínseca configuración simbólica.

GODZILLA: EL HORROR DE LA BOMBA

cara en la historia del cine nipón² hasta ese entonces: *Gojira* (1954), de Ishiro Honda, conocida fuera de Japón como *Godzilla*. Se basa en la historia de Shigeru Kayama, con guion de Takeo Murata e Ishiro Honda, y música de Akira Ifukube. El filme, configurado a partir de las categorías del cine clásico,³ convirtió a Japón en la tierra de los monstruos cinematográficos, un subgénero que más tarde llamaría la atención de la industria fílmica estadounidense.⁴

En 1954, el barco japonés *Daigo Fukuryū Maru* fue expuesto a una lluvia radioactiva causada por las pruebas de la Bomba H que se realizaban en los mares del Lejano Oriente. A modo de recuerdo y referente, la primera secuencia de *Godzilla* abre con la imagen de un barco en altamar cuyos tripulantes son testigos de una explosión radioactiva. Dicha explosión provoca el despertar de un monstruo.

La palabra *Gojira*, el monstruo que da nombre a la película, proviene de los términos japoneses *kujira* (“ballena”) y *gorira* (“gorila”). A través de ellos se evoca el poder de dos criaturas, una terrestre y otra marina, que ha mutado a causa de la radioactividad provocada

por la explosión de la Bomba H. La existencia de este monstruo podría leerse, por un lado, como el resultado imaginario de las entonces aún cercanas hecatombes nucleares en Hiroshima y Nagasaki, al final de la Segunda Guerra Mundial. Por otro lado, *Godzilla* también podría representar, metafóricamente, una fuerza de la naturaleza que emerge en respuesta a la destrucción que el ser humano ha causado al planeta.

Este mutante es una metáfora de los estragos que sufrieron directamente miles de especies, la humana incluida, a consecuencia de una guerra que cesó con la caída de dos bombas atómicas y trajo consigo muerte e incontables catástrofes. El filme de Honda da vida a un ser que proviene de la prehistoria y que ha mutado gracias a la radioactividad. *Godzilla* encarna la destrucción y la desolación que la bomba trajo consigo: un desastre causado por la especie humana contra sí misma antes que contra algo más.

* * *

La narrativa de *Godzilla* se vale del discurso del realismo para conformar una alegoría que va de la representación al discurso crítico, empleando elementos sobrenaturales y fantásticos:

El realismo se define por su nivel específico. En este nivel, no excluye en absoluto la ficción y hasta el sueño; admite lo fantástico, lo extraordinario, lo heroico y sobretodo el melodrama; puede comprender un exceso o una desmesura pero que le son propios. El realismo está constituido simplemente por esto:

2 Perales J. (2014, Junio 27). *Godzilla: una breve historia*. *Letras Libres*. Recuperado de <https://www.letraslibres.com/mexico-espana/cinetv/godzilla-una-breve-historia>

3 Gilles Deleuze define el cine clásico como el que adopta una estructura narrativa tradicional, y el moderno, como el que rompe con ella. Cfr. Gilles Deleuze, *La imagen-movimiento. Estudios sobre cine 1*, Paidós, Barcelona, 2015, pp. 203-204.

4 Tiempo después, *Godzilla* pasaría a formar parte de un primer consorcio de filmes nombrado *Era Showa de Godzilla*. Esta etapa incluiría diferentes adaptaciones del monstruo original y la inclusión de una serie de monstruos adicionales que lo acompañarán en la saga. En 1956 la industria cinematográfica estadounidense compra los derechos para hacer su primer *re-make*: *Godzilla, rey de los monstruos*; la colaboración continúa hasta hoy en día.

medios y comportamientos, medios y comportamientos que encarnan.⁵

En términos de Deleuze, *Godzilla* se encuentra en la meta-categoría⁶ imagen-movimiento al suscribir su estructura a un cine de ficción lineal que describe una narrativa simultánea de causalidad. Es decir, su narrativa está circunscrita a un proceso sensomotor, en términos de Bergson, un proceso de causa-efecto. Bajo este esquema lingüístico se formula el cine de narrativa clásica:

*La imagen-movimiento sería la imagen organizada según el esquema sensomotor, una imagen concebida como un encadenamiento natural con otras imágenes en una lógica de conjunto análoga al encadenamiento intencional de percepciones y acciones.*⁷

El esquema sensomotor es un proceso de montaje cinematográfico que opera en tres estadios de imágenes: la imagen-percepción, la imagen-afecto y la imagen-acción. Dichas imágenes se relacionan entre sí para crear emociones, directa e indirectamente, en la espacio-temporalidad de la película y fuera de ella, como en *Godzilla*. Así, en este filme la imagen individual se relaciona con la universalidad de

las imágenes, aunque de manera metafórica.

La primera dimensión, la imagen-percepción, se aprecia claramente en la primera aparición del monstruo en pantalla, detrás de la montaña, en un plano general (*full-shot*); posteriormente se aprecia la segunda dimensión, la imagen-afección al verse el rostro de Emiko en un plano detalle (*close-up*). Estas primeras dimensiones se transforman en imagen-acción creando una imagen-alegórica del momento histórico de la caída de la bomba atómica. Finalmente, la última dimensión, la imagen-acción, se expresa cuando Emiko y Ogata corren despavoridos por el horror que les provoca el monstruo. De tal modo, el movimiento se torna intensivo y activo y, a su vez, reactivo al operar como reflejo inmediato en el espectador.

Esta última dimensión de la imagen, la *imagen-acción*, en el postulado de Deleuze, tiene a su vez dos dimensiones más: por un lado, la pequeña forma, aquella imagen que a partir de la situación dibuja a los personajes, y por el otro, la que atañe a *Godzilla*, la gran forma, donde los personajes son creados desde el imaginario del cineasta para dar vida y establecer una situación.⁸

Luego, en el filme se aprecia la majestuosa secuencia en la que el monstruo radioactivo destruye la ciudad de Tokio. A diferencia de la caída de la bomba atómica, con la que la destrucción fue prácticamente instantánea, *Godzilla* aplasta la ciudad en casi veinte minutos y crea un efecto de suspensión del tiempo, donde los increíbles efectos especiales de aquellos tiempos permiten que la imagen-afecto

⁵ Giles Deleuze, *La imagen-movimiento...*, *op. cit.*

⁶ Deleuze divide su reflexión estética sobre el cine en dos: por un lado, la imagen-movimiento, y por otro, la imagen-tiempo, las cuales instauran las dos formas del cine de la teoría deleuziana. En este sentido, se le ha nombrado como meta-categoría debido a que de ellas subyacen nuevas categorías para nombrar las subsecuentes formas del cine.

⁷ Jacques Rancière, *La fábula cinematográfica. Reflexiones sobre la ficción en el cine*, Paidós, Barcelona, 2005, p. 130.

⁸ Cfr. Deleuze, *op. cit.*, p. 204.

GODZILLA: EL HORROR DE LA BOMBA

permea en un instante sensaciones de horror ante el desastre:

La imagen-movimiento está organizada o mejor dicho montada, de acuerdo a la lógica del esquema sensoriomotor que se corresponde con la lógica de la estructura narrativa, a la lógica de la temporalidad cronológica o tiempo que transcurre, por lo que sólo alcanza a mostrar una imagen indirecta del tiempo (tiempo suspendido al movimiento).⁹

En esta lógica del movimiento cinematográfico, al tiempo que transcurre en la secuencia de la película le corresponde un alargamiento con respecto al tiempo que se mide o se cronometra fuera del cine. Los aditamentos que componen la secuencia, como la música y los efectos sonoros, agrandan la magnitud de la maqueta con la que dicha secuencia fue creada en el plató. Consecuentemente, los afectos que el espectador percibe se intensifican al enterarse por la radio y el periódico de la caída de la bomba atómica.

* * *

Godzilla supone el ejercicio de repensar la forma en la que se ha transgredido el orden natural a partir del papel que el ser humano ha tenido en la destrucción del planeta. Es un filme sobre cómo re-configurar la guerra y los

avances científicos y tecnológicos en pro de la guerra, o bien, la supuesta manera en la que la guerra ha permitido dichos avances.

Bajo el supuesto de que la guerra conlleva destrucción y la modificación del curso natural de la vida, en el drama del cine clásico, el fin de la historia lleva a una resolución triunfal, y *Godzilla* no es la excepción. Un planteamiento posible de la narrativa es cómo reestructurar el orden natural, y esto a su vez involucra la instauración de un dilema ético-moral.

Por ende, la única arma que puede acabar con el monstruo radioactivo resulta ser, precisamente, un dispositivo científico: un arma de destrucción masiva nombrada en la película "el destructor de oxígeno" (*Oxygen-Destroyer*), que es aún más letal que el propio *Godzilla*. La destrucción del monstruo requiere el uso de un arma poderosamente mortífera. Esto pone en entredicho el uso mismo del descubrimiento, por lo que el doctor Serizawa, su creador, decide destruir los documentos de sus investigaciones, detonar él mismo el arma y morir en la explosión. Metafóricamente, el filme opera en función de repensar si es ético recurrir a la ciencia para crear armamento de guerra. Así queda planteada la paradoja que implica poseer conocimiento y medios que puedan llevar a la destrucción de la humanidad:

*Hoy en día existe la bomba atómica;
la humanidad puede destruirse a sí misma;
esa destrucción sería radical;
esa posibilidad de destrucción radical de la humanidad por la humanidad inaugura en la historia un comienzo,*

⁹ Sonia Rangel, *Líneas de fuga. Resonancia y variación en la filosofía de Gilles Deleuze*, tesis doctoral, unam, México, 2011, p. 133.

*suceda lo que suceda, cualesquiera que sean las medidas de prudencia, no volveremos hacia atrás. La ciencia nos ha hecho dueños del aniquilamiento; esto no nos será arrebatado.*¹⁰

Godzilla plantea que la humanidad puede re-

ponerse de las atrocidades nucleares: existe la posibilidad de sobrevivir como especie a la destrucción. Sin embargo, también insiste en señalar que el ser humano es la única especie que altera el balance de la cosmogonía natural y trastorna el equilibrio entre especies. ¶

¹⁰ Maurice Blanchot, *La amistad*, Editorial Trotta, Madrid, 2007, p. 97.

APU

NTES



EL ESQUIVO FANTASMA DEL POPULISMO

Por Adrián Velázquez Ramírez

Reseña de Pierre Rosanvallon, *El siglo del populismo. Historia, teoría, crítica*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2020.

La rápida traducción al español de *Le siècle du populisme* (2020) de Pierre Rosanvallon evidencia la inagotable vigencia del debate sobre el populismo. El buen destino de la cuidada edición de Galaxia Gutenberg se ampara tanto en la reconocida trayectoria del autor como en la urgencia del tema del que trata. El título elegido deja poco lugar para la duda: la proliferación global de movimientos y regímenes caracterizados como populistas es postulada como el *Zeitgeist* de nuestro joven siglo. Sin duda, la intervención de Rosanvallon encontrará rápidamente un lugar de honor en la nutrida biblioteca montada sobre las dudas que despierta el futuro de la democracia.

Para este trabajo, Rosanvallon se apoya en el enfoque que ha venido desarrollando en sus obras precedentes. Partiendo de una epistemología que rinde tributo a su gran maestro, Claude Lefort, su punto de sostén es lo que el autor identifica como una “teoría de la indetermi-

EL ESQUIVO FANTASMA DEL POPULISMO

nación democrática”. Desde esta perspectiva, la ambigüedad constitutiva de sus conceptos fundamentales (pueblo, representación, soberanía, voluntad general) convierte a la democracia moderna en una aventura abierta a la profundización de sus valores fundamentales, pero también al riesgo de su autodisolución. Para Rosanvallon, la democracia está condenada a vivir amenazada desde su interior, pues su incesante dinámica está subordinada a una paradoja: su potencial emancipatorio está anclado a la imposibilidad de ofrecer una solución definitiva a los problemas que plantea.

Desde este marco, Rosanvallon ubica al populismo como un caso particular de “democracia-límite”. En el esquema tripartito que ofrece, cada una de estas democracias-límite se encuentra tironeada por una tendencia que le es inherente y que la pone en la cornisa de su declive. La primera de ellas, la democracia mínima, al reducir su ámbito a los mecanismos de selección de representantes conduce a una oligarquía electiva. La democracia sustantiva y su horizonte comunitario, en segundo lugar, corre el riesgo de reificar una presunta armonía colectiva, abriéndole la puerta a la negación totalitaria del conflicto. Y, por último, está la democracia polarizada, caracterizada por una hiper-politización de las instituciones y cuyo riesgo es señalado con el curioso mote de “democradura” (*démocrature*). Es precisamente en este último registro donde Rosanvallon ubica al populismo, que sería una repuesta sistemática y doctrinalmente coherente al problema de la indeterminación democrática que opera reduciendo el contenido aporético de la democracia

a una serie de simplificaciones (reducción de la complejidad política a las decisiones del líder, inmediatez de la voluntad general, desmontaje de los cuerpos intermedios, un régimen de emociones que diluye la discusión racional).

Bajo esta premisa, la primera parte del libro se propone ofrecer una “anatomía” del populismo capaz de dar cuenta de sus simplificaciones. Para eso, Rosanvallon construye un discutible tipo ideal con el objetivo de hacer inteligible la particular “teoría de la democracia” del populismo. En este punto hay una decisión metodológica cuyos supuestos tal vez hubieran ameritado una mayor reflexión por parte del autor. En efecto, Rosanvallon parte de la convicción de que el amplio abanico de casos con los que justifica su tipo ideal pueden ser agrupados en una misma categoría. A partir de esta operación, cada una de estas experiencias se convierte de manera inmediata en una manifestación singular de una misma concepción de la democracia. Lo que procede entonces como objetivo es sacar a la luz lo que está escondido a plena vista: aquello que, pese a sus notables diferencias, comparten estas experiencias; es decir, revelar el misterio de la teoría populista de la democracia. Esto lo compromete a generar un dispositivo muy exigente cuyos elementos a veces pueden parecer arbitrarios ante realidades muy complejas y contrastantes.¹

1 Uno de los aspectos en los que el tipo ideal parece un marco analítico demasiado estrecho son los cuerpos intermedios. Éste es un punto importante para Rosanvallon, pues ha sido un aspecto central de su apuesta política a lo largo de su trayectoria. En efecto, ya en *La République du Centre, La fin de l'exception française* (Calmann-Lévy, Paris, 1988), escrito con F. Furet y J. Julliard, Rosanvallon advertía sobre un proceso de re-

En este sentido y pese al acalorado debate, Rosanvallon parece compartir con Chantal Mouffe más de lo que estaría dispuesto a admitir.² Esto es particularmente evidente cuando el autor afronta la tarea de establecer la diferencia entre el populismo de izquierda y el populismo de derecha. En efecto, si ambas expresiones comparten una misma concepción democrática, sus diferencias sólo pueden ser aprehendidas como una cuestión secundaria, apenas un matiz que para Rosanvallon se vuelve visible por un tema sin duda fundamental pero coyuntural: la migración. Si para Mouffe lo que comparten los populismos de derecha y de izquierda es una misma lógica de construcción identitaria, para Rosanvallon es una doctrina política coherente y sistemá-

tica. En ambos casos el contenido que les diferencia resulta secundario y subordinado a estos elementos comunes. Así, por ejemplo, la construcción discursiva de la dicotomía “ellos/nosotros” que divide el espacio político es, tanto para Mouffe como para Rosanvallon, un aspecto mucho más determinante que las diferencias en los proyectos de sociedad que animan ambas vertientes de “populismo”. Una verdadera alternativa a esta postura compartida podría haber sido asumir que el contenido es fundamental para discernir sobre la concepción de democrática que anima a las experiencias caracterizadas como populistas de derecha y de izquierda. Camino que, sin embargo, hubiera conducido a problematizar el uso de una misma categoría para identificar ambos tipos de experiencia, poniendo así en riesgo el supuesto en el que se sostiene el propio tipo ideal propuesto.

En la segunda parte del libro, Rosanvallon rastrea los elementos de su tipo ideal mediante un recorrido histórico a través de tres “momentos populistas”. En su última sección, el libro aborda una crítica del populismo que, tomando como plataforma el problema de la indeterminación democrática, se propone introducir un contrapunto a cada uno de los elementos de la tipología construida. La idea de multiplicar los ámbitos de deliberación, representación y participación son presentados por Rosanvallon como un antídoto a cualquier reducción populista, replicando con ello la fórmula vinculada a una democracia media o de equilibrio desarrollada en otras obras. En ambas secciones hay reflexiones sugerentes

tramiento de lo social, producto de la desindustrialización y la pérdida de centralidad de la clase. Esta des-sociologización de la política amenazaba por revitalizar la cultura de la generalidad en torno al cual se había constituido la excepcionalidad francesa —y que Rosanvallon caracterizó de manera sintética en *El modelo político francés* (Siglo XXI, 2007)—. Este tópico aparece nuevamente en su reflexión del populismo, cuyos elementos recuerdan en varios aspectos a esta cultura de la generalidad, en tanto simplificación de la complejidad social. Sin embargo, no pocas experiencias catalogadas como populistas, lejos de implicar un desmontaje de los cuerpos intermedios, fueron proclives a volverlas un elemento central de su práctica política. Esto es claramente visible en el caso del populismo clásico latinoamericano, como lo evidencian el peronismo (las organizaciones libres del pueblo) o el cardenismo (corporativismo social y estatal), pero también el caso más reciente de Evo Morales en Bolivia con la participación de los movimientos sociales indígenas en el MAS. En el populismo estadounidense del siglo XIX la cuestión de los cuerpos intermedios también aparece como un tópico central (ver A. Jäger, “State and Corporation in American Populist Political Philosophy, 1877-1902” *The Historical Journal*, 2020, pp- 1-15). Así mismo, la articulación con los movimientos sociales ha sido una preocupación central desde el surgimiento de Podemos en España.

2 Chantal Mouffe, “Lo que Pierre Rosanvallon no comprende”, *Le Monde Diplomatique*, núm. 252, Junio de 2020.

EL ESQUIVO FANTASMA DEL POPULISMO

y críticas que deben ser debidamente sopesadas. Los apartados sobre el Segundo Imperio francés, así como las acotaciones sobre el referéndum, tienen valor en sí mismos, más allá de las dudas que despierte la anatomía del populismo que propone Rosanvallon.

Imagen de portada: Cubierta del libro.



A(R)MANDO A MARADONA

Por Ma Agostina Saracino

Reseña de Bárbara Pistoia (ed.), *Todo Diego es político*, Síncopa Editora, Buenos Aires, 2020.

El 30 de octubre del 2020 Diego Armando Maradona cumplía sesenta años y Síncopa editora daba a conocer su primer título dedicado enteramente al Diez: *Todo Diego es político*, un conjunto de diez ensayos breves a cargo de diez escritoras con trayectorias y formaciones tan ricas como diversas.

Como aclara Bárbara Pistoia en la introducción, lejos del afán biografista o del análisis sociológico, el libro es una invitación a “relamerse en el signo abierto, entregarse a las contradicciones, morder el fruto” en el que todas las lecturas convergen “sobre las huellas del Diego Maradona que construye comunidad”. Ciertamente, si algo queda claro al leer esta obra es que el hombre-signo Maradona cimenta comunidad lejos de una pretendida neutralidad englobante, sino, por el contrario, por su capacidad de conmover lo establecido desde la posición liminal del,

A(R)MANDO A MARADONA

en palabras de Florencia García Alegre, “villero que se convirtió en héroe” (p. 63) negándose a desclasarse, pero también a vivir con culpa su vertiginoso ascenso social. De ahí que la figura de Diego sea política no sólo por ser “la continuación del peronismo por otros medios”, como afirmase hace años Pablo Alabarces en un ya clásico estudio,¹ sino sobre todo por su capacidad de erigirse en un ordenador de la experiencia colectiva, un signo polisémico en torno al cual nos posicionamos y con el que dotamos de sentido nuestra cotidianidad, pero también por ofrecernos una experiencia afectiva que nos atraviesa, nos desarma y nos permite (re)vincularnos desde las tristezas y alegrías más primarias: las vinculadas a la pasión por el juego.

Es esta profunda dimensión política del Diez la que esta obra polifónica explora en sus múltiples aristas. Así, Yanina Safirsztein destaca que al hablar de sí mismo en tercera persona, “(Mara) *dona* su nombre y de esa forma lo convierte en patrimonio —o matrimonio, da igual— de la humanidad” (p. 55). Un desdoblamiento en el que se expresa, a su vez, un deseo irrenunciable de controlar la propia narrativa sin “limar ninguna de sus aristas” (p. 24), como subraya Natalia Torres. Para esta autora, Diego “al mantenerse terrenal hasta en sus gestas —como en aquel maravilloso “hijos de puta” que leímos en sus labios en el Mundial de Italia— ata un hilo rojo entre su alma elevada por la victoria y el cuerpo social de carne y hueso de todos los argentinos” (p. 26). De esta

forma, la historia de Diego es indisociable de la historia de la Argentina contemporánea, pero también del desarrollo de los medios masivos de comunicación, plataforma para su estrellato e instrumento de su lapidación pública cuando el astro no se ajusta a sus demandas, como deja entrever el relato de Lorena Álvarez.

En efecto, si un talento deportivo excepcional y la voluntad de privilegiar la coherencia, entendida como fidelidad al propio sentir antes que como mero inmovilismo, son partes fundamentales de la autoconstrucción del mito del Diez, su otro baluarte es una temeraria voluntad de autoafirmación frente a la cosificación de los medios. En este sentido, Diego es ante todo un artista porque, como afirma Agüeda Pereyra, “hay poética en su juego: en la cancha, Maradona inaugura una forma de organizar el tiempo, el espacio, el vacío [...] Hay poética en su hacer con la materia verbal: Diego que dice y acierta en la metáfora inolvidable [...]. Hay poética en su lenguaje corporal, ese cuerpo que entrena pero baila” (p. 30).

Diego es un artista barroco y, como tal, abraza las contradicciones y el exceso a un altísimo costo personal. Por un lado, el Diez se nos aparece como un héroe trágico que recurre al consumo de drogas como forma de habitar un cuerpo siempre campo de batalla, como subraya Carina González. Por otro, Diego resiste el disciplinamiento al que la industria del fútbol masificado somete a sus ídolos mediante esa capacidad única de *decirse a sí mismo*, de ser una “máquina textual” fuera y dentro de la cancha, como afirma Javiera Pérez Salerno (p. 46). En esa forma tan suya de

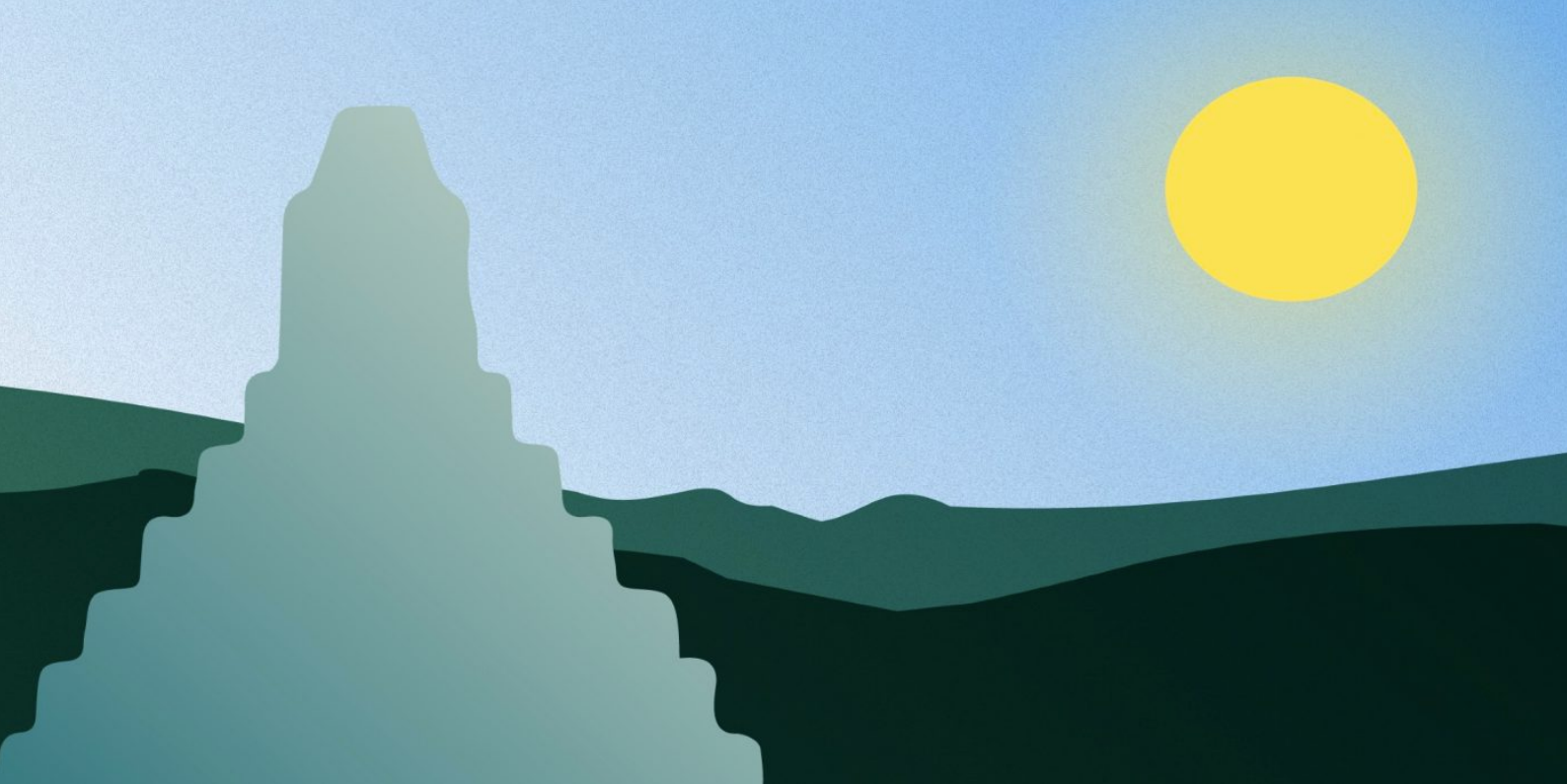
¹ Pablo Alabarces, *Fútbol y Patria: el fútbol y las narrativas de la nación en la Argentina*, Buenos Aires, Prometeo, 2002, pp. 133-160.

ser en el mundo, Diego nos ofrece una forma distinta de *decirnos a nosotros mismos*, porque si el Diez es hablado por la lengua popular, sus malabarismos verbales intervienen indeleblemente nuestras formas de expresión.

Diego, el héroe cuyas gestas futbolísticas son pulsión de vida, resistencia anticolonial y rebeldía de los de abajo. Condiciones de posibilidad de su culto popular son su procedencia humilde, que facilita la identidad entre ídolo y pueblo, y, sobre todo, como señala Ayelén Zabaleta, el deseo explícito de ser “la voz de los millones que no habían podido llegar” (p. 78). Por ello el Diez es un mito profundamente ideologizado, que resiste toda romantización en el momento en que, como afirma Sofia Ferrero, “quiso hacer algo más que darle alegría futbolística al pueblo, lo quiso empoderar se-

ñalando las falencias del sistema y las necesidades básicas no cubiertas” (p. 91). De ahí la simbiosis que establece con los dos pueblos que encarna: el argentino y el napolitano, pero también con los oprimidos de cada lugar donde llega su fama.

El 25 de noviembre del 2020 Diego Armando Maradona fallecía a causa de un paro cardíaco y luego de una vida extraordinariamente humana. En medio de un luto de escala planetaria, en los medios de comunicación argentinos resurgía el debate acerca del supuesto oxímoron de un “feminismo maradoniano”. Un debate en el que las diez autoras de *Todo Diego* es político sientan posición con una apropiación del fenómeno maradoniano que abraza su naturaleza abiertamente contradictoria y popular. Una vez más, *fua el Diego*. ¶



ENTRE EL RAYO Y EL SOL

Por Carlos Gustavo Mejía Chávez

Reseña de Laurent Binet, *Civilizaciones*, Seix Barral, Barcelona, 2020.

Debo admitir que hasta hace un par de semanas no tenía conocimiento de la obra del escritor francés Laurent Binet. Por ello, leer *Civilizaciones* fue una grata forma de acercarme a la fascinante visión literaria de la historia que propone este autor. En efecto, sus habilidades y conocimientos fecundaron una fresca y atrayente propuesta para la novela histórica.

Civilizaciones es una exquisita y ocurrente interpretación novelística que “responde” a una de esas grandes preguntas que nos hemos hecho todos alguna vez: ¿y si la historia en torno a lo que conocemos popularmente como el “Descubrimiento de América” no hubiese ocurrido cómo se ha contado? Circunscrita a un contexto que podemos identificar con las expediciones de conquista europea en América, Binet lanza una interpretación respecto a ese decisivo momento que comienza con los viajes de un grupo de vikingos, dirigidos por la descendiente de Erik el Rojo, Freydis Eriksdottir, en varios puntos de lo que entendemos como América. La influencia de la figura de Freydis y del Dios Thor, señor del trueno, en la cultura de las civilizaciones que ella y su grupo encontraron a su paso sellaría el destino de este “Nuevo mundo” para los exploradores españoles que años después, consternados por los “muy extraños”, aunque familiares, hallazgos encontrados durante su fallido intento de conquista, sufrirían una suerte

distinta a la que la historia nos ha relatado. En este punto, la lectura del “apócrifo” Diario de Colón y su desenlace es una delicia.

Y es justo aquí donde radica la magia de la obra de Binet, pues sus interpretaciones, derivadas de los veraces y accidentados encuentros de los vikingos con los innumerables skraelings (entre los que encontramos, ya como parte de la imaginación del autor, a mayas, cubanos y haitianos) dan la pauta a una de las aventuras novelísticas más destacables que se hayan escrito. Siguiendo la historia que Binet propone, uno podría imaginarse a sí mismo como un viajero que, proveniente de tierras lejanas, narra a sus coetáneos las fabulosas experiencias que le ha tocado vivir en su andar por la España de mediados del siglo XVI:

Este dichoso reino ha florecido en todos sus medios gracias a la reforma agraria que Su Majestad decidió instaurar hace unos cuántos años. A mi paso por las verdes praderas y pastizales que marcan el camino hacia Madrid es común encontrar pastando vacas, caballos y las grandes alpacas que constituyen para los pobladores una gran provisión de alimento y dinero, pues sus pieles se comercian con las altas clases aristócratas de los palacios y cortes de Florencia y París. El cultivo de trigo, papa y maíz son, por mucho, una de las actividades que más han repercutido en aras del beneficio económico de los habitantes del reino.

La paz entre España con Francia, los Países bajos y en especial con los protestantes de Alemania ha traído numerables beneficios al comercio y a las relaciones sociales entre

ambos reinos. La felicidad de los campesinos alsacianos, luego de la justa muerte de Lutero desborda de sus rostros, pues gracias a la aceptación del gran Monarca de estas tierras respecto a los 12 acuerdos estipulados por los campesinos, la paz religiosa (por gracia de las 95 tesis del Sol) y social, influenciado, te digo, por la lectura al “clásico florentino”, ha prosperado de nuevo en aquellos territorios. Empero, el gran monarca precisa acabar pronto con la rebelión de Loyola y su Compañía que no cesa en sus empeños de glorificar como único el culto al “clavado”.

Mi visita por Madrid, Toledo y Sevilla me ha dejado anonado. Antes de la portentosa llegada del monarca del Sol hubiese resultado impensable ver con toda tranquilidad a judíos, moros, cristianos, protestantes, y solinos vivir su vida con toda tranquilidad, sin temor a que aquel funesto tribunal, ya extinto, no hubiese incumbido violentamente para hacerse de las riquezas personales y dar goce a los más oscuros instintos de sus miembros durante los terribles autos en las plazas públicas. Ya nadie está obligado a convertirse a ninguna religión, la libertad de cultos es permitida, aunque, finalmente, la del Sol mantiene la preminencia, pues todas parten del principio heliocéntrico, tal como lo ha inferido uno de los científicos favoritos de esta corte.

Por otro lado, es notable la variedad de edificios y templos magníficos que el ingenio propio de Buonarrotti ha adornado estas principales ciudades de este fastuoso imperio. Los templos dedicados al Sol y al Trueno son, por demás, los más bellos y elegantes que nunca

ENTRE EL RAYO Y EL SOL

haya visto, carentes de todo compromiso violento como los que se percibía en los templos del "Clavado". Qué decir de los hermosísimos retratos y pinturas con que Tiziano ha decorado el interior de los principales palacios de esta corte. La leyenda de nuestro aclamado monarca y sus allegados, retratados en célebre porte son gráfico testimonio de la gloria del reino mismo. A decir de esto, ofrezco la descripción de uno de los más célebres de estos retratos que representan la magna imagen del gobernante y que he tenido la oportunidad de ver: se trata de la imagen de Atahualpa, [...] representado como hijo del Sol, ceñido con su corona escarlata, ofreciendo su mejor perfil, un papagayo azul en el brazo y un brazaletes de oro en la muñeca izquierda. Está de pie delante de una fuente, en cuyo borde hay cestas con naranjas y aguacates. Un gato pelirrojo duerme a sus pies. Una serpiente se enrosca alrededor de su pierna. Al fondo, unas palmeras suben hasta el cielo donde brillan juntos el sol y la luna, ceñidos de oro y plata. Sobre su túnica de alpaca, el emperador ha hecho bordar sus escudos de armas con hilo dorado; se reconoce en ellos el castillo de Castilla, las franjas rojas y amarillas de Aragón, un halcón entre dos árboles, así como una carabela malva realzada sobre un sol de atardecer (pp. 237-238).

Grandes sorpresas, jocosos momentos y el curioso final de la leyenda del rey de España

Atahualpa, así como la interesante reversión de la historia de Miguel de Cervantes Saavedra, idea cercana a lo expuesto en un documento original cuya solicitud, de haberse concretado, pudo cambiar la historia del Manco de Lepanto, y con ello, quizás, la historia de la literatura universal.¹ Todo ello será una grata experiencia para las y los lectores al adentrarse en esta genial obra. Si bien para los historiadores será difícil, que no imposible, configurar distintas interpretaciones de lo "ya ocurrido", Civilizaciones, sin duda, fomentará en quienes la lean un profundo deseo de imaginar otras formas de entender lo que sabemos y vemos.

Como mencioné, la lectura de la obra de Binet, necesaria quizás para estos tiempos en que en México se recordarán los 500 años de la derrota de los pueblos asentados en la ciudad de México-Tenochtitlan ante las huestes de Hernán Cortés, pueda darnos no sólo otras formas de comprender los largos y dolorosos procesos que conllevaron a la conquista y sometimiento de las culturas americanas, sino que podría permitirnos entender el camino que, como civilizaciones, aún nos toca recorrer frente a un inclemente mar.

Quién sabe. Tal vez después de la lectura de Civilizaciones, a semejanza de quienes vivieron las innovaciones religiosas del idealizado Atahualpa, muchos de nosotros miraremos al sol de otra manera. ¶

1. Me refiero a la petición hecha por Cervantes para servir en una plaza vacante en las Indias. Véase Vicente Quirarte, "Don Quijote cabalga en Anáhuac", *Amor de ciudad grande*, FCE/UNAM, Ciudad de México, 2013, pp. 17-30.



VIDAS ARRASTRADAS POR LA HISTORIA

Por Emmanuel Rosas Chávez

Reseña de Juan Gabriel Vásquez, *Volver la vista atrás*, Alfaguara, Ciudad de México, 2021.

En *Los enamoramientos*, novela del español Javier Marías, María Dolz asiste a una larga digresión de Javier Díaz-Varela sobre *El coronel Chabert*, una novela corta de Balzac. Los entresijos del episodio no vienen muy a cuento, sino la sentencia de Díaz-Varela cuando María Dolz le pregunta en qué termina la historia del autor de *Papá Goriot*:

Lo que pasó es lo de menos. Es una novela, y lo que ocurre en ellas da lo mismo y se olvida, una vez terminadas. Lo interesante son las posibilidades e ideas que nos inoculan y traen a través de sus casos imaginarios, se nos quedan con mayor nitidez que los sucesos reales y los tenemos más en cuenta.

La obra del colombiano Juan Gabriel Vásquez pertenece a la estirpe novelística que refiere el personaje de Javier Marías, ésa que se adentra en los senderos más insospechados

VIDAS ARRASTRADAS POR LA HISTORIA

de la vida a través de la ficción. En *Los informantes*, Vásquez se asoma a las trampas de la memoria. La historia narra cómo un libro del periodista Gabriel Santoro sobre una mujer alemana exiliada en Colombia desde poco antes de la Segunda Guerra Mundial despierta recuerdos que muchos, entre ellos el padre de Santoro, quisieron haber olvidado. En *El ruido de las cosas al caer* se narra el miedo casi “hereditario” o por lo menos “contagioso” de una generación de colombianos marcados por la violencia del narcotráfico. En *Las reputaciones*, Vásquez cavila sobre los juicios -los de la palabra y la imagen- que no hacen concesiones. El protagonista es Javier Mallarino, un caricaturista muy influyente, al grado de que el político que no aparecía en sus cartones dejaba “de existir”. Un día su vida se trastoca cuando se entera de que una de sus caricaturas de hace veintiocho años es el único recurso de la memoria para atar los cabos sueltos de una vida. *La forma de las ruinas*, la mejor de todas las novelas del bogotano, cuenta la obsesión de Carlos Carballo con dos magnicidios de la historia colombiana, los de los liberales Rafael Uribe Uribe y Jorge Eliecer Gaitán. Dicha obsesión es el pretexto para reflexionar acerca de las teorías de la conspiración, en los muertos que un país hereda a su gente, pero sobre todo para contar las historias privadas que anidan en la Historia con mayúscula.

La literatura del colombiano es un ejercicio de imaginación moral que navega en el mar de ambigüedades de la vida, así sean reales o ficticias, colectivas o individuales. En *Volver la vista atrás*, igual que en otras de sus novelas

ya mencionadas, Vásquez recurre a los artificios de la ficción para develarnos rincones de la vida que parecieran ocultos. Sólo que en este libro hay un pequeño matiz: no se trata de vidas ficticias, sino reales y ajenas. Vásquez toma prestadas esas historias y las ordena de manera que los lectores podamos descubrir lo que hay de secreto y misterioso en ellas, en este caso en la historia de la familia del cineasta colombiano Sergio Cabrera. Como intruso en esas vidas Juan Gabriel Vásquez lleva a cabo con maestría la sentencia de Ford Madox Ford que sirve de epígrafe a *Volver la vista atrás*: “una novela debería ser la biografía de un hombre o un caso, y toda biografía de un hombre o un caso debería ser una novela”. En poco más de cuatrocientas páginas, las vidas de los Cabrera, como en algún momento Sergio explica a su hijo Raúl, “cuentan una historia más grande” al lector o, mejor dicho, éste es testigo de cómo “la historia las arrastra”.

El relato comienza en 2016. Sergio Cabrera está en Barcelona para la presentación de su obra fílmica. Del otro lado del Atlántico, en Bogotá, sus películas pierden un espectador: el actor Fausto Cabrera, su padre. Aquellos días en Barcelona, los del plebiscito sobre los Acuerdos de Paz que se discutía entonces en Colombia, trajeron recuerdos a Sergio de la vida itinerante de su familia. Su padre huyó junto a su familia de España durante la Guerra Civil. La historia llevó a esa generación de los Cabrera a Francia, luego a la República Dominicana de Trujillo, muy brevemente a Venezuela, hasta arrastrarlos a Colombia. En ese país, Fausto Cabrera conoció a su esposa Luz

Elena, la madre de sus hijos Sergio y Marianella. En el Teatro Municipal de Bogotá Fausto inició su carrera artística recitando a Lorca y a Machado; ahí también conoció al líder popular Jorge Eliecer Gaitán. Gaitán, quien además era un excelente orador, en alguna ocasión comentó al joven Fausto que lo que admiraba de sus declamaciones no eran las emociones ni la sonoridad, sino la convicción que irradiaban.

Cuando parecía que Fausto empezaba a echar raíces junto a su familia en Colombia, quizá por su alma errante o tal vez por sus anhelos de revolución o por la arbitrariedad del destino o por todo eso al mismo tiempo, tomó la decisión de que su familia viviría en la China de Mao. Al poco rato Fausto y Luz Elena regresaron a Colombia, dejando solos a Sergio y a Marianella vagando de hotel en hotel en Pekín. La vida separados de sus padres era nece-

saria, según Fausto, para eliminar los rastros burgueses en sus hijos y para instruirlos como revolucionarios. Aquellos años en China, escribió Marianella en su diario, convirtieron a su familia en “cuatro *tornillos* revolucionarios”. Tiempo después Sergio y Marianella regresarían a Colombia decididos a participar en la guerrilla, no sin un montón de dudas y desencantos con la revolución. Pero la principal duda que acompaña a los hermanos Cabrera en todo el relato es la que tienen hacia su padre.

En este punto de la historia, para conocer los fantasmas de los Cabrera es necesario pasar las páginas de la novela de Juan Gabriel Vásquez y tener presente los versos de Antonio Machado de donde viene su título: “Al andar se hace camino, / y al volver la vista atrás / se ve la senda que nunca se ha de pisar.” ¶

Imagen de portada: «Book» de DeFerrol cuenta con una licencia CC BY-NC-ND 2.0

CONTE

AMPLAC

IONES



CON(TRA) LA AUTORIDAD

Por Pablo Toussaint Noriega

Desesperado ante la ausencia de ideas originales, cualquier ser pensante ha de decantarse por una de dos vías que orienten su camino: rendirse ante el desasosiego de la desesperante incapacidad humana de controlar aquello que nos controla (entiéndase, nuestra propia materia gris), o rendirse ante el mundo en contemplación de aquello que, en su infinita complejidad, es capaz de suplir cualquier carencia que podamos encontrar en nosotros mismos. En el espíritu de estas palabras, hemos decidido hacer honor a la segunda vía, la de la observación más heterogénea, más plural, más paciente y más libre: la contemplación misma de todo lo que, como simples espectadores en un universo de fenómenos, podemos llegar a entrever a través de una mirada curiosa e interesada.

Cualquier contemplación, por más mínima que sea, se topará con el antagonismo —o el protagonismo, en algunos casos— de las contemplaciones pasadas. La existencia en el vacío pertenece en exclusividad a las estrellas y a los demás entes cósmicos, los cuales, no obstante, no existen —en lo que a los seres humanos compete— mas que en un vacío físico, independiente y separado del vacío de significación, reservado para todo aquello que aún no ha sido creado ni pensado.

Toda contemplación supone un chapuzón en aguas heladas y oscuras, un salto con los ojos cerrados, una ligereza como la de la hoja que es llevada por el vendaval. Toda inmersión en el pensamiento del mundo comprende una inmersión en el mismo: una claudicación de la voz misma ante algo que es más grande —porque no es independiente— que todo aquello

CON(TRA) LA AUTORIDAD

que podamos llegar a expresar. De esta forma, no sería injusto considerar una contemplación como una empresa banal, incompleta: una mera impresión de los sentidos ante una fortaleza impenetrable.

¿Por qué, entonces, llevarla a cabo? ¿Por qué sumergirse en un mar sin fondo? ¿Por qué atreverse, como Aquiles, a no alcanzar nunca a esa “velocísima” tortuga? No atreverse a responder sería desviarse de aquel camino elegido, resignarse al estatismo; suponer, como Zenón, que el movimiento no existe, que el cambio es sólo una ilusión de los sentidos, y que, en efecto, pese a lo que podemos observar, Aquiles nunca llega a alcanzar a la tortuga. El ávido lector de estas palabras habrá notado —con la agudeza que le corresponde— la ausencia de una respuesta; la indecisión por encontrar la satisfacción a las cuestiones planteadas; en resumen, la cobardía en la encrucijada. La realidad no dista demasiado de esta apreciación: el temor al paso en falso, la inoperancia de los conceptos y —sobre todo— la caducidad de las ideas, detienen el fluctuante y acelerado movimiento de los ojos, las sinapsis cerebrales se entrecruzan y las palabras salen tenues, como el sol en las mañanas con niebla. Y, no obstante, el sólo hecho de escribir resulta ya una declaración de intenciones.

Desafortunadamente para el pensador indeciso, las intenciones, por bien orientadas que estén, no implican una respuesta, pues no existen como elementos sobre los que podamos ejercer un juicio si no van acompañadas de un acto —ya sea propiciado por o relacionado con éstas—, en tanto que es el acto el

que las revela ante nosotros. La respuesta, sin embargo, no necesita ser nuestra. Ya en su *Metafísica*, Aristóteles responde a nuestra interrogante: “Por naturaleza, todos los hombres desean saber”.

Pero el filósofo sabía que el saber no era suficiente si permanecía oculto; además de la contemplación, era imperativa la traducción de este proceso de ordenamiento de las ideas a la palabra escrita, es decir, de la verbalización precisa de lo comprendido, del conocimiento profundo de los conceptos: del mundo mismo. Pero, siendo tan vasto, el mundo es inabarcable desde cualquier perspectiva que no sea reduccionista; y, aun así, no podemos dejar de observar cierta esencia del mundo en expresiones tan breves como la palabra poética, en la sabiduría popular o en los aforismos, sentencias, máximas, y hasta en las citas famosas que se repiten hasta la saciedad, o en otras más oscuras que algún alma caritativa rescata de la penumbra de los libros cerrados durante mucho tiempo. En esta línea, el escritor indeciso puede refugiarse en las palabras de un tweet reciente de Margot Rot, que decía: “se escribe desde el ímpetu, porque las ideas son siempre las mismas, pero nunca brillan con la misma intensidad”; también podría recordar las palabras de un buen amigo que, hablando de un libro que le había parecido demasiado corto, me comentaba, con cierta sorna, que el autor de aquel refrán de “lo bueno, si breve, dos veces bueno” no tenía razón alguna.

Esta píldora de sabiduría aparentemente popular por ser tan conocida no pertenece sino a Baltasar Gracián, epígono de la litera-

tura más dorada en lengua española y, probablemente, uno de los hombres más ilustrados (sin el matiz dieciochesco, pues era del xvii) de su época. Gracián, como muchos otros autores, no es más que un grano de arena en el incalculable edificio del saber humano; su nombre se resbala de la boca con facilidad y, no obstante, su obra más conocida es, sin lugar a dudas, una apreciación tan breve como buena —si le hacemos caso a él—, o inexacta —si hacemos caso a mi amigo—. Como constructor de edificios de conocimiento, Gracián escribió monumentos a la lengua de Cervantes (que también era suya) y a la poesía; sus contemplaciones sobre la naturaleza humana, así como sus elucubraciones sobre el arte del ingenio, dan para confundir a hordas de estudiantes de literatura de forma tan desmesurada que, parafraseando aquella respuesta tan brillante de una participante en un concurso de belleza, no sería descabellado adjudicarle “la invención de la confusión”.

Gracián, al igual que los grandes eruditos de ayer y hoy —e incluso todos los no eruditos que, como quien entrega estas palabras al papel, pretendemos la escritura y el razonamiento desde una aparente seriedad—, se contempla a sí mismo y a su obra como consecuencia. Decíamos unos párrafos arriba que toda contemplación está destinada a encontrarse en ese no-vacío histórico de contemplaciones previas. Toda meditación sobre lo exterior se ve indefectiblemente empapada de ello, de la misma manera que toda meditación sobre lo interior sufre de las humedades de las primeras personas. Todo gigante no es más que un

enano sobre los hombros de un gigante, y así, como mantra, *ad libitum*.

Lo que se puede sacar de estas palabras es una verdad tan conocida y, aún así, tan ignorada fuera de ciertos ámbitos, como que no existe conocimiento fuera del conocimiento, ni razonamiento fuera del razonamiento; que todo lo que pensemos tiene una simiente, y que lo que no se encuentre bien cimentado desaparecerá al pasar la duda como lo hace el polvo con las más mínimas ráfagas de viento. Pensamos en la *desinformación* (vocablo maravilloso) que plaga nuestra actual existencia hiperconectada, y que no es más que una consecuencia de la presente situación de miopía cerebral en la que el pensamiento se entiende como algo aislado, carente de referentes intelectuales, abocado al retorno a la primigeneidad del instinto y a la romantización del empobrecimiento como molde de la cultura. La desinformación es la ilusión facilista del proceso cognitivo y el destierro de la idea de “autoridad” por cuestiones nominalistas.

Con el fin de no ser malinterpretados, hemos de aclarar: esta *autoridad* a la que nos referimos ya no es la *auctoritas* latina y escolástica, ni debemos asignar este término al conjunto de personas que ejercen el control político y social. La autoridad no viene vestida de traje ni con chaleco antibalas y pistola al cinto, ni se aparece rodeada de un halo de santidad o de las credenciales de la oficialidad institucional. No se trata de esa autoridad que no pide perdón, ni de una aparente casta de seres elevados dotada de una conexión más pura con las esferas superiores. La autoridad

CON(TRA) LA AUTORIDAD

no es la que ocupa el cargo más alto de acuerdo con un programa de promoción interna, ni gracias al voto de una mayoría más o menos informada. La autoridad que defendemos es la que no se sostiene en la persona ni en la institución sino en el contenido: en las palabras.

En esta línea, recuerdo vivamente una escena de una de tantas películas apocalípticas que vieron la luz desde el cambio del milenio, en la que ante la pregunta de uno de los invasores alienígenas sobre el líder humano con el que debía reunirse, una mujer, contraviniendo el protocolo, descarta llevarlo con el presidente de Estados Unidos, y concierta una cita con un reticente científico y premio Nobel quien, por azar, se encuentra escuchando una pieza de Bach cuando recibe al extraterrestre en su sala de estar. Más que por la redefinición del concepto de líder, la escena me marcó profundamente —pese a la flaqueza narrativa del guion de la película—, porque este ser ajeno a nuestro planeta y sus costumbres decide que vale la pena salvarlo gracias a la música que escucha en ese momento.

Definitivamente podemos tener más seguridad en una fuga de Bach que en casi cualquier otra estructura —ya sea política, económica o social— que se haya creado en este mundo y, sin embargo, entendemos perfectamente que, pese a tratarse de (probablemente) el más excelso compositor del que tengamos noticia, la autoridad del *Kantor* se encuentra en su música, no en su gestión de conflictos interplanetarios. Ante una invasión extraterrestre, si Bach siguiese vivo, la única razón para enviarlo como emisario sería en calidad de

intérprete de sus obras, pues la autoridad de Bach, como creador de un producto, que podríamos denominar intelectual, se encuentra en ese producto.

Como la música en Bach, la fortaleza de la autoridad (en tanto que autoridad creativa o intelectual) reside en su capacidad depositaria, en su sentido arácnido (en tanto tejedor de redes interconectadas); y aún así, parece necesario replantear la cuestión por completo y desmontarla para darle sentido. Volviendo a Aristóteles, para él (autoridad como pocas), la autoridad reside en el principio de *legitimidad*; si bien hemos de conceder que el rechazo a este concepto, cada vez más arraigado en la sociedad en general, tiene que ver, no solamente con la apatía ni la estupidez (siempre presentes, no obstante), sino con la deificación de los nombres, la legitimidad como encumbramiento de las figuras. Y aún así, los jóvenes intelectuales de hoy en día todavía queremos ser la próxima copia mal escaneada de un Aristóteles bien digerido por 2000 años de cultura occidental; filósofo que, habiendo escrito hace más de dos milenios, sigue siendo causante de más derramamiento de tinta para impresora que cualquier pensador moderno.

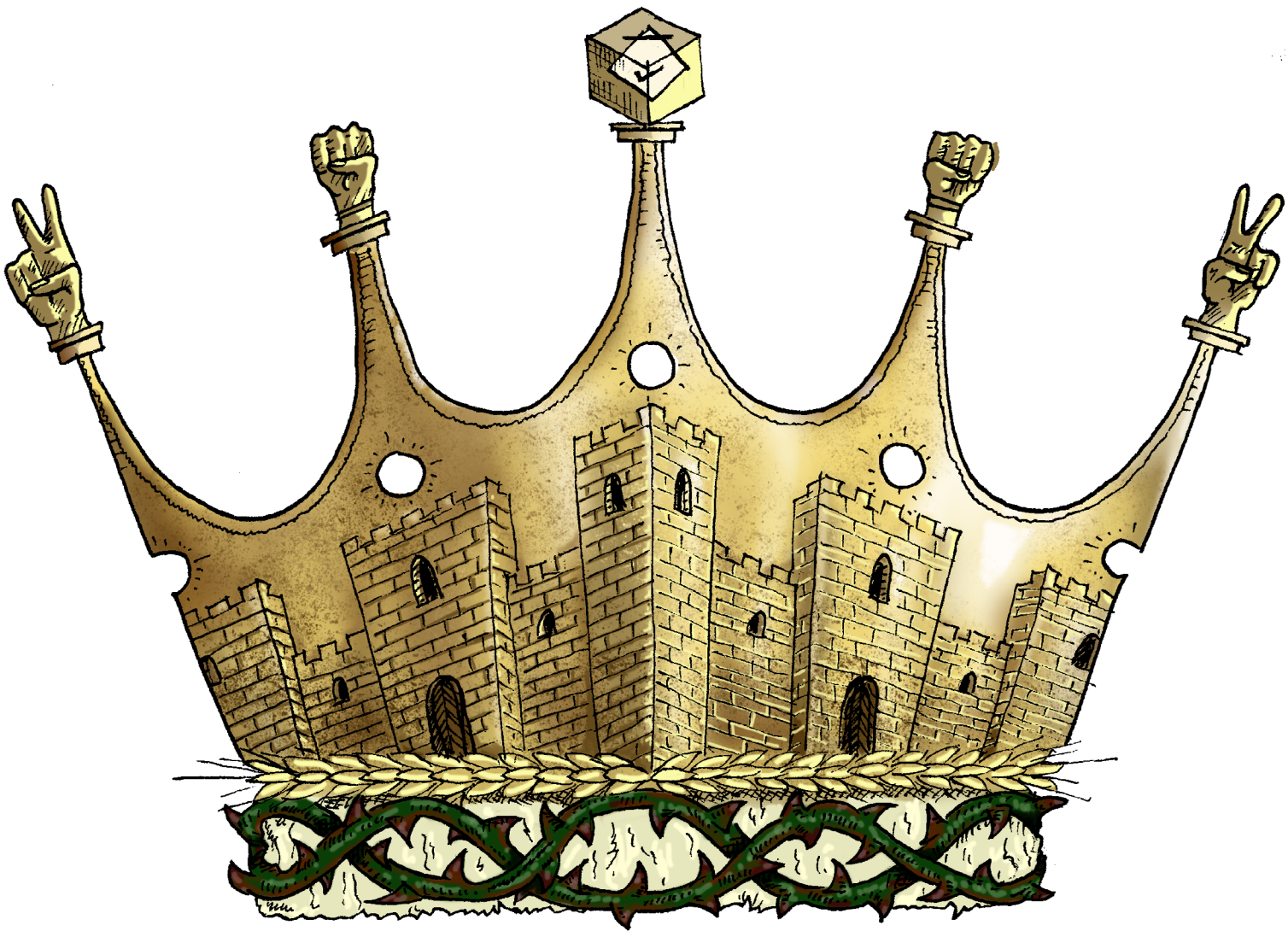
No refutamos —porque sería idiótico hacerlo— la necesidad de la segmentación y de la catalogación como herramientas de aproximación al conocimiento; al fin y al cabo, sería imposible acceder a él si los libros no pudiesen ser distinguidos por su título y su autor. Refutamos, no obstante, la idea del conocimiento como elemento democrático, pues la autoridad no lo es. Si el llamado a la eliminación

de la autoridad (política, social, etc.) puede ser considerado promoción de valores antidemocráticos; el llamado a la eliminación de la autoridad del conocimiento es lo que necesita éste para democratizarse. No hablamos aquí del destierro de Gracián, Aristóteles o Bach al olvido —¿Por qué haríamos tal cosa? —, ni de la desaparición de la filosofía aristotélica o de las artes de ingenio y de la fuga; hablamos de la extinción de la propiedad de los conceptos, de la propiedad del conocimiento.

No es difícil encontrar la relación etimológica entre autor y autoridad y, por lo tanto, sabemos que lo que planteamos no es nuevo, dista demasiado poco de Barthes y su “muerte del autor”, pero, a diferencia de ésta, no está interesada en su aspecto literario. El autor, en tanto que autoridad, sería para nosotros no un antagonista —porque necesitamos autores, somos autores—, sino una voz que opaca la voz del texto si busca prevalecer sobre él. Cuando el autor es más importante que el texto, este último perece. Y, aún así, un autor es importante solamente por la obra que produce (olvidemos —si es posible— la producción “literaria” o “intelectual” de personalidades que, por serlo, encuentran relevancia en el mundo de las ideas no platónico); un autor es tan grande como sus textos, como sus ideas, como sus palabras; pero las palabras, las ideas y los textos son capaces de muy poco si están su-

jetos a un nombre que los domina y los posee con el yugo académico de la pertenencia.

Resulta claro que lo que aquí decimos no es más que una aparente contradicción, pues no concebimos el conocimiento sin autores ni autoridades —por lo menos no el conocimiento de calidad que nos permitiría, sin caer en positivismo, buscar alguna versión de su progreso—, ni concebimos que ésta sea la vía definitiva: un cierto tipo de anarquismo del saber. La cuestión que buscamos contemplar aquí no es más que una batalla milenaria entre el elitismo intelectual y el deseo de adquisición del conocimiento de los meros mortales; una suerte de aproximación hacia una divinidad inventada, manida e inflada por los nombres que busca en ellos el baluarte de su impenetrabilidad. Destruir la autoridad y abrazarla al mismo tiempo es la contradicción con la que debemos contemplar nuestra existencia como seres conscientes en un mundo en busca de nuevas formas de saber. Destruirla como concepto que nos impide acercarnos desde nuestra infinita limitación a lo que, en definitiva, no lograremos aprehender de forma plena; abrazarla como huella en la que se reflejan los caminos seguidos y por seguir en una búsqueda constante por no rendirse ante el desasosiego del infinito desconocimiento y la totalidad de la duda. ¶



UNA REPÚBLICA MAQUIAVÉLICA PARA EL PRESENTE

Por César Morales Oyarvide

Uno de los errores que Maquiavelo reprochó con más vehemencia a sus contemporáneos era la manera en que trataban a los antiguos. Para el autor de *El Príncipe*, más que admirar de forma contemplativa a las grandes personas del pasado, para salvar a Italia de la ruina se requería más bien imitarlas. A ojos de Maquiavelo esta imitación sólo podría ser producto de una lectura activa, eminentemente política, de la historia (en realidad, de las historias).

Resulta al menos curioso que, en medio de un momento de crisis, hoy cometamos los mismos errores con Maquiavelo que los que él señalaba en su tiempo respecto a los clásicos: lo admiramos sin buscar imitarlo. A continuación, planteo algunas ideas para intentar corregir este estado de cosas. Al hacerlo, mostraré una manera en la que el florentino puede ayudarnos

a reformar las repúblicas del presente en un sentido democrático y popular.

Un Maquiavelo anti-oligárquico

Pese a que un buen número de sus intérpretes han buscado encasillar el pensamiento de Maquiavelo en republicanismo de signo aristocrático, lo cierto es que, para el florentino, la principal amenaza al bienestar de las repúblicas siempre fue el excesivo poder de las élites: la tendencia de todo gobierno a degenerar en oligarquía. En Maquiavelo, “los grandes” o “los pocos”, como indistintamente llama a las élites, son actores propensos a alterar el buen orden civil. En un célebre pasaje de sus Discursos sobre la primera década de Tito Livio deja claro con qué objeto: “los pocos siempre miran por los intereses de los pocos”. En Maquiavelo, la ambición de estos personajes debía ser puesta a raya de múltiples maneras. De lo contrario, acababa rápidamente con cualquier ciudad.

Frente a los “grandes” está el pueblo. Estos grupos sociales forman los dos “humores” contrapuestos que, según el filósofo renacentista, habitan y dan forma a toda sociedad. Su relación es por naturaleza conflictiva, pues cada uno desea lo que el otro busca evitar: mientras que el pueblo busca no ser oprimido por los grandes, éstos desean dominar y oprimir al pueblo.

Este conflicto, en el que Maquiavelo se inclina por el bando popular, adquiere frecuentemente tonos violentos. Una y otra vez, *El Príncipe* y los *Discursos* advierten que los pueblos

que aman la libertad se rebelan ferozmente contra quien desea oprimirlos. De igual manera, en estas obras no son raras las historias en las que un príncipe apoyado por el pueblo elimina físicamente a los grandes. Personajes como Clearco de Esparta y Hierón de Siracusa son ejemplos de líderes virtuosos en Maquiavelo, que cortan literalmente en pedazos a las élites de sus ciudades como requisito para acabar con la corrupción y reformarlas.

Por momentos, esta violencia magnicida parece dejar al pueblo a la vez “satisfecho y estupefacto”. Sin embargo, ésta no es realmente la apuesta de Maquiavelo. Por mucho que el florentino parezca disfrutar con las historias en que los grandes son destruidos, lo cierto es que en su pensamiento la división entre el pueblo y los pocos es, ante todo, situacional.¹ Quien hoy es pueblo mañana puede ser parte de la élite, y viceversa. En realidad, la situación no cambiaría en absoluto: el problema de la tendencia a la oligarquía sería el mismo. La salida está en un lugar menos espectacular, pero mucho más efectivo: las instituciones.

Antagonismo e instituciones

En Maquiavelo, el antagonismo de clase entre los grandes y el pueblo no es un hecho negativo; por el contrario, es necesario para la salud de todo Estado que quiera vivir libre y expandirse, como hizo Roma. Para el florentino, las buenas leyes son la traducción institucional del conflicto social: un antagonismo que no debe ser silenciado ni eliminado, sino animado,

¹ Debo esta idea al profesor Nathan Tarcov.

siempre y cuando existan cauces para dirigirlo.

Aquí es donde radica la gran originalidad de Maquiavelo y donde planteo que es necesario imitarlo. Para él, la salud de las repúblicas depende no sólo de que la ambición de las élites se mantenga a raya por un pueblo desconfiado y activo, sino de la traducción institucional del antagonismo: en la república romana, el autor de *El Príncipe* vio en los tribunos de la plebe, las acusaciones públicas y las apelaciones populares los garantes de este arreglo que, sin eliminar a los grandes, aseguraba poder al pueblo y hacía posible la libertad.

¿En qué consistían estas instituciones? En pocas palabras, los tribunos de la plebe fueron una magistratura cuyo propósito era proteger al pueblo de los abusos de los patricios —los grandes— y los cónsules, los más altos funcionarios de la república. Las acusaciones públicas, por su parte, eran mecanismos de denuncia mediante los cuáles cualquier ciudadano podía acusar a otro de un delito sin importar su clase o estatus, siempre y cuando hubiera pruebas. Por último, las apelaciones populares eran juicios políticos en los que la totalidad de la ciudadanía actuaba como juez, especialmente útiles cuando la ambición de un individuo amenazaba a la colectividad.

Por medio de éstos y otros instrumentos, el gobierno de la élite —representado por el Senado y los cónsules— tenía como contrapeso a un pueblo con capacidad para hacer rendir cuentas a los cargos públicos e incidir en la formulación de las leyes y en las decisiones que hoy llamaríamos políticas públicas.

Nuestros contemporáneos

¿Qué nos separa hoy de la Roma y la Florencia de Maquiavelo? Hoy, como ayer, la principal amenaza a la salud de nuestras repúblicas es la rampante tendencia a la oligarquía, en la que el poder político y económico se concentran como nunca. Aunado a ello, durante los últimos años las democracias del mundo vivieron un proceso de vaciamiento, en el que expertos supuestamente independientes y blindados de cualquier mecanismo de rendición de cuentas ocupaban cada vez más espacios. Como resultado: la soberanía popular fue perdiendo peso. Lo que llamamos populismo es, en buena medida, una respuesta a ese estado de cosas: una verdad evidente que suele olvidarse al hablar de él.

En el fondo, nuestra situación actual no es muy distinta de aquella sobre la que reflexionó Maquiavelo. La diferencia es que nos han faltado la virtud y la audacia necesarias para pensar en soluciones como las suyas. Admiramos, pero no imitamos.

De acuerdo con el renacentista, cuando las instituciones políticas de una república no podían canalizar el conflicto social y, por el contrario, tenían un marcado sesgo de clase —usualmente, favorable a las élites— el orden civil se corrompía. El antagonismo social que podría haber dado fuerza a una ciudad se desbocaba y causaba su ruina. Este tipo de situaciones, que hoy llamaríamos “captura del Estado”, podían provocar que la reacción del pueblo frente a la opresión de las élites fuera tan desesperada que acabara apoyando a

liderazgos tiránicos con la esperanza de ser protegidos de los grandes.

Ésa es la gran advertencia que el florentino da respecto al pueblo, que hoy podríamos asimilar a lo que ocurre con los gobiernos populistas que se convierten en autoritarismos. Y es que, para Maquiavelo, el bien de una república no puede depender exclusivamente de la capacidad de un gobernante, sino de la construcción de un orden político firme. Como escribe en las *Historias de Florencia*: “una ciudad basada en buenas leyes y buenos órdenes no tienen necesidad de la virtud de un solo hombre para mantenerlas”.

Una república maquiavélica

¿Cómo construir estos “buenos órdenes” en un contexto como el actual? Ésa es la tarea que se han planteado lectores “populistas” de Maquiavelo como el profesor John P. McCormick en su *Machiavellian Democracy* (Princeton University Press, Princeton, 2011).

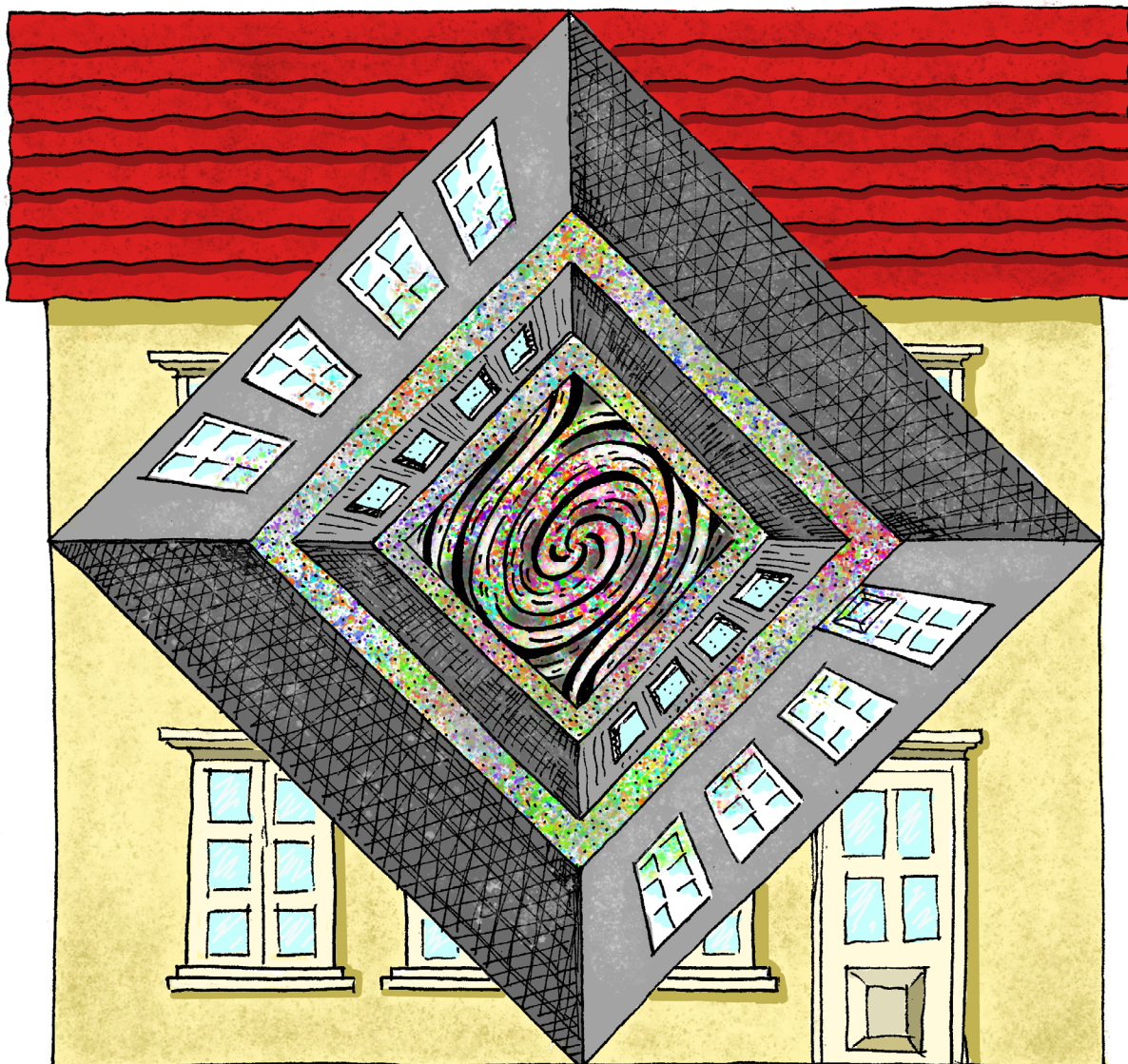
Para este académico, una “democracia maquiavélica” en el presente tiene que partir de aceptar que las elecciones no son suficientes para mantener controlada la ambición de las élites ni para dar poder a los ciudadanos comunes. Nuestra tarea hoy es encontrar nuevas instituciones que cumplan una función equivalente a las que Maquiavelo admiró en la república romana, perdiendo el miedo a imaginar instituciones más allá de la convención política. En su obra, el propio McCormick ofrece

una hoja de ruta inicial para hacerlo.

Una primera propuesta es la creación de cargos públicos con especificaciones de clase que funcionen como un auténtico “contrapoder” frente a las élites, equivalente al de los tribunos. McCormick se imagina un tribunado colectivo electo cada año al que la gente más rica y los políticos profesionales no puedan acceder. Este tribunado tendría capacidad de veto para una orden presidencial, una ley y una decisión del Poder Judicial. En segundo lugar, en una república maquiavélica habría que dar mayor espacio a procesos de elección que incorporen el sorteo y el azar, los mecanismos democráticos por excelencia. Unido a lo anterior estaría también brindar un papel más activo para el pueblo como colectivo en áreas tradicionalmente reservadas al saber experto, como la justicia. ¿Suenan descabellado? Pensemos en los jurados. En un tiempo donde prima la indiferencia hacia lo público, resulta imprescindible, además, fomentar una cultura política más activa, para que el pueblo sea un guardián de su libertad tan celoso y fiero como el romano.

Todas estas reformas, explica McCormick en una apostilla especialmente relevante para nuestro país, sólo serán posibles con un movimiento popular que las respalde y acompañe. Después de todo, ni en Roma ni en México las élites han cedido nunca el poder voluntariamente. ¶

Imagen de portada: «Corona del pueblo», Pablo Tournier.



EN LA CASA DE LA MEMORIA

Por Claudia Alejandra Colosio García

Los cambios de época se marcan con la transformación de los espacios. Entre polvo y silencio, se añade o se pierde por el camino lo que siempre quisimos conservar. Las grandes movilizaciones —o inmovilizaciones— históricas aceleran el proceso. En el año 2020, el siglo **xxi** dobló la rutina social con la sintomatología de un organismo enfermo. La obligatoriedad del reposo y el aislamiento físico han hecho que el humano reconsidere las maneras de enfrentarse al exterior, el gran enemigo. Por el momento, éste se presenta como un entorno al que sólo se puede acceder de forma segura mediante la virtualidad, con las puntas invisibles de los dedos sobre pantallas y teclados. Los privilegiados, que pueden resguardarse de la tormenta en el interior de vitrinas, pueden testimoniar que los *lugares de memoria* (*Les lieux de mémoire*), como el historiador Pierre Nora nombra los espacios históricamente significativos, ahora son las cáscaras cotidianas del hogar.

Durante un año he visto decenas de edredones en lechos desconocidos, libreros con volúmenes indistinguibles y salas decoradas en serie, porque la intimidad doméstica, consagrada como un anticuerpo hecho de concreto, se abrió al espectro público, a la mirada de quienes comparten contigo la sala de videoconferencia. La casa-habitación se reviste como un escenario teatral que adopta las formas de la vida pasada, y con ellas la memoria, en el intento de emular las experiencias visuales, corporales y sensoriales del mundo exterior en algunos de sus campos más significativos: la comunicación, el trabajo y la educación.

Los espacios conforman la identidad de los cuerpos que resguardan. Congregan simbólicamente los refugios de la imaginación, los recuerdos y, por ende, la cultura. Es por ello que las mudanzas y la reubicación de oficina afectan emocionalmente a quien empaca un lapso de su vida, porque el cierre de una etapa se relaciona con la pérdida de un entorno familiar. He visto miradas fúnebres en quienes se despiden de una puerta cerrada con el nombre propio rotulado en la puerta. En cambio, por la pandemia, para muchos otros dicho cierre fue automático e indefinido, y le exigió a los interesados que trasladaran su capital simbólico de convivencia y trabajo a la reclusión hogareña.

Nora construyó su aparato conceptual para describir las circunstancias europeas de la materialización de los recuerdos, pero sus palabras reflejan el mismo procedimiento de fijación de la historia en monumentos en otras latitudes. En México, por ejemplo, como en el resto de los países de Latinoamérica, también

se dialoga con ídolos en estructura de plazas, templos y estatuas que cumplen al menos dos cometidos en la generación de la memoria: la primera, reproducir un discurso oficial asociado a la historia; la segunda, generar emociones en el imaginario colectivo, entre las risas, los encuentros, las despedidas y el sufrimiento.

La memoria es el cúmulo de experiencias que puede volverse colectiva al compartirse en un grupo a través de referentes comunes. Dichos pensamientos se expresan por medio de vestigios materiales e inmateriales (edificios, documentos, fotografías, oralidad, música y moda) que delimitan las etapas del cambio y acarrear consigo comportamientos y visiones del mundo. El novelista austríaco Stefan Zweig afirma en el prólogo de su autobiografía, *El mundo de ayer. Memorias de un europeo* (1941), que la memoria no retiene elementos por azar y pierde otros por casualidad, sino que ordena juiciosamente, por lo que sólo lo que uno quiere conservar tiene derecho de ser conservado para los demás.¹ En el mismo sentido, Pierre Nora considera que “cuanto menos se vive la memoria desde lo interno, más necesita soportes externos y referentes tangibles de una existencia que solo vive a través de ellos. De allí la obsesión por el archivo que caracteriza a lo contemporáneo y que implica a la vez la conservación íntegra de todo el presente y la preservación íntegra de todo el pasado”.² La fijación tangible de los recuerdos requiere elementos depositarios de valores, entre los cuales, los lugares de la cotidianidad

1 Acantilado, Barcelona, 2011, p. 10.

2 Pierre Nora, *Pierre Nora en Les lieux de mémoire*, Trilce, Montevideo, 2008, p. 26.

EN LA CASA DE LA MEMORIA

tienen un sitio privilegiado porque, desde su edificación, están llenos de sentido.

El universo de la casa-habitación se erige como un sitio privado con barreras referenciales y simbólicas que concentran la imaginación, de acuerdo con ambos autores. Sin embargo, dicho ámbito supera para sus habitantes el mero valor técnico de la hechura de sus muros y lo oneroso de sus acabados, incluso su valor histórico como retrato social. Es el receptáculo de la memoria, el primer terreno sagrado de la formación humana y social. Hoy en día, cuando los lugares de memoria tradicionales a los cuales acudíamos se encuentran cerrados o muy pocas personas pueden acceder a ellos, hemos conseguido encapsular en la casa la esencia de sus funciones prácticas del ejercicio laboral y social.

Dicho espacio privado, ya desde antes depositario de conocimiento e intimidad, y al mismo tiempo abierto a la mirada histórica, se ha convertido en el soporte material de la transmisión humana de mensajes. Como docente, mi primer acercamiento a las personalidades y los trayectos de vida de los estudiantes se ha dado a partir del telón que exhiben frente a la cámara, cuando les es posible encenderla (lo cual ya es un mensaje en sí mismo de postura o de asequibilidad). El fondo detrás de sus caras es una mirada en primer plano del telón de la vida cotidiana al desnudo.

Los estudiantes se comprometen a seguir los códigos de una realidad adaptada (reproducir la experiencia escolar en sus hogares). Sin embargo, también son conscientes del artificio y del carácter improvisado del aula vir-

tual. Por ello, aprovechan la ocasión de saberse parte de un fondo de pantalla heterogéneo para expresar su individualidad a través de los objetos que los rodean y muestran en cámara, como una figurilla de plástico, el color de la pared, el diseño de una lámpara, una cama tendida, la organización general de sus cosas.

En las habitaciones conviven discursos mixtos. Donde se come, se duerme o se descansa, también se toman decisiones para el devenir de una empresa, se lleva a cabo una cena familiar y se acreditan grados académicos. Una recámara se ha vuelto una sala de juntas. Asimismo, el teatro del hogar como entidad depositaria de significados y memoria se extiende a los dispositivos electrónicos de comunicación, computadora, tableta, *smartphone*, *smartwatch* y asistentes virtuales del hogar, que agrupados con el usuario constituyen una puesta en escena operística: grandilocuente, apasionada y, en cierto sentido, dolorosa.

Durante un año, las memorias colectivas generacionales no se han generado en espacios compartidos, salvo las de disidentes que escarban en las hendiduras de la normativa social para seguirse reuniendo. Un cumpleaños familiar en grupo es un acto de resistencia para generar memorias compartidas, así sea desde la clandestinidad y la afrenta pública.

Los objetos afianzan mentalmente la ilusión de que entramos y salimos, aunque sea el salto de una ventana a otra. Se acondiciona el entorno doméstico ya para extender su uso práctico (reunir las herramientas necesarias para montar un consultorio o un gimnasio), ya por motivos estéticos, en cuanto que

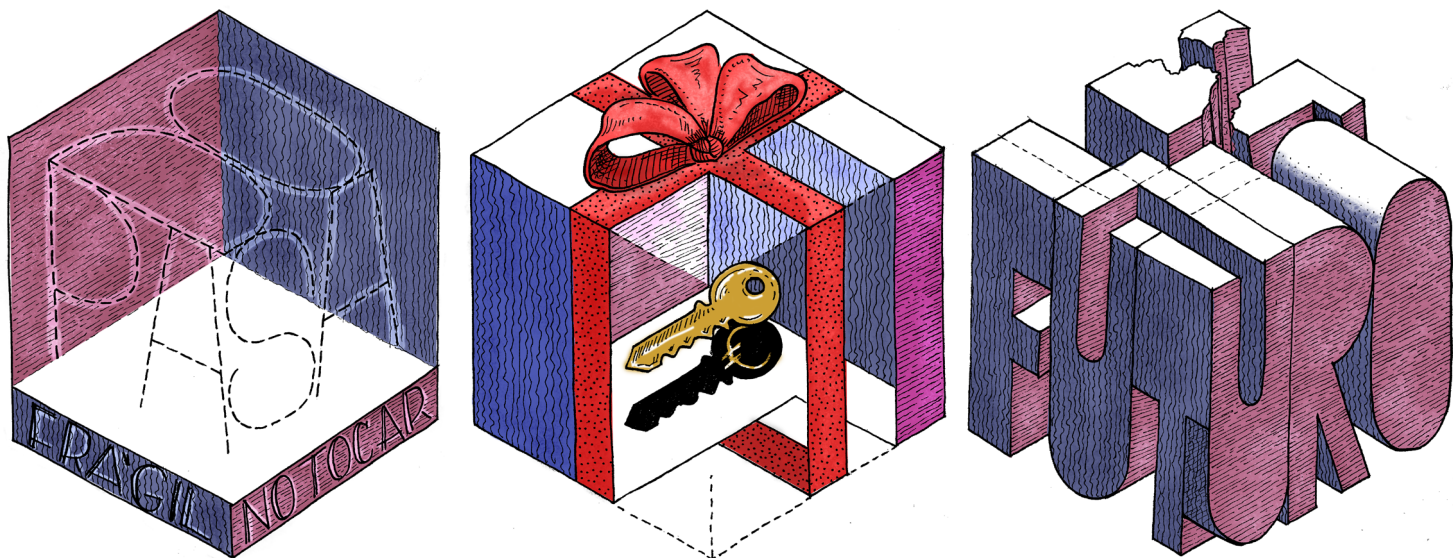
la cantidad y la calidad de los decorados son un símbolo de estatus. Tanto quien muestra una pared blanca como el que presenta una biblioteca es consciente de que los artefactos del campo de visión dicen *algo* de nosotros. La importancia de construir nuestra escenografía con telas propias y utilería personal se convirtió en una firma, en una extensión en movimiento del autorretrato que refrenda las diferencias sociales mediante la selección de los bienes exhibidos.

En suma, la casa puede leerse como un lugar de memoria porque es posible generar sentimientos sensaciones y valores para transformarlos en memorias personales comparables. Asimismo, la comunicación vía remota desde el domicilio ha permitido prolongar el alcance de los sentidos corporales, manteniendo el énfasis de antaño en la expresión visual en lo que hacemos y en lo que somos.

Las memorias nunca han dejado de prepararse en casa, pero ahora conjuntan, como antaño, la experiencia humana completa dentro de sus cuatro paredes. La supremacía del espacio doméstico aprovecha la inseguridad

del exterior para engullir otros ambientes de sociabilidad. Niños, jóvenes y adultos hemos aceptado desde trincheras distintas convertir nuestro día a día en una escenificación donde pretendemos seguir físicamente juntos. Ofrecemos el sacrificio de la intimidad a cambio de la simulación de que la vida puede seguir el rumbo de sus obligaciones desde el encierro. El hogar suma a su archivo la conservación de memorias de tiempos extraordinarios, apoyado por la cámara como fuente adicional de conservación. Ésta permite a sus muros y mobiliario convertirse en un telón verosímil, pieza clave para mantener el pacto de ficción y revestirlo con solemnidad. Es por ello que los objetos se vuelven el atrezzo que reconstruye la carga simbólica del lugar representado. El tránsito de segundos que tarda mi mano en empujar un cuaderno hacia un lado y dejarle el sitio a un plato caliente es suficiente para indicar el cambio de un acto a otro y, con ello, apropiarse de un nuevo discurso. Las acotaciones de mi comportamiento dependen del contexto que se abra en mi *software* de videoconferencia. ¶

Imagen de portada: «Casa y memoria». Pablo Toussaint



EL PRESENTE COMO REGALO

Por Dalmau Costa Villegas

Viene de ser que dice que fue aquel que nació y que tuvo consciencia no sólo de haber sido sino de que será. Aunque a veces no haya advertencias y las cosas ocurran en segundos, todo cambia de pronto. Estás vivo, estás muerto. Y todo sigue adelante. Soy delgado como el papel y existo solo a partir de la suerte. Entre porcentajes, temporalmente. Eso es lo mejor y lo peor. No se puede hacer nada al respecto. Puedo sentarme aquí frente al ordenador y aprender a aceptar las cosas. Pero quizás eso también es un error. Porque finalmente siempre he sido así y siempre seré igual: el tiempo y el mundo, el dinero y el poder, pertenecen a los mediocres y superficiales. Así es como intento trazar líneas para entender que soy. Sin resignación y sin descanso, sin tragedia. Líneas con comienzos y con finales. Sentencias que son como fronteras invisibles. Muchas veces sin saber que todo es ilusión. Entre lo que he sido y lo que seré. Imposible dar cuenta de lo que estoy siendo. La equívoca visión del mundo siempre es el efecto de

una causa. Soy lo que he sido y no lo que será. Estoy repleto únicamente de cosas que me han pasado a mí. Soy un ancla llena de febriles sueños. Y cuando hablo, el mundo estalla, y el tiempo sólo es algo abstracto, una huella, una excusa: una fugaz llama de certezas o de planes, de improbabilidades. El momento de aludir a los recuerdos y a los sueños. Por eso en mi distracción siempre pierdo de vista lo que está en medio, ocurriendo, en el instante: la fatal consciencia de que soy. Esa inexistencia acaso necesaria. Porque no puedo expresar el presente como acto. Lo expreso como futuro o como hábito. Como sentencia categórica o incluso como pasado para referirme a la historia. Luego hay también grandes odas a pasados gloriosos. O hermosas distopías sobre futuros que finalmente no son. Pero no puedo hablar nunca del presente. Porque no se puede ver. Ni imaginar. Se escurre entre mis dedos al momento de querer enunciarlo con mis dientes.

Caigo entonces en la consciencia de ser extraño y sólo entiendo el mundo a partir de las cosas que recuerdo, de las ilusiones que tengo. Siempre viendo hacia adelante o hacia atrás. Como oscilando entre la posibilidad y el acto. Pensando en que esta consciencia es simultánea: representa mi cielo y mi infierno. Pensando en que todas las noches me enfrento a ella, que me hace dormir tranquilo o revolcarme en pesadillas. Y es que al nacer se nos otorga una doble ciudadanía. La del reino de los sanos y del reino de los enfermos. Tarde o temprano cada uno de nosotros tiene que elegir el camino que habrán de seguir sus pasos. Vivir atado a esta dualidad inclemente es mi fa-

talidad. A pesar de que intente pensar el mundo para entenderlo, liberarme de ese deseo oculto que tengo de construirme y destruirme. Una y mil veces: tener como objetivo sentirme vivo, no morirme de mediocridad, enloquecer por tanta consciencia de mí mismo. Y entonces busco una salida a mis historias y a mis vuelos. Algo que permita acallar todos mis anhelos, convertirlos en cajones que no se abren, en sustancias fácilmente disolventes. Que no me ataquen con sus garras venenosas, que se alejen de los bosques de mi pensamiento.

Así me aprisiono y me vuelvo “hombre-horas”, “hombre-tiempo”, “hombre-dios”. Invento mundos que me rodean y doy nombres a las cosas que existen. Invento también el nombre de las cosas que no existen. El más allá de incesantes cabalgatas con laureles. Esa es mi cruz: una calavera que me impone y que me arrastra. Porque el lenguaje muchas veces lo que tiene de hermoso, lo tiene también de perverso. Entonces dejo de ser piel para ser sangre e invocar al tiempo. Gano una carrera inútil. Burocratizo mis andanzas. A pesar de saber que los relojes no coinciden. Que el reloj interno corre apresurado y que el reloj externo sigue su marcha habitual, titubea con artificiosa calma. Pronto me percató de que lo que era el tiempo ya no es tiempo, sino otra cosa. Algo que cambia su piel, que muta como los camaleones. Y yo lo llamo Dios y le digo que mame de mi corazón ardiente y agotado. Que por favor venga y me chupe el espíritu. Que me convierta en un ser sin tiempo para poder ser. En una salvación y en un convencimiento idiota: en un parco mendicante que se somete. Por-

EL PRESENTE COMO REGALO

que mire usted, soy el vendedor de palabras, si usted quiere usar la palabra presente, tiene que pagar diez euros. Y porque mire usted, la palabra pasado tiene más valor. Y porque mire usted, para comprar su futuro usted tendría que endeudarse, tendría que vender sus alas. Hasta que la delgada línea, ese trazo, finalmente se agota, y ya no me queden suspiros ni palabras para enunciar el tiempo. Adviene la muerte de mi espíritu como fatal desenlace, la resignación como culmen de todo corazón ennegrecido.

Pero la visión materialista prevalece a las cenizas. Como fatalidad y como sentencia: una manta negra que poco a poco se traslada como plaga. Que también muta y se vuelve un chamán oscuro y viejo, podrido y milenario. Gordo con monóculo que me susurra al oído la imposición de linealizar el tiempo, de acomodarlo en calendarios y en horas. Para comprar la vida. Para comprar el tiempo. Para comprar la voz. Aunque en el fondo sepa que esa solamente sea una forma para hablar del miedo. Entonces entiendo las falsedades de los libros: que de verdad el cambio está en nosotros, que los sueños se construyen con esfuerzo, que yo soy el responsable de mi propia felicidad. Me idiotizo con frases huecas, las dejo hilarse en un convencimiento lineal, como el tiempo,

y pronto dejo de tener miedo. Porque el miedo se matiza y las frases se vuelven fósiles de mis quehaceres cotidianos: felices oraciones que me latigan con fuerza y desdén esclavizante. Para comprar la felicidad hay que esforzarse: la felicidad es tu futuro. Y me aferro a eso: a la fatal idea de que debo fabricarme una sonrisa, armarme con ella, ponerme bajo su protección, tener algo que interponer entre el mundo y yo. Camuflar mis heridas, acometer, en fin, el aprendizaje de la máscara. Y me lo creo porque me dice que la vida sólo tiene sentido a partir de la inconciencia y de la locura colectiva. El mundo empieza a perder gradualmente su transparencia y se oscurece, se hace incomprensible, se precipita. Pienso en mis compras y las llamo falsamente libertad y las llamo falsamente posibilidad y las llamo falsamente felicidad. Porque eso son: objetos y objetivos para sonreír. Lo hermoso del lenguaje también es perverso. Y lo perverso siempre es ilimitable. Por eso tengo que pagar por mi llanto y por mi enojo y por mis palabras. Bajo esta nueva religión en la que no creo, que se me impone con violencia y que no entiendo. Que ante todo intenta convencerme de que el presente no es una palabra, sino que es un regalo. Y se puede comprar. ¶

Imagen de portada: «Pasado, Presente, Futuro». Pablo Toussaint

<https://www.revistapresente.com>

PRESENTE

LECTURA A LA ALTURA DE NUESTRO TIEMPO

